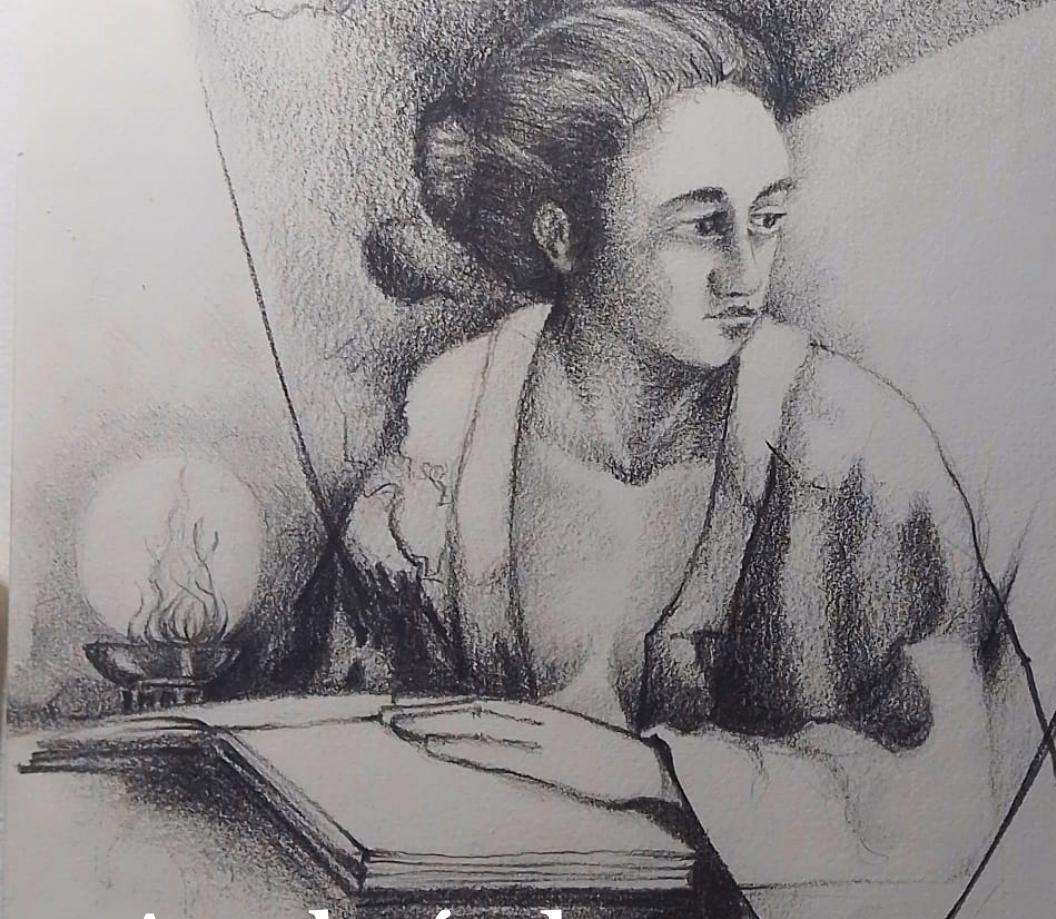


# **Posteris Lumen Moriturus Edat**

**Homenaje a la Universidad del Cauca  
en sus 197 años**



## **Antología de cuentos**

**Asociación de exalumnos  
Universidad del Cauca  
Asecauca Bogotá**

# **Antología de cuentos**

**Homenaje a la Universidad del Cauca  
en sus 197 años**

**Asociación de exalumnos de la  
Universidad del Cauca  
Asecauca Bogotá**

**Antología de cuentos  
© Asecauca capítulo Bogotá, 2024**

**Antología de cuentos  
Homenaje a la universidad del Cauca en sus 197 años**

**Introito: Olympo Morales Benítez**

**Primera edición digital**

**Diseño de portada: Andrés Castillo**

**Edición, diagramación y presentación  
Marta Rivera, Jesús Helí Giraldo, Cayo Betancourt**

**ISBN: 978-628-01-6013-9**

**Este libro, salvo las excepciones previstas por la Ley, no puede ser reproducido por ningún medio sin previa autorización escrita de Asecauca.**

**Bogotá, Colombia, noviembre de 2024**

**Posteris Lumen Moriturus Edat**

*El que ha de morir que pase su luz a la posteridad*

A la Universidad del Cauca en sus 197 años

# Índice

Agradecimientos	8
Introito	10
Un tipo brillante	14
Ángela o la tempestad	24
Una luz que guía en el territorio	33
Filacteria cantora	42
Trascender: fragmentos de soledad	51
Todas mis ovejas son blancas	58
Esa fuente no se agota	66
Creando Sueños	77
El hijo del jornalero	86
Un encuentro con el inicio	94
Érase una vez alguien que no tenía, que no sabía y que no esperaba nada	104
Los unos y los otros	112
La vida es un camino no un destino	120
Eusebio Montero	131
El poder del olvido	140
Luz en la posteridad	145
Niebla	153
El faro	160
Ocean Axel	169

El espiral de la vida	173
La verdad al descubierto	182
Una pareja que irradia excelencia	192
Ella siempre llega	198
Funerales en abril	201
Huella desconocida	206
Momentos de trascendencia	209
Las mariposas del Sabio Caldas	223
Paniquitá es su cuna	229
La luz de Earendil	235
El Cauca... luz de aurora	244
La tarea continúa	251

# Agradecimientos

*Asecauca capítulo de Bogotá integrada a la  
historia de la Universidad del Cauca*

Agradecemos a los autores que con sus magníficos y sorprendentes aportes literarios hicieron posible esta antología. Con el sentimiento salido del corazón expresado en forma de cuento, rendimos homenaje a la Universidad del Cauca, próxima a cumplir 200 años. Su lema “*Posteris Lumen Moriturus Edat* —el que ha de morir deje su luz a la posteridad”—, nos permite abrir una pequeña ventana para divisar el horizonte que estamos empeñados en recorrer y cuyo tránsito iniciamos desde el mismo momento en que nuestros pies pisaron el ennoblecido piso de nuestra alma mater.

Mis sentimientos de gratitud con Cayo Betancourt, secretario de Asecauca por su gran compromiso con la producción de esta obra, con Marta Isabel Rivera coordinan la comisión de escritores y artistas, responsable de la convocatoria de esta antología, apoyados por Julieta Merino, de la comisión de eventos y relaciones públicas, y a todos los miembros de la junta directiva de Asecauca, a todos nuestro perenne reconocimiento.

Adicionalmente, agradecemos al Dr. Olympo Morales Benítez por el introito y al maestro Andrés Castillo por el arte para la portada.

Asecauca agradece a los autores egresados de la Universidad del Cauca e invitados, por su participación en este ejercicio literario y cuyos trabajos se plasmaron en este libro:

Andrés Mauricio Muñoz, Ibán Darío Zambrano, Luis Felipe Díaz Villamarín, Cristian Daniel Chamorro, Patricia Helena Fierro, Héctor Mario Santiago, Jesús Helí Giraldo, Darío Moreno Arteaga, Carlos Alberto Palta, Guillermo Ángel Pérez López, María Alejandra Chantre, Omar Morales Benítez, Gustavo Cuenca Girón, Cayo Betancourt, Luis Miguel Gutiérrez, María Amanda Gueche Tintinago, Juan Manuel Mosquera Luna, Yud Cileny Medina, Fernando Muñoz Dagua, Edwin Orlando Bustos Gaona, Marta Isabel Rivera Posada, Eduardo Gómez Cerón, Carlos Felipe Castrillón Muñoz, Cristhian Julián Martinez, Julián Silva Tovar, Danilo Reinaldo Vivas Ramos, Marco Antonio Valencia Calle, Jesús Astaiza Mosquera, Luis Guillermo Jaramillo E y Hernán Otoniel Fernández.

***Jesús Helí Giraldo Giraldo***

*Presidente Asecauca capítulo de Bogotá  
Bogotá, septiembre 18 de 2024*

# **Introito**

Este conjunto de cuentos nace de una propuesta concebida e impulsada por la Asociación de Exalumnos de la Universidad del Cauca ASECAUCA motivada y presidida por el ingeniero Jesús Helí Giraldo y el comité de escritores y artistas que se atrevieron a embarcarse en esta impredecible aventura. Iniciativa que produjo como resultado una convocatoria que ha logrado reunir diversas voces y perspectivas. Los cuentos que componen esta colección no solo representan la producción literaria de quienes han participado, sino también la impronta, el carácter que ha dejado la Universidad en cada uno de ellos.

Una de las constantes que atraviesan estas historias es el profundo agradecimiento hacia la Universidad del Cauca. Esta gratitud la expresan los ficticios personajes que reconocen a la universidad como un espacio de acogida, de formación y de proyección. Un común denominador presente en todos y cada uno de los cuentos que hacen parte de este volumen es la forma como se expresan; utilizando diferentes figuras literarias sobre cómo su alma mater los moldeó, brindándoles no solo un lugar para aprender, sino también generándoles un sentido de pertenencia y responsabilidad hacia el futuro.

La Universidad del Cauca ha sido y es una institución que mantiene abiertas sus puertas sin importar los orígenes, las trayectorias o las inquietudes de quienes allí se congregan en esos patios, corredores y aulas donde aún resuenan las icónicas voces de profesores irrepetibles que les abrieron los horizontes.

La Universidad no solo está presente en los personajes de estos cuentos que atraviesan momentos de incertidumbre o de lucha personal, sino también en la voz de los propios autores, quienes han encontrado en la universidad un espacio donde sus ideas y sueños han podido germinar y florecer.

Los convocados por ASECAUCA, no temieron comprometerse a someter al juicio de los lectores sus cuentos, muchos de los cuales representan el primer y único escrito en sus vidas. El desafío de estos y todos aquellos que pretenden ser cuentistas; el género más exigente de la creación literaria, reside en esa única e incorregible oportunidad para atraer y mantener la tensión de quien decide emprender una inescrutable aventura intelectual. Siendo éste; el cuento, una variedad no menor, que es agotado en una usualmente breve y única lectura, sin pausas, que a diferencia de la novela o la crónica le ofrece varías oportunidades a su creador de conquistar al lector. Mientras que otros géneros pueden permitirse expansiones y exploraciones largas, circulares, atemporales el cuento debe

ser preciso, condensando toda su tensión, desarrollo y resolución en un espacio reducido. El texto del cuento muestra como el tejido inicia en un nudo.

Los cuentos que nos ocupan están permeados por un profundo sentido de pertenencia a una comunidad; a una masa cerrada diría Canetti. Los protagonistas de estas historias no son seres aislados, sino que están conectados con los demás, ya sea a través de relaciones familiares, de amistad, o mediante su vínculo con la propia universidad. Los cuentos comparten una preocupación común por el entorno, tanto en sentido físico como emocional. El clima, es un reflejo de los desafíos que los personajes enfrentan: tormentas, lluvias, oscuridad y caminos difíciles simbolizan en algunos casos las luchas internas y económicas que deben enfrentar los protagonistas. A su vez, estos escenarios adversos también representan la capacidad de adaptación, la búsqueda de la luz en medio de la incertidumbre, que tanto caracteriza a la vida universitaria y a los aprendizajes que de ella se desprenden y nos llenan de fortaleza para transitar por los caminos de la posada sin rutas que se llama vida.

Cada página de esta colección es una invitación a adentrarse a un universo inmerso y diverso, a caminar con los personajes y a reflexionar con ellos sobre los lazos que nos unen, sobre el legado que como institución queremos dejar, sobre el papel que todos jugamos en la construcción de

un futuro mejor. Los autores de este volumen, al igual que sus personajes, han honrado el compromiso tácito que adquirieron al pisar los claustros de la Universidad del Cauca. Con sus realizaciones y acciones sociales, han hecho eco del lema que los convoca *Posteris Lumen Moriturus Edat* (El que ha de morir deje su luz a la posteridad).

Así, esta antología trascenderá no solo hasta los doscientos años, sino también doscientos más, convirtiéndose en una reflexiva exploración que nos convence de que el lema que nos inspira trasciende el tiempo y las generaciones, siendo una recia invitación a ser cada día mejores.

### **Olympo Morales Benítez**

Academia Colombiana de la Lengua, Individuo de Número.  
Miembro Mesa Directiva Real Academia Española  
Correspondiente. Asociado adherente Asecauca

# Un tipo brillante



Fue Alex el que primero llegó con la noticia. Aunque desde aquella vez han pasado más de cinco años, lo recuerdo bien porque ha sido él quien siempre ha estado pendiente de estas cosas. Con los días, sin embargo, era tema frecuente en nuestras reuniones habituales de exalumnos, en las que pasábamos revista de qué había sido de la vida de nuestros compañeros. Apareció, dijo esa vez en el chat por el que nos comunicábamos, compartíamos memes o nos felicitábamos en nuestros cumpleaños. En ese momento yo estaba enfrascado en una discusión con Valentina; nada delicado, pero sucedía que me molestaba demasiado esa costumbre suya de andar restregándose a cada tanto omisiones mías en nuestra cotidianidad. Asuntos domésticos de una banalidad exasperante. Supongo que aquella vez tuvo que haber sido algo del calibre de no haber secado las gotas del espejo del baño después de afeitarme, o no dejar las medias sucias donde correspondía, o quizás fue algún cajón del armario que olvidé cerrar; en realidad puedo especular cualquier cosa, porque de ese tenor eran nuestras discusiones.

Como nadie en el chat respondió en ese momento, Alex continuó desarrollando la noticia, con una festividad que siempre ha sido usual en él; entonces puso el gift de un gatito bailando, acompañado de una frase que decía: lo encontré. Seguimos sin responder, como una manera de instarlo a que soltara de sopetón a quién diablos había encontrado. Se refería a Meneses, a Darío Meneses. Cuando nos lo dijo recordé que varias veces lo habíamos mencionado en nuestras tertulias en las que mojábamos con whisky tantas anécdotas de aquellos años fascinantes que habíamos vivido juntos en la Universidad del Cauca. La razón no era otra que el hecho de que nadie sabía nada de él. De los demás compañeros algún dato se tenía, alguien trabajaba con ellos, coincidían en reuniones, frecuentaban el mismo restaurante, nos los habíamos encontrado en algún evento o algún fulano daba razón de ellos. En realidad puede que hubiera más excompañeros de los que no se tuviera noticia, pero el caso de Meneses era especial por quien había sido durante nuestro paso por la facultad.

El asunto es que Meneses siempre fue un tipo brillante. En la parte académica su desempeño fue ejemplar, y en los deportes era prácticamente un ídolo. Como armador del equipo de baloncesto solía desollar en los torneos inter-facultades. No era muy amiguero; es decir, no recuerdo que hiciera parte de algún grupo en particular de amigos, o que fuera asiduo en las fiestas, los días campestres o que

parchara por ahí entre una clase y otra, pero era ameno en el trato, cordial, sin que por eso dejáramos de considerarlo como lo que era: un tipo retraído. Cuando lo conocimos siempre supimos que su paso por el colegio había sido un acontecimiento, pues no solo fue el puntaje icfes más alto de su promoción, sino que cuando estaba en décimo grado obtuvo el primer lugar en las olimpiadas nacionales de física. De tal manera que su deambular por los pasillos de la facultad nunca estaba exento de miradas, algún comentario solaz sobre su inteligencia, o no faltaba quien se preguntara entre risas si así de impetuoso era también su desempeño en el amor o en la cama.

Por la época en que nos graduamos no había redes sociales, así que era natural que perdiéramos contacto con la gente, incluso con las personas más allegadas; de ahí la importancia de que en nuestros encuentros pasáramos revista de todos, casi con la misma obstinación con la que los profesores del colegio llamaban a lista antes del inicio de la clase. Las citas las concertábamos con antelación, así que los días previos los vivíamos con una expectativa jubilosa, hasta que al fin llegaba el día, que recibíamos con verdadero alborozo. Pero con los años internet se masificó, abundaron primero los chats, luego los blogs y los sistemas de mensajería, abriéndole camino a las redes sociales, que llegarían a imponerse con la fuerza arrolladora de un tsunami. En todos estos terrenos Alex era quien mejor se

movía; en eso parecía ser de una generación mucho más joven. De tal manera que en nuestros encuentros era el que solía tener información privilegiada sobre la suerte laboral de nuestros ex compañeros, o nos daba pormenores sobre lo que había sido de sus vidas. Temas de matrimonios, hijos, logros, fracasos, conquistas e infidelidades nos las iba destilando en aquellas veces en que nos reuníamos un sábado a constatar entre todos cómo languidecía la tarde y nos iba acogiendo de a pocos la noche hasta dejarnos exhaustos en la madrugada. Sus indagaciones llegaron a ser bastante rigurosas; incluso, lo recuerdo bien, sacaba su teléfono para corroborar en LinkedIn el cargo que ocupaba el fulano de turno, la empresa a la que pertenecía, o el perfil profesional de quienes estábamos hablando. La verdad es que nuestras vidas eran bastante decorosas; de alguna manera la formación nos había blindado de tantas deformaciones del mercado. Me parece ver a Alex arrugando el entrecejo, moviendo su dedo sobre la pantalla con habilidad hasta encontrar el dato que buscaba, momento en que levantaba su dedo índice para pedir atención. No había envidia en nuestros comentarios; todo lo contrario, era un entusiasmo genuino al confirmar que habían valido la pena tantos años de entrega a nuestros estudios. En términos generales, en eso había relativo consenso, la universidad, más que un título, nos había dotado de herramientas y valores para afrontar la vida, sobre todo en momentos en que

el terreno se hacía pedregoso o se escarpaba. Estas palabras, dichas así, revestidas con una solemnidad de folleto, las había pronunciado Fabián, el Flaco, un poco entonado por los whiskies, así que eso nos dio pie para montársela toda la noche, pero en el fondo sabíamos que lo asistía la razón.

La cuestión con Meneses, con Darío Meneses, es que no había rastro suyo por ningún lado. Varias veces especulamos que quizá estaría vinculado con la NASA, presidiendo una multinacional en Alemania, dirigiendo una investigación disruptiva en algún laboratorio prestigioso, o que sabríamos de él cuando anunciaran los resultados de años de estudio alrededor de la computación cuántica. Que no se supiera nada de él era algo que a mí no me afectaba en lo más mínimo; quiero decir que más allá de las hipótesis, algunas alusiones jocosas a sus años en la facultad o los comentarios que iban y venían, no era algo que me trasnochara. Pero Alex, no sabría explicar la razón, había asumido su búsqueda con una obstinación desconcertante. Esa es la razón por la que comprendí su entusiasmo aquella vez de mi discusión con Valentina en la que nos anunció que lo había encontrado. Pero Alex no quiso dar más detalles. Cuando le preguntamos dónde estaba, en qué empresa trabajaba, si estaba casado o en qué país vivía, se limitó a tratar de concertar un encuentro para darnos todos los detalles. Aunque insistimos zanjó el asunto con una negativa vehemente. Cuando Mondragón volvió al acecho dijo que el

resultado de sus pesquisas no los iba a soltar así como así, que aprovecháramos esa excusa para encontrarnos de nuevo, que valía mucho la pena lo que tenía para contarnos y comenzó a proponer fechas para nuestro encuentro.

Cuando llegué a la casa de Conrado ya todos estaban entusiastas; no hablaban de la facultad ni de asuntos relativos al trabajo, pero sí de fútbol. Recordaban con regocijo el campeonato de uno de los días campestres en el que nuestro equipo tuvo la deshonra de ser vapuleado por el equipo de primíparos. La culpa la tenía el portero, Astaiza, que parecía haberse enjabonado las manos antes de asumir el arco; también Caicedo, entregado a perfeccionar un regate en el que siempre perdía la pelota. Como yo era el único que faltaba, tan pronto me dejé caer en el sofá Alex levantó la mano; era su manera de llamar al orden, así que poco a poco dejamos que se nos sofocara la risa y le pusimos atención. En ese momento Alex pareció intimidarse frente a lo que iba a revelar, pero aun así tomó aire y comenzó el relato. Está aquí, fue lo primero que dijo, más cerca de lo que creíamos; en ese momento Astaiza giró su mirada hacia la cocina, mientras yo dejé que se perdiera la mía hacia el patio, imaginando tal vez que estaba al fondo asando chorizos o sazonando la carne. Tan pendejos, exclamó Alex, con una indignación impostada. Luego de eso nos explicó que Meneses trabajaba en la empresa de teléfonos de Bogotá; no es director, ni gerente, mucho menos vicepresidente, aclaró,

antes de que nuestra mente se aventurara por entre todas las posibilidades que cabía imaginar para un tipo como él. El tipo está en un cargo de lo más operativo, continuó; incluso vi su cubículo, así de pequeño, afirmó, extendiendo sus manos a lado y lado para estimar sus dimensiones. Alex nos contó que no quiso acercarse a saludarlo, no fue capaz; de alguna manera, le pareció, acercarse a su puesto de trabajo podría tomarlo como una afrenta, como si su acercamiento fuera a dejar implícito que su intención no era más que fastidiarlo, o si el solo saludo le hiciera saber que ya estaba al tanto de que había caído en desgracia. Mucho más porque Alex venía de una reunión con el vicepresidente de tecnología, en la que discutieron los pormenores de una alianza estratégica.

Conrado, arrugando la boca, tensando su cara en un gesto de molestia, le dijo a Alex que su propio cargo también era operativo, pero que esto no suponía un fracaso, que nadie sabía las circunstancias de nadie, que aquella intromisión suya en la vida de Meneses era una falta de respeto. Entonces Alex negó con la cabeza, alzó de nuevo la mano y continuó. Todo lo contrario, dijo, aferrándose a un poco de aplomo; cuando estuve a punto de marcharme fue él quien me descubrió junto a los ascensores. Entonces se acercó, nos dijo; sonreía, caminaba hacia él ampliando cada vez más la sonrisa, y luego extendió los brazos. Alex los extendió también, ahí, frente a nosotros, para hacernos saber la

manera en que Meneses lo abrazó; en ese momento se le quebró la voz y continuó. Nos fuimos para una cafetería que quedaba enfrente. Se rehusó a ir por un par de cervezas porque aseguró que el licor no era lo suyo. Así que pidieron un capuchino y un croissant. La voz de Alex recuperó la consistencia, aunque por momentos se desgajaba de nuevo. El tipo está casado, aseguró; tiene dos hijos maravillosos y una esposa que lo ama. En la compañía, aunque en verdad su rol no tiene prestancia ejecutiva, todos lo respetan por lo mucho que sabe. Sus opiniones son autoridad. Las decisiones técnicas cruciales de la compañía deben pasar, ante todo, por su veredicto. Pero no es esto lo quería contarles, dijo; en ese momento la voz se le resquebrajó de nuevo. Entonces apuró un sorbo de whisky para recuperar el aliento.

Meneses había decidido, muchos años atrás, que así sería su carrera en lo profesional. Aunque tuvo la posibilidad decidió que mantendría un bajo perfil, que le permitiera llegar a casa temprano, patear un balón en el parque con su hijo, montar bicicleta con su hija, sentarse a leer o a tomar un café al final de la tarde con su esposa. Nada de eso hubiese sido posible de haber aceptado años atrás ese otro camino por el que pudo haber optado. Nunca le interesó el dinero o el prestigio que pudiera granjearse. Meneses, nos dijo Alex, en verdad desde la facultad la tuvo clara. Nunca se dejó seducir por esa noción de éxito tan de estos tiempos, en la que se privilegia el dinero, la prestancia social, las

propiedades o una vida de opulencia. Su apuesta fue otra, más ligada a las pequeñas grandes victorias, a otro tipo de fastuosidades mucho más humanas. Para darle ese rumbo a su vida le sirvió toda la inteligencia que le conocimos; nunca nos equivocamos, dijo después, no queda duda de que siempre ha sido un tipo increíble, que descubrió que en adelante y para siempre su manera de ser brillante era justamente no brillar.

Después de las palabras de Alex permanecimos callados, sumidos en un silencio no concertado. Pero después de unos minutos terminamos llorando. Lloramos, brindamos y nos abrazamos, como si de un momento a otro en medio de la noche hubiésemos entendido la vida.



**Andrés Mauricio Muñoz.** Popayán, Colombia, (1974). Ganador de los concursos nacionales de cuento Libros y Letras, en 2006; Premio Literario Fundación Gilberto Alzate Avendaño, en 2007; TEUC, Universidad Central, en 2008. Autor de los libros de cuentos Desasosiegos menores (Premio Nacional de cuento UIS 2010) y Un lugar para que rece Adela (UdeA, 2015), recibido con entusiasmo por los lectores y la crítica en Colombia. Seix Barral publicó en 2016 su novela El último donjuán. Su libro de cuentos, Hay días en que estamos idos (Seix Barral, 2017), fue seleccionado por el IV Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana como uno de los tres mejores libros de 2017, y fue finalista de la V edición del Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez 2018. En 2019 Seix Barral publicó su novela Las Margaritas,

historia de un hombre minúsculo. Su novela más reciente es *Los Desagradables* (Seix Barral, 2023). Textos suyos han sido traducidos al árabe, alemán, francés, inglés, esloveno e italiano.

# Ángela o la tempestad



A travesar los charcos y los barriales producidos por las fuertes lluvias de la temporada no era nada placentero. Además, estaba la carga: un maletín enorme con todos los implementos necesarios para pasar la semana en aquel lejano lugar. Así la lluvia y su inclemencia vomitaran su desdicha, ella debía continuar su camino. Más adelante, quizás encontraría un lugar para descansar en ese día tan triste. Así era cada domingo, debía levantarse con la determinación de un nuevo viaje hacia su destino, ese era el que había elegido más de diez años atrás; no obstante, a veces le parecía como si fuera ayer. Cada paso hacia la vereda representaba un hálito de luz y tinieblas. Luz, porque al fin de cuentas tenía un trabajo estable y era feliz con lo que hacía; y tinieblas, porque debía alejarse de la única persona que amaba con todas sus fuerzas: su hija.

Ángela Carmona tenía 35 años, era de estatura promedio y un poco extrovertida. En cada viaje parecía volver a revivir el inicio de su profesión. Era impresionante cómo sus pensamientos la llevaban de nuevo a caminar otros territorios con el mismo entusiasmo que ese día llevaba bajo su piel. Por otro lado, la nostalgia la hacía sentir otra vez

lejos de sí, como si estuviera próxima a lanzarse a un hado sin nombre; sin embargo, ahí iba, caminando recta, así el cansancio tratara de dominarla. Siempre adelante, se decía con fuerza. Cada paso bajo la lluvia era más que una simple escena de una película dramática. Era vida, era esencia, era resolución atravesándole el cuerpo.

Hacía apenas dos años que había ganado esa plaza en un concurso, así que significaba mucho. Todos los años de estudio por fin habían dado resultado, porque trabajar por contrato en colegios privados en la ciudad o en algunas zonas rurales no era gratificante. El pago era uno de los grandes problemas, alcanzaba para medio sobrevivir. Después estaba la zozobra de si el próximo año la llamarían para continuar en el mismo colegio. Lo bueno de todo es que gracias a dichos empleos había aprendido a forjar su carácter; ya no quedaba ni rastro de la chica asustadiza que se enfrentó por primera vez a un grupo de cuarenta estudiantes en sus primeras prácticas pedagógicas. Aún recordaba esa joven de mejillas rojizas, de ojos meditabundos, de dulces secretos; era ella... la niña inexperta que a los veinte años había elegido, según su padre, tirarle piedras a la luna. Don Héctor desde el inicio se negó a costear semejante carrera inútil; por lo que Ángela no tuvo otra opción que trabajar en sus ratos libres para continuar con sus sueños de convertirse en docente en un país con pocas oportunidades laborales.

Su padre era un hombre reacio, gran trabajador y muy estricto. Desde que sus tres hijas comenzaron a tener conciencia de sí mismas, les dijo: hasta el bachillerato; porque para lo único que sirven las mujeres es para la cocina. Doña Raquel no pronunciaba palabra cada vez que salía con la misma retahíla, solo se dedicaba a servirle con parsimonia un nuevo plato. “Eso veremos” se decía entre dientes, día a día, mientras las niñas fueron creciendo. La mayor eligió sin rechistar el camino impuesto por su padre, así que, de tanto en tanto, regresaba a casa en un mar de lágrimas, pero dispuesta a volver a empezar. La segunda eligió estudiar contaduría, aunque a media marcha abandonó sus estudios. Al final, terminó laborando en una microempresa donde conoció a un hombre que sería su perdición desde el inicio hasta el final de su existencia.

Doña Raquel no perdió las esperanzas. Anhelaba de corazón que, al menos, una de sus hijas no emulara sus pasos. De esa manera, con gracia y empeño se dedicó a vender empanadas, helados, postres y otra cantidad de productos para ayudarla; mientras su esposo a regañadientes reclamaba más atención. No le importó eso, ni siquiera la cantaleta y envidia de sus dos hijas mayores; trabajó con toda su tenacidad para verla crecer. Y así fue, un viernes de diciembre obtuvo su sueño más preciado: Ángela se convirtió en la única licenciada de la familia.

Lo amargo vino después. Durante varias semanas recorrió la ciudad entera en busca de un empleo. La mofa constante y el cotilleo de sus hermanas y su padre fueron el pan de cada día, pero gracias a su perseverancia, tres meses después logró firmar su primer contrato. Lamentablemente, el destino es complejo y no avisa, así que aquella adolescente soñadora tendría que enfrentar una nueva prueba. Un día conoció a un hombre y se enamoró de él hasta perder la noción de la realidad. Era el hombre perfecto: responsable, atento y respetuoso. De esa relación llegó a la tierra la luz de su alegría: Cristina. No obstante, después de tres años de felicidad, aquel hombre tan recto y bueno se quitó la máscara, dejando ver su monstruosidad despiadada. Ángela intentó no dejarse hundir entre la niebla, aunque los susurros de sus hermanas la motivaran a abandonar la carga. Doña Raquel fue su paño de lágrimas y, gracias a ella, continuó soñando con un futuro mejor.

¿Existiría? Ángela Carmona no tenía la respuesta. Lo único que sabía era que aquel domingo debía aligerar el paso porque comenzaba a caer la noche y la lluvia no daba su brazo a torcer. Unas gotas raudas y otras frágiles se iban deslizando entre su capa. Las botas hasta la rodilla comenzaban a cansarla. “¡Dios mío! ¿Será que no va a parar de llover?” Llevaba más de una hora caminando y le parecía una eternidad. Otros días había sufrido por las fuertes lluvias, pero nunca como este. Los charcos eran enormes y

los iba atravesando con vesania, en algunas ocasiones pensando en las actividades académicas que realizaría durante la semana, otras veces, en su propia existencia.

En la ciudad, Doña Raquel revisó el celular de nuevo. El reloj de la pared marcó las siete y media. De forma cotidiana, a esa hora, Ángela ya la había llamado para contarle su larga travesía: seis horas en bus y luego dos más a pie. Algo estaba ocurriendo, de eso estaba segura; se lo decía su instinto de madre. A muchas horas de distancia, Ángela se encontraba con el corazón en la mano. La quebrada que debía cruzar, se había salido de su cauce. El río bufaba ante la oscura noche, como si quisiera devorarla. Piedras de todos los tamaños retumbaban ante el borde y se iban mezclando con el barro formando un zig zag interminable. Ángela trató de mantener la calma, pero los pensamientos comenzaron a bombardearla. La voz de su padre retumbaba en sus oídos: “¿Para eso estudiaste?”, las de sus hermanas se iban adhiriendo a la tempestad sin estrellas: “Estudiar para cuidar niños? Nunca en la vida. Mejor me consigo un marido para que me mantenga”. Luego aparecían los susurros de algunas de sus tíos: “En serio te vas a trabajar a ese moridero? Para eso, mejor ni hubieras estudiado”.

Los pensamientos comenzaron a inundar sus emociones. El miedo se sintió en sus dientes castañeando, en sus manos frías; al borde de perder el control. Allí estaba, acompañada por la tormenta y el oscuro camino recorrido; él la observaba

desde el fondo de los arbustos, detrás de las pequeñas montañas. Podía percibir su olor, sus ojos persiguiéndola, su silencio imperfecto. ¿Había alguien ahí o se lo estaba imaginando? Cada movimiento representaba peligro: las ramas inclinándose, la lluvia tocando su cuerpo, los relámpagos manifestando su poder sobre el cielo negro. Las figuras distorsionadas que alcanzaba a percibir con la linterna de su celular, comenzaban a morir. Solo le quedaba el diez por ciento de batería y tendría que darle la bienvenida a la oscuridad total. El miedo la comenzó a invadir por completo. ¿Nadie vendría en su ayuda? ¡Dios! Ni siquiera podía llamar a su madre para sentirse acompañada, no había rastro de señal.

En poco tiempo los pensamientos fatalistas arribaron en su mente y se instalaron en el fondo de su ser para tener el control. Su hija... ¿Qué pasaría si ese fuera el último día de su existencia? No, no podía ser así. Tomó el celular e intentó llamar a su madre. Sabía que la llamada no se ejecutaría; sin embargo, debía intentarlo. Sus pensamientos irracionales la obligaban a actuar. Después vino la culpa ¿Por qué no estaba con su hija? ¿Por qué había aceptado esa plaza tan retirada? ¿Valía la pena todo eso? Trató de encontrar en su mente una respuesta positiva, al menos una palabra que aliviara su sufrimiento. Sintió que se estaba muriendo a pedazos, ya no era ella; sino otra mujer caminando hacia un oscuro porvenir.

El ruido de las piedras golpeando la orilla y sobrepasando los límites no cesaba. El único rayo de luz emitido por su celular se apagó. Ángela Carmona olvidó su nombre, ahora era miedo; podía percibir el gorgoteo más ínfimo. Entonces gritó, gritó con todas sus fuerzas hasta que el cansancio se apoderó de su garganta. Las lágrimas no se hicieron esperar, se fueron mezclando con la lluvia; y fueron solo una: anegadas, misteriosas, únicas...

La noche se volvió eterna. Cada instante de su vida transcurrió en cámara lenta ante sus ojos. Recordó sus clases en la universidad, cuando se enamoró perdidamente y dio a luz a Cristina. Un suspiro significaba un nuevo momento atravesándole el cuerpo como una aguja. No podía saber si existía, si moría o si el aliento de la tibia mañana asomándose entre las montañas era real. El río parecía no haber bajado un céntimo. Cerró los ojos para descansar de sí misma. Tal vez algún pedagogo que había leído en la universidad tenía la respuesta a las grandes preguntas que ahora iban surgiendo en su conciencia. Por más que hurgó entre sus recuerdos, no pudo encontrar un veredicto.

La lluvia comenzó a aminorar, al igual que sus sentimientos. El río ya no era tan vasto como en la noche; el barro y las piedras solo eran minúsculos fragmentos de miedo perdiéndose entre la corriente. Dio el primer paso, el decisivo y el más importante. Avanzar era el objetivo. Todavía con rastros de temor en el pecho, inició su travesía;

cada paso significaba enfrentarse a sí misma. Temblando de miedo atravesó el río.

Cuando ya estuvo al otro lado, sonrió entre dientes. Había un recuerdo que la motivaba a seguir, a no rendirse, a que su luz no se apagara ante el desastre; pero no pudo traerlo a su memoria; no obstante, sabía que existía. Los siguientes minutos de caminata no resultaron nada agradables porque los pensamientos negativos volvieron a posarse en su mente. Su padre, sus hermanas y sus tíos... Era el mismo remolino hundiéndose bajo su piel. Caminó un buen trecho con desgana hasta que de los cerros aledaños pequeñas figuras parecían ir a su encuentro. No era Cristina, no era su madre... eran pequeñas motitas de algodón zigzagueando entre la maleza y el barro. Ángela Carmona no se detuvo, esta vez los pasos se hicieron más largos. Suspiró aliviada, por eso había decidido ser maestra; por aquellos rostros inocentes que se fueron uniendo a sus pasos entre risas y mensajes de aliento. A medida que se fue acercando a la escuela dejó de ser Ángela. Ahora era otra, ahora era un rayo de luz entre rostros sinceros y llenos de esperanza. De esa manera, aquel recuerdo en su mente explotó de emoción entre sus venas, fusionándose entre abrazos y lágrimas: “El que ha de morir deje su luz a la posteridad”.





**Ibán Darío Zambrano Acosta** es de Mercaderes y en el año 2015 se graduó como Licenciado en Español y Literatura en la Universidad del Cauca. Cuenta con más de ocho años de experiencia como docente en zonas rurales como San Juan-Bolívar, San Joaquín-Mercaderes y Santa Teresa-Inzá en el departamento del Cauca. Además, es Magíster en Neuropsicología y Educación de la Universidad Internacional de la Rioja; lo cual le ha permitido fortalecer su quehacer docente. Actualmente, cursa el Doctorado en Investigación en Ciencias de la Educación en el Centro Universitario ISIC de México. Uno de sus grandes propósitos de su trabajo como docente ha sido transmitir el amor por la lectura, esto lo ha llevado a replantear de manera permanente sus prácticas pedagógicas.

# Una luz que guía en el territorio



*A la Universidad del Cauca.*

Tres figuras unidas caminaban errantes en un lugar donde las ideas afloran con un pasado glorioso y una multiculturalidad enviable. La luz, una figura femenina cuyo origen divino la precede, su presencia es imponente y su belleza incalculable. La guía, una figura andrógina que desciende del linaje de la luz, es el fruto de lo humano unido con los orbes celestes, su naturaleza es semidivina, así como las figuras heroicas; ambas llevan a un pequeño niño. El territorio, siendo de origen mundano, aprende a caminar graciosamente e intenta imitar las palabras que la guía intercala con la luz.

Durante mucho tiempo, aquella tríada había contemplado con profunda aflicción la falta de libertad, lo que conllevaba a que las ideas permanecieran ocultas y, en el peor de los casos, reprimidas, lo cual inquietaba a la luz, puesto que su principal designio es la inspiración de progreso, generar utopías que logren el bien común. Decidida a tomar acción en la noche, mientras la guía alimenta a territorio para

continuar al día siguiente, decide emprender una larga búsqueda: veía los sueños de los jóvenes que anhelaban libertad profesando un amor pleno a su pueblo. En aquel trance pudo hablar con ellos y despertar ese ánimo de alcanzar aquel horizonte. Una nueva semilla se había plantado en nuevos ideales y consignas eternas.

La guía despierta un día más para seguir caminando, la luz está sonriente, a lo que la guía le pregunta el porqué de su sonrisa, a lo que lo lleva a la plaza más cercana, un grupo de jóvenes inspirados ha iniciado un mitin donde expresan la igualdad de todos los que conforman el pueblo y que solo estando unidos como una fraternidad alcanzaran la libertad tan anhelada. La guía mira estupefacta y territorio, que ya era un niño notablemente mayor, anotaba aquellas frases, tan familiares de los primeros años en las largas jornadas mientras solo era un infante. Aquella euforia se vería interrumpida por una larga tiniebla que amenazaba la inspiración que les había dado la luz y la integridad física de los jóvenes. El rostro de la luz se puso pálido y se puede evidenciar su frustración, la oscuridad ha vuelto.

Territorio ha comenzado a tener sus primeras conversaciones profundas con la guía. La luz no ha querido hablar durante muchos meses, se pregunta por qué de la nada su rostro no está iluminado por las sendas sagradas. En una noche a la orilla del río ve como aquel ser celeste se encuentra compungido por la tribulación. Nunca le había

visto llorar, decide abrirse a él, ya era lo suficiente maduro para saber, le cuenta como la oscuridad siempre se ha encargado de mantener a la humanidad presa de sí misma con la represión, la desigualdad y el odio; le cuenta que los jóvenes con los que ha hablado e inspirado a actuar ahora comenzaban a ser perseguidos e incluso algunos ya habían vuelto a la luz. Ella se siente culpable del destino fatal de las personas que ilumina, piensa en claudicar a lo que el joven territorio la mira a los ojos y recita unas palabras que al principio no parece entender puesto que nunca había hablado bien con territorio, pero con la profundización del joven mediante una alegoría perfecta a su misión inmortal, su rostro resplandece de nuevo y más brillante de lo que jamás fue.

La luz antes de que cante el gallo se encuentra implantada en los insomnios de una nueva generación de jóvenes que en las sombras empiezan a proyectar el nacimiento glorioso de una nueva república. La guía transmutándose en la niña, el soñador, la trabajadora, el campesino, la anciana sabia y el consejero se encarga de que los designios de la luz sean cumplidos, no puede haber falla alguna, puesto que existirá algo que jamás ha sido brindado a aquella gente, algo que sin duda vencerá a la oscuridad imperante. Con todo esto, las primeras no podían cuidar más a territorio que ya había alcanzado el culmen de su desarrollo como joven, ávido de conocimiento y de servicio; había tomado la decisión

definitiva de no seguir siendo más un espectador, pondría todo lo que aprendió de sus tutoras durante tantos años de camino sin rumbo, se sumaría a las voces de aquellos soñadores.

La ilusión estaba sembrada, cada vez más personas seguían uniéndose en uno solo, teniendo en sus manos el destino de toda una nueva nación. Territorio ha logrado la incorporación de nuevas mentes que serían fundamentales en este enfrentamiento, con la voz de la luz ha sido su estandarte; la batalla ha llegado, los bandos han acudido a la cita, la oscuridad ha duplicado sus fuerzas, no piensa dejar sus dominios, el pueblo se muestra incólume, listo para vencer. La luz ha acudido al encuentro, su comparecencia no se limitará a inspirar, pues ha decidido dejar en cada uno de estos ciudadanos, un fragmento de su propia composición, por lo que ahora estará luchando en todos y en todas.

En ese lugar, la guía mira a cada una de las personas presentes, alcanza a ver como territorio sobresale con una mirada altiva, siente como se retuerce todo en su interior, teme por el joven adulto que se adentra heróicamente en el pleito, piensa en correr a sacarlo, a lo que es detenida por la luz, le explica que su labor con territorio ha sido cumplida y ya le corresponde a él continuar con su propia historia. Esto fue una dolorosa pena para la guía, puesto que siempre había llevado con la única labor de ser cuidadora, por lo que su envejecimiento comenzaría en ese día. Territorio avanza

decidido a combatir: las manos están unidas, todos se muestran como uno solo, la iluminación de aquel lugar es apoteósica, la victoria es indudable, el enemigo ha sido relegado por la felicidad en el rostro de todos y todas, que no es más que el reflejo del enaltecimiento de la luz.

Aquellos soñadores, que ahora eran dirigentes y amigos de territorio, habían decidido que lo que los había inspirado no debía quedarse solamente en el grupo que tuvo la fortuna de ser victoriosos, en ese mismo lugar, que por donde las tres figuras habían caminado durante años, sería el hogar de la formación de nuevas ideas en las que siempre estaría ese fragmento otorgado por la divinidad. El joven adulto transmite aquel proyecto a la luz, que lo recibe con beneplácito, desde ese momento se iniciaría el diseño y construcción de lo que los fundadores llamaron “La Universidad del Tercer Distrito”, territorio bromearía con la guía al mencionar que es honor de esa tríada que por tanto tiempo había esperado por aquel acontecimiento, ella sonríe en un agridulce momento, pues sabe que dentro de poco retornará a la luz.

La cuna de personajes ilustres, que serán los responsables del futuro nacional empieza sus labores el 11 de noviembre del año de 1827; la luz siempre está en pleno manifiesto, atenta a que el relevo generacional sea efectivo, nuevas generaciones que mediante la educación sean bendecidas con la luz en su entendimiento y en su corazón. La guía

asume la dirección de la institución, logrando adentrarse en el actuar de los primeros fundadores, vigilante de la formación con excelencia, manteniéndose en los designios de la luz mira con ternura y orgullo el crecimiento de territorio, que ya hace poco alcanzaría su edad madura, a lo que toma la responsabilidad del cuidado de ella, cuya salud había comenzado a verse perjudicada.

Era increíble ver cómo había crecido tanto aquel modelo educativo, el instituto era la mayor fuente de conocimiento, el esplendor de la luz jamás había sido tan monumental y tenía su reflejo en el blanco de las viviendas del municipio donde se asentaba, aquella ciudad fecunda donde ahora la tríada había encontrado su hogar; la guía se encuentra débil, sin embargo, decide salir a caminar una última vez con territorio.

Hacía tiempo que territorio había dejado de ser un pequeño niño, ahora era un hombre con una fortaleza envidiable, su relevancia en la Universidad no se discutía, había comenzado a tener ciertas funciones de la guía en la formación de los estudiantes, era maestro de jurisprudencia, dirigiendo aquella y también la de agrimensura, la guía se había entregado en integridad a las de medicina y teología; la luz, conocedora de la naturaleza de la guía, ya había hablado con ella para hacer los preparativos del acto final. Ella acepta con altura, la transmisión debía concretarse, ahora le

correspondería a él llevar las riendas de lo que la tríada había logrado.

Se habían levantado temprano, habían recorrido los lugares de una ciudad próspera, sobre todo estaban orgullosos de ver a tantos jóvenes estudiando, ambos veían como cada uno de ellos resplandecía con un halo de luz, siendo enseñados por los que alguna vez lucharon contra la oscuridad, lo cual eleva la alegría de la guía al punto del llanto. Una vez alejados del blanco de los edificios, caminan hacia lo que alguna vez fue una pirámide sagrada de los primeros habitantes de ese lugar, se sientan y contemplan la magnitud del aporte realizado, a lo que al final la guía le dice el siguiente paso, el inexorable paso que ambos deben dar, solo así la universidad podrá continuar y la oscuridad no volverá a tener asomo de su nefasta influencia. Territorio se encuentra inconsolable, aquella figura materna debería volver a luz pero en un momento ella le recuerda las palabras que alguna vez dijo, que hicieron renacer en la luz la fuerza suficiente para lograr su cometido, concluye aceptando su deber y parándose erguido sobre la vista de su ciudad, abraza fuertemente a la guía que emite una sonrisa cálida.

El día asignado sería el mismo 11 de noviembre en la noche, aquel en el que el plan de la luz triunfó, el lugar sería el claustro que perteneció un día a la orden de predicadores de Santo Domingo de Guzmán, más conocidos como dominicos. Por designio de la luz todo ese lugar se llenó de

las más hermosas hortensias, dalias, geranios y orquídeas, que eran las favoritas de la guía. Una vez ubicados en el patio central, bajo la oficina de territorio, se dispone el inicio de la transición, un gran número de flores multicolores rodean el cuerpo de la guía, la luz le pide al hombre que se disponga a recitar las palabras que su sabio entendimiento alguna vez vislumbrara.

Territorio ante esta responsabilidad enorme siente que en él confluyen todos los lenguajes existentes, pasando del hispano, el galo y el britano. Un conocimiento milenario lo resume en un corto pasaje:

Efímero y pasajero  
nuestro paso sincero  
de las esferas celestiales  
a las terrenales revelaciones.  
  
De ti he nacido  
y a ti reanudo  
guardando esperanzado  
el relevo anhelado  
guía iluminada  
tea traspasada  
expresas confiada  
!Quien ha de morir  
que deje su luz a la posteridad

La guía deja caer una última lágrima en el suelo fértil, las flores emiten ondas que encandilan aún más sus colores. Inmediatamente, se llena de luz toda la ciudad y se eleva para finalmente atravesar el cuerpo de territorio que desde ese día se ha convertido en la nueva guía y ha dirigido el porvenir universitario con ostensible amor al prójimo mediante la aparición de nuevos maestros, decanas y rectores que se encargan hasta el día de hoy de la cesión luminaria a cada uno de los estudiantes. Su principal legado sería hacer de las últimas palabras del poema etéreo el más hermoso de los lemas, que definiría la misión de la que se llamaría Universidad del Cauca.



**Luis Felipe Díaz Villamarín.** Abogado de la Universidad del Cauca. Litigante y editor director de la Revista Justicia & Derecho de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, miembro de la Red Colombiana de Líderes Juveniles (Red Kolumbien). Escritor de cuento y poesía, apasionado por la lectura, la cultura caucana y la participación política de las juventudes.

Reconocido por el Consejo Municipal de Juventud y la Plataforma Municipal de Juventud de Popayán por la labor y compromiso con la participación juvenil. Nació en la ciudad de Popayán, el 26 de julio de 1999.

# Filacteria cantora



Las preguntas sobre el destino, pasado-futuro; mundo, vida-sueño-realidad-tiempo; filosofía, amor, razón; psicología, errores, miedos, culpa seducían mi joven mente y, más que las preguntas, lo que atraía mi atención era la búsqueda de las respuestas. La academia me había servido para reflexionar sobre algunas de ellas, empresa que en ocasiones se tornaba absurda pues personas con más experiencia y conocimiento habían dedicado su vida a pensar en esos asuntos y lo único que encontraron no lo pudieron traducir, pues solo existen muros de letras, ideas tan abigarradas que es más fácil volver a las preguntas originales y ahondar en ellas con herramientas propias, en lugar de empeñar tiempo y esfuerzos en leer o –peor aún –tratar de entender las respuestas tan elaboradas, científicas, filosóficas de otras mentes, ¿Acaso no existen respuestas más fácticas, tangibles, sencillas? ¿Acaso no existen respuestas al alcance de los humanos? Ahora, que viajo en la red de metro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires –estoy exactamente en la estación Echeverría, –noto más tranquilidad en mis ideas, en mi alma, en mi ser.

Recuerdo cuando estaba en Colombia, aquella mañana algunas vagas ideas sobre la vida no me dejaron descansar tranquilo; además, debí levantarme temprano ese día –como todos los demás –para cumplir con mis responsabilidades laborales, carácter que cultivé en mis días como estudiante universitario. Ese día cumplí veintiséis años de haber abandonado el vientre de mi madre. Ese día fue demasiado diferente, me sentí distinto, algo tuvo la fotografía del día de mi graduación de la Licenciatura que había cursado en la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación. En la esquina inferior derecha del retrato, el escudo del alma mater brillaba como luz de sol. Varias veces me había detenido a mirarlo, conocía de lleno sus curvas y siempre me llamó la atención las letras de la filacteria que están bajo el número 1827. Mientras brillaba el escudo, la filacteria parecía que empezaba a moverse y a despedir una angelada melodía que luego fue acompañada de dos versos del himno de la Universidad. Estos siempre, siempre me hicieron estremecer: “Solo un canon regula tus ritos/La desnuda verdad es tu ley”.

Algo pasó desapercibido los últimos siete años; con excepción del último cumpleaños, los demás, siempre estuvieron perturbados por una intranquilidad extraña. Pero, este día, hubo algo diferente, el escudo de la universidad trajo consigo un mensaje; tuve una epifanía sobre mi destino: desaparecer sin dejar rastro. No por el

hecho de la desaparición sino por la eternidad que hay en un desaparecido, por ese tono inmortal de la desaparición. Todas las preguntas que vagaban en mi alma, surgían por vivencias, experiencias –fragmentadas ya–, recortadas y almacenadas en pequeños trozos en mi memoria; organizadas a conveniencia mía o para calmar mi conciencia, por el motivo que sea, las respuestas a las inquietudes originales no llegarían en río revuelto, a decir verdad, nunca fui un pescador muy hábil. Después, la universidad me convirtió en un sujeto que piensa, ulteriormente, me enseñó el giro “siento, luego existo”.

Me dirigía desde Juan Manuel de Rosas hasta Leandro Alem en la línea B y vino a mi mente como un toro que entra en la arena, el día en que empecé a vivir. Arduo pensar era herencia de mi amada universidad, ahí aprendí a levantar la epidermis de la sociedad para verificar su estado muscular y nervioso. Mi yo –el de antes –abordó el problema sobre desaparecer. No debía entenderse como cortar la existencia; otra de mis grandes preocupaciones era esa: entender si el límite para quitarse la vida, se encontraba en la valentía o en la cobardía, parecerá una cuestión trivial, sin embargo, muchos dirán que es cobarde quien huye, quien sale y termina autónomamente con su existencia, muchos apelan a lo bello de la vida y a todo lo hermoso que se experimenta dentro de ella y terminarán calificando al suicida como cobarde; sin darse cuenta que ese mismo argumento da

fuerza a la dicotomía (cobardía-valentía), pues pensar en la belleza inherente a la existencia es un factor que implica en aquel autoliquidador mucha valentía para actuar, pues la cobardía no gana guerras y evidentemente, un suicidio es una guerra entre la vida y la muerte.

Y así era mi mente, se iba –sin razón alguna –a exponer otros asuntos que quizás no vienen al caso ¿o quizás sí? Hoy, observando esta ventana del subte (como lo llaman los porteños), me parece importante destacar cómo funcionaba yo. Sin omitir que me acerco a la estación Dorrego. Acá me bajo cuando vengo a visitar a mi amigo Duende quien vive en Darwin 825, otro colombiano que también vino a construir conocimiento, otro día les contaré su historia. Recuerdo que en esa casa escribí un poema que titulé “Una tarde común en Charles Robert”.

Por suerte, en aquella luminosa mañana, la epifanía trajo consigo la solución al planteamiento de la desaparición, mi destino no estaría en la tierra que pisaba y en la que uno sobre el otro mis pies descansaban en ese momento en que me acomodé sobre la silla de mi estudio y contemplé un imaginario horizonte que brillaba –desde la fotografía de mi cuarto y el escudo de mi universidad –más allá de la pared blanca de la habitación. Miré con detalle una nada, que para ese momento había sido lo más tangible que hubiera tenido frente a los ojos en toda mi existencia. Aquella aparición, conectaba los lugares con las personas y las personas con los

recuerdos, entonces se anulaba el tiempo y me transportaba a cada uno de los lugares pisados por mis otros yo; uno de antes, otro posterior; uno a quien yo seguía, otro que me sigue fielmente; pero, siempre mis otras existencias –no sé cuántas –llenas de recuerdos marcados por la búsqueda de respuestas y para mi vida quería –más que cualquier otra cosa en todo este mundo–, respuestas: lumen.

Las personas que se bajan en Malabia, y que han compartido conmigo desde las estaciones ya mencionadas, miran mi rostro abstraído por la lejanía del recuerdo, en especial una pequeña niña, con un rostro muy tierno que abordó en Tronador, me mira y adivina que mi alma está –al igual que ella –libre. Libertad es quizás una de las hijas de la universidad: “Alma ciencia tus hijos hoy vienen”. Así fue como ese día decidí organizar mis metas y me propuse un objetivo: vivir. Duré casi dos décadas y media sin vivir. Entregado a una no-vida vacua, sosa, anodina, banal.

Ese día el otro yo dijo: cambiar de república: Argentina es la mejor opción. ¿La divisa? El peso argentino está en peores condiciones que el peso colombiano y la adquisición del dólar en el mercado extraoficial es muy rentable para comprar pesos argentinos. Un objetivo adicional me acercará a mi gran sueño de viajar a Rusia: aprender el idioma en una casa de estudios que iguale la calidad de la Universidad del Cauca. Seguro que mi formación de pregrado me había conferido dominio en áreas como educación, alfabetización,

escritura, literatura en tanto arte, estudios literarios o literatura comparada. Esas eran una muestra del abanico de opciones en las que podría apoyar a las personas que lo necesitaran, sería mi forma para dejar mi luz.

Claro, extraño a muchas personas, amigos, amores, pero, era un precio más que justo para encontrar la verdad de la vida, casi he llegado a Pueyrredón ¡Qué rápido se viaja en tren! A veces, conecto con la línea H para llegar a la línea A y bajarme en Congreso para ir al hostal de mala muerte donde vive Francis con su esposa, una mujer que tiene la mala vida marcada en la cara, digo esto no en sentido moral, al contrario, se nota que ella ha sido una mujer que ha sufrido en extremo. Son muy buenos amigos míos.

La epifanía y la hermosa Nada me mostraron los rostros de mis otros amigos, amigas, amores, malos amores y amores no correspondidos preguntándose entre sí: ¿Qué has sabido del loco? ¿Has hablado con el universitario? ¿Dónde estará el unicaucano? ¿Qué le habrá pasado a ese man? Indicaciones e ideas como “escríbale a ver qué responde, vamos a buscarlo a la casa, preguntemos a alguien”, todo ello acompañado de gestos de incertidumbre y signos de incredulidad con expresiones de intranquilidad, amor y preocupación que en este momento no puedo devolver más que con gratitud. A esto, la visión respondió: sabrán que estás cumpliendo tu sueño o caminando hacia él, cuando hayas muerto. Entonces, eres quien ha de morir.

La desaparición no iba destinada solo a cumplir con el objetivo de salir del país y llevar a más personas el nombre y el legado del Cauca, también era una forma de imprimir mi firma en el acto, pues sería un hecho jocoso –por lo menos para mí –un símbolo magistral de las burlas de mi ser. Desaparecía de una realidad, la ausencia sería palpable, si no en todos los rostros de quienes hicieron esas preguntas y dieron esas indicaciones, por lo menos, –estoy muy seguro – de que en algunos el sentido de ausencia quedará fuertemente marcado de por vida y ello es lo que me permitiría ser implantado en otra realidad.

Quizá la epifanía de la filacteria cantora se contaminó un poco con mi deseo de ser recordado, pues para todas las vidas, siempre llevaré conmigo a las personas, ellas están en las palabras, las palabras me acompañarán eternamente, no volveré a morir. Mi misión entonces era fundar mi ser que acompañaría a las generaciones venideras, al tiempo futuro, a la posteridad. Varias personas hallaron respuesta sobre mi bienestar, no así sobre mi lugar de residencia y menos sobre los motivos de la falta de comunicación; muchos de los secretos que cargué conmigo fueron revelados por bocas autorizadas (en su debido momento), pues vi –como en un tablero de ajedrez –todos los movimientos que debía hacer antes de partir y en estricto orden se cumplieron.

Mientras el sol me calienta la cara y yo me acerco a Florida, pienso y no dejo de preguntarme cuál habrá sido la

expresión de aquellas personas con quien la realidad aparente me relacionó en algún momento, ¿Qué habrá sido de sus vidas? Es una pregunta que no tendrá respuesta.

La misma epifanía me llevó a caminar por calles que nunca había visto y que transito hoy, mientras salgo de la estación Leandro N. Alem a una calle de Plaza Roma, donde vengo a compartir con niños que necesitan del cariño colombiano. Calles coloniales pero muy distintas a las de mi vieja ciudad natal –que recuerdo con tanto cariño –aunque la calles nunca habían sido exploradas por mi yo actual, supongo que aquel predecesor o alguno de otra realidad, caminó por estas calles de muros grisáceos y habanos, ya que sus formas, colores y olores son muy familiares.

La primera vez que las crucé, me sentí en casa, tuve una sensación inexplicable de saber que pertenezco a este lugar, porque la misión era la solidaridad y la fruición por el conocimiento. No elegir el bienestar particular sobre el bienestar colectivo fue una de las enseñanzas de mi alma mater. Mejor se puede describir la sensación como si hubiera estado encerrado toda mi vida en una jaula, obligado a creer que era propio de ese lugar, mientras mi espíritu sabía que pertenecía a esta realidad que habito hoy, lejos del dolor y la muerte eterna; en busca del amor, los sueños, la vida eterna, así vivo, infinitamente feliz, pues la filacteria cantora dio vida al escudo y entonó con dulce melodía: la vida perpetua se

concede a aquel que, con palabras y sentido de pertenencia, crea esperanza e ideas en las almas de los otros.



**Cristian Daniel Chamorro.** Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana e Inglés (Universidad del Cauca). Galardonado con la Medalla Universidad del Cauca en su denominación “SERGIO ARBOLEDA” (2018). Aspirante a Magister en Literaturas Española y Latinoamericana de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Uno de los ganadores del proyecto audiovisual “La Colombia que soñamos” del Ministerio de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (Colombia) por guión y producción del micro documental "Gratitud: de la ciudad al campo" (2022). Reconocimiento en el Primer encuentro de poesía del área de egresados de la Universidad del Cauca (2022). Ganador de concursos literarios en género romance y suspenso de Volar Editorial S.A.S. (2022). Ganador del concurso de poesía de ITA Editorial (2023). Docente del Departamento de Educación y Pedagogía de la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación de la Universidad del Cauca.

# Trascender: fragmentos de soledad



Desde su refugio temporal, la residencia universitaria localizada en la parte posterior de la Facultad de Ingeniería en Electrónica y Telecomunicaciones (FIET) de la Universidad del Cauca, Silvana veía cómo sus compañeros de curso se divertían y emborrachaban, algunos participaban en los concursos que Camila, la más popular de su clase, lideraba desde la tarima; el pulso entre hombres y mujeres era una competencia emocionante, pero Míster Tarzán, la más esperada... pues era el momento donde las chicas de la FIET gritaban fanfarrias cuando sus compañeros más agraciados (seleccionados por Camila) se quitaban la camisa en tarima y hacían el baile sexy al son de canciones con ritmo R&B. Este concurso le llevaría a uno de ellos, a ser el acreedor al premio mayor, una garrafa de aguardiente caucano y el trofeo que le ayudaría a conseguir la atención de cualquier mujer en la U.

Silvana con su corta estatura, contextura delgada, tez palidecida y ojos saltones que se ocultaban tras enormes anteojos que usaba desde corta edad debido a una miopía extrema, cumplía con el típico estereotipo de la "nerd", y

pasaba desapercibida cuando se abría paso entre la multitud de la fiesta, para lograr salir de su dormitorio a buscar la cena. La electrónica y las telecomunicaciones eran todo su mundo, los circuitos, señales analógicas y digitales, los algoritmos matemáticos y la física cuántica la fascinaban por completo; sin embargo, este refugio intelectual la aislaban del vibrante mundo de la U, donde sus compañeros celebraban la vida a ritmo de fiestas y amores fugaces.

En su primer año de carrera, Silvana se sentía como una observadora externa, incapaz de integrarse. Sus compañeros, con su natural desenvoltura y aparente facilidad para navegar por las complejidades sociales, parecían avanzar a pasos agigantados en el disfrute, mientras ella se estancaba en un bucle de estudio y soledad entre las gélidas paredes de metal con que estaban fabricados los contenedores de cuatro metros cuadrados de la residencia universitaria donde ella vivía sus días y noches completamente aislada; este lugar, casi inhumano para sobrevivir, era el único que su humilde familia podía pagar para garantizar su estadía en la U.

La frustración crecía en su interior, observaba con cierto sentimiento de envidia cómo Camila y su mejor amiga conseguían novios, cómo disfrutaban de las fiestas universitarias y cómo parecían tenerlo todo bajo control, incluso sus estudios, en los que no eran lumbres, pero lograban pasar el semestre. Ella, en cambio, se sentía inepta

al no poder conectar socialmente con ese mundo de gente “normal”.

Un día, mientras se refugiaba en uno de los tantos rincones de la biblioteca universitaria, donde pasaba horas enteras, cuando no tenía clases programadas, para evitar tener que socializar con sus compañeros de clase, halló un libro que cambiaría su perspectiva para siempre; era la biografía de Marie Curie, la incansable exploradora y pionera de la radioactividad. En las páginas de ese libro, Silvana descubrió la historia de una mujer que, a pesar de enfrentar innumerables obstáculos y discriminación, perseveró en su pasión por la ciencia y logró grandes avances que cambiaron el mundo, desafiando las voces masculinas que buscaban silenciarla. La historia de Marie Curie la inspiró a reevaluar su propia situación; inspirada por la valentía de Curie, Silvana se dio cuenta de que no era necesario encajar en el molde social para dejar de ser invisible. Ella tenía su propio camino, su propio ritmo, y eso era lo que la hacía única.

Con un espíritu renovado, Silvana comenzó a enfocarse en sus estudios con mayor pasión que nunca, participó activamente en clases y proyectos, y buscó la tutoría de profesores de trayectoria que reconocieron su potencial. Su esfuerzo y dedicación dieron frutos de forma acelerada y fue una alumna tan destacada en sus clases, que poco a poco se ganó el respeto de sus compañeros y profesores, los que, al cabo de unos semestres, la saludaban como si fuera un

personaje famoso. Pero su transformación no se limitó al ámbito académico, también comenzó a abrirse a nuevas experiencias; se unió a un grupo de estudiantes interesados en robótica, donde encontró un espacio seguro para compartir su pasión por la tecnología con otros que la comprendían y la confortaban; además, se atrevió a salir de su zona de confort y participar en algunas actividades sociales organizadas por sus compañeros de clase, donde descubrió que podía disfrutar de la compañía de otras personas sin perder su esencia; ella seguiría siendo una “nerd”, pero eso no significaba permanecer sola semanas enteras o que estudiar era la única manera de transitar en su vida. A medida que avanzaba en su carrera universitaria, se transformó en una mujer segura de sí misma. Su experiencia en la Universidad del Cauca le había enseñado que el éxito no se define por encajar en un molde, sino por perseguir los sueños con osadía y autenticidad.

Entrando el fin de siglo XX se graduó con honores, convirtiéndose en el primer ingeniero en toda la historia de la FIET, que consiguiera un promedio de 4.9/5.0 en toda la carrera.

Posteriormente su trabajo como investigadora en una de las universidades de la región, la llevó a desarrollar proyectos innovadores en el mundo de la robótica aplicada en Colombia que tuvieron un impacto positivo y la catapultaron fuera del país. Sus compañeros de clase le perdieron el

rastro, pues al graduarse todos tomaron caminos diferentes, aunque la mayoría fueron contratados por empresas de Telecomunicaciones en Colombia y el mundo, unos pocos decidieron emprender en sus ciudades natales y casi desaparecieron.

Treinta años más tarde, en una de las reuniones de reencuentro que hacían periódicamente los más cercanos de la clase del 90, se enteraron por un programa de televisión, que una estudiante de doctorado del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), quien estaba liderando la misión de llevar el hombre a Marte, había sido hallada muerta en su habitación, al parecer por ingerir cianuro. Al ver la foto publicada en pantalla, se percataron de que era su ex compañera, Silvana, quien lucía bastante envejecida. Ninguno de los que estaban reunidos, entendía cómo había sucedido, pues aparentemente por lo indicado en la noticia, su legado estaba siendo definitivo en el campo de la investigación robótica a nivel global y su vida parecía perfecta; había sido becada por este importante claustro y según información de Juan, única persona del grupo con quien había mantenido el contacto esporádicamente desde la graduación, Silvana habría sido pareja por varios años, de uno de los más renombrados profesores del campus del MIT; sin embargo, la realidad en su interior era diferente, desde pequeña había sufrido de Trastorno Depresivo Mayor (TDM), una afección compleja y multifactorial para la cual

no existe una “cura” definitiva, hay enfoques que pueden ayudar a manejarlo a lo largo de la vida, sin embargo, es una enfermedad silenciosa que puede desencadenar episodios depresivos en ciertos momentos de vida de adultos que experimentan ciertos eventos o condiciones disparadoras como el estrés, cambios importantes en la vida, pérdidas, problemas de salud o relaciones interpersonales difíciles. Por desgracia Silvana siguió siendo un alma solitaria en MIT luego de la ruptura de su relación sentimental y esa soledad, fue la que le costó la vida.

En la nota de despedida que yacía al lado de su cuerpo inmóvil, mencionaba que los mejores momentos de su vida habían sido los compartidos en la Universidad del Cauca, enumeraba uno a uno a sus compañeros de clase, y como si el tiempo no hubiera transcurrido, dejó a cada uno de ellos un mensaje personalizado que los recibió por sorpresa. La nota suicida culminaba diciendo que: en agradecimiento a ellos, sus compañeros de clase y a la U, las regalías que generara el resultado de su avanzada investigación del hombre a Marte debían ser donadas a una Fundación que ayudara a dar un tratamiento de por vida a personas que sufrieran de depresión cuando niños, y cuyo albacea sería precisamente la Universidad del Cauca. Ella sabía antes de morir que la única manera de trascender era ayudando a otros a sobrevivir.



∅

**Patricia Helena Fierro** es una Business and Tech Advisor con más de 25 años de experiencia en el sector público y privado. Su propuesta de valor radica en acompañar a empresarios para que sus negocios sean exitosos a través del aprovechamiento de la tecnología, la creación de cultura digital, la innovación y la estrategia de marketing.

Es una apasionada escritora y autora de varios libros, incluyendo “Collage” (2010), “Metamorfosis” (2016), “Transfórmate en vendedor digital” (2019) y “La vida... en puntos suspensivos” (2022).

Como mentora, trabaja activamente para inspirar y conectar a más mujeres en el ámbito de la tecnología y las carreras STEM, miembro de colectivos globales como Women In Tech y OWSD. Además, es Profesional Oficial de la Reserva Naval de Colombia desde 2014 y se desempeña como Jefe del Departamento de Comunicaciones Estratégicas, labores que desempeña ad honorem.

Su formación formal incluye Ingeniería en Electrónica y Telecomunicaciones (1998) Universidad del Cauca, especializaciones en Telecomunicaciones (2002) y Gerencia Estratégica (2010). ¡Una profesional multifacética y apasionada por el impacto de la tecnología en la sociedad!

# Todas mis ovejas son blancas



Yo, bien pudiera decir que soy un pastor de ovejas virtuales en mis noches de insomnio. Algunas veces cuando parece que me estoy quedando dormido ha ocurrido que se me pierde alguna de ellas, pero muy pronto por decirlo de alguna manera a la noche siguiente vuelvo en su búsqueda. Pienso egoístamente que soy un buen pastor. Me alegra tanto encontrar a mi oveja perdida que de la alegría la cargo en mi hombro para traerla de regreso al rebaño en el que realizo la cuenta.

Pareciese que el insomnio me diera una tregua entonces por la satisfacción que experimento y logro quedarme dormido con ella en el hombro. Bueno no directamente en el hombro es más bien atravesada sobre mi nuca como lo hacen los verdaderos pastores en físico.

Mis ovejas son todas blancas, tal vez porque el conteo lo realizo siempre en la oscuridad de la noche. A la vez me surge una pregunta y es: ¿si el no poder dormir durante el día se le pueda catalogar también como insomnio? Bueno lo pensaba por quienes tienen que laborar durante la noche y llegan a dormir en el día. No podría entonces asegurar el

benéfico efecto que tiene contar ovejas para conciliar el sueño. El problema se agrava, pero como bien sabido es que todo problema tiene solución he pensado que se puede recurrir a las estrellas que a nuestra mente resultan infinitas. No me he atrevido a preguntar a los vigilantes nocturnos por ejemplo cómo concilian el sueño durante el día, hasta he llegado a pensar que la respuesta puede ser muy simple, supongo que manifestarán que todo es cuestión de costumbre, que la verdad es que esa fórmula universalmente conocida de contar ovejas para conciliar el sueño para ellos no funciona, hasta se reirán de mí mirándome a la cara y manifestado que es una manera inocua de despistar el sueño, pero nada cierto.

Mis ovejas son todas blancas, desde luego, no significan que no existan ovejas de distintos colores, lo que pasa es que, encontrar y contar una oveja de color negro por ejemplo sería inconveniente en la oscuridad de la noche. También creo que no es nada relajante contar ovejas que no sean blancas. Las ovejas blancas a mi particularmente me parecen muy tiernas y manipulables.

Lo anterior lo he pensado desde que era estudiante de matemáticas en la Facultad de Educación de la Universidad del Cauca, en las que algunas veces por la preocupación de alguna evaluación en la que me iba mal, no podía conciliar el sueño, de eso hace mucho tiempo ya, tanto que metafóricamente expresado me parece que ya casi he

contado todas las ovejas blancas que pudiese mirar en mi vida y que me faltan muy pocas por contar. Menos mal ahora ya no me encuentro estresado por evaluaciones pendientes y el rebaño puede ser pequeño si se necesitara.

La verdad es que una de esas noches de insomnio me resultó monótono contar tantas ovejas blancas y decidí relajarme contando en algún sistema distinto al decimal. Al comenzar como todo proyecto resultó desconcertante y agobiante, cómo sería que con mucha dificultad llegaba al equivalente de veinte unidades en nuestro sistema. Digo nuestro sistema porque bien sé que el sistema decimal es universalmente empleado desde nuestra escuela por cualquier estudiante de básica y es natural que ustedes lo empleen sin complique.

El sistema decimal podría decir que viene implícitamente ligado a nuestra mente toda vez que, hasta un niño sin saber de cifras, ni de su representación, fácilmente emplea los dedos de la mano para manifestar lo que quiere en cuanto a cantidades.

Cualquiera pensaría que contar con menos símbolos de representación de los diez símbolos empleados por nosotros fuera más fácil pero la costumbre del sistema decimal que necesitó de crear toda una estructura mental para contar y para realizar operaciones nos lo impide.

El sistema de numeración binario que solo emplea dos símbolos (0,1) debería ser más elemental que el sistema

decimal pero su dificultad estriba que para cuentas grandes se debe emplear muchos ceros y unos y la cuenta para un rebaño de más de diez ovejas en nuestro sistema se vuelve engoroso. Eso fue lo que quise manifestar inicialmente cuando expresé que algunas veces se me perdía una de ellas pero que en la noche siguiente volvía para encontrarla.

En general, emplear otro sistema de conteo con más o menos símbolos es como salir de la zona de confort para enfrentarse a algo desconocido en el conteo de ovejas blancas.

Bueno, hasta diez no hay dificultad en la simbología utilizada para expresar las cuentas, pero después o para sistemas con más símbolos que el decimal es necesario recurrir a las letras del alfabeto, pero con mayúsculas.

¡Qué importa! me dije alguna vez en medio de mi confusión!

¡Qué importa que con el empleo de nuevos sistemas haya complicado la manera de contar ovejas blancas para los que sufrimos de insomnio!

Estaba precisamente intentando bosquejar o cuadrar la fecha de este aniversario para la Universidad del Cauca y dejarlo de esta manera para la posteridad, en otro sistema de numeración, cuando PLUMM... algo explotó en los alrededores en donde me encuentro trabajando. Momentos después la radio informaba que se trataba de un atentado contra la estación central de la Policía de Popayán, que un

tatuco de cuatro que estaban listos para detonar lo hizo. Gracias a Dios no explotaron los otros era el comentario que hacía la gente que pasaba cerca de mí.

Los cilindros-bombas habían sido colocados dentro de una volqueta de color rojo que aparentaba estar cargada de arena y se había parqueado en los alrededores de la policía de la ciudad. Esto sucedió hacia las cinco de la tarde del viernes siete de junio de 2024 y escribo la fecha completa porque estos recuerdos no es lo que queremos los habitantes de Popayán y el Cauca que tengan que quedar para la posteridad de la región. Es la primera vez que la subversión se atreve a desafiar a nuestra fuerza pública ubicada en la estación central. Este párrafo no estaba planeado para mi cuento, pero me pareció tan importante mencionarlo que, aunque podría extenderme en lo referente a la violencia que vive el Cauca, hoy por hoy, prefiero seguir intentando concentrarme en la manera de contar ovejas blancas. Por un momento pensé en las palomas blancas y hasta me vi tentado a cambiar mis ovejas por palomas, pero en Colombia se han soltado tantas sin que haya surtido efecto que yo prefiero seguir con mis ovejas blancas.

Después de semejante susto no sabía si la esencia de mi cuento todavía persistía en mí, la cual era la de representar la fecha de este aniversario de mi alma mater en algo distinto al sistema tradicional de numeración. Había pensado que de algo me debería servir haber contado tantas ovejas blancas

en inciertos sistemas de numeración en noches de vigilia que me dije... que lo logre representar en el sistema de numeración más simple como lo es el binario estaría apenas bien. Sé que por esto nadie me felicitaría. Es un orgullo personal podría decirse y comencé con mis cuentas básicas. Otros dirán conversiones. Decimal... binario.

Decimal	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Binario	0	1	10	11	100	101	110	111	1000	1001	1010	10111

Como bien puede suponerse no es tan fácil representar el año 197 en sistema Binario, aunque ese número es relativamente pequeño.

Bien sé que no debo emplear ayudas artificiales y por eso, lo que me queda es recurrir a la mejor manera de contar ovejas virtuales sin dormirme como siempre lo hago es decir empleando las potencias de dos hasta aproximarme a 197.

2 elevado a la cinco es 32, 2 elevado a la seis es 64

2 elevado a la siete 128, 2 elevado a la ocho es 256

Me he pasado. Luego debo emplear la potencia de 2 a la siete y sumarle el resto dentro de las potencias de dos.

Dos es 10 en binario. De tal forma que 2 a la siete es 10 a la siete.

Dos a la siete en binario es 10000000 y voy en 128 años por lo que debo sumarle 69 para completar los 197 años del aniversario.

Dos a la seis es 64 dos a la seis en binario 1000000 pero todavía me faltan 5 que debo pasarlo al binario

Dos a la dos es cuatro que pasado a binario es 100. Pero falta el último uno. Que en binario también es uno.

Luego 10000000 más 1000000 más 100 más 1. Es igual a 11000101 equivalente a 197 años el aniversario de nuestra Universidad del Cauca a la fecha.

Aquí los símbolos empleados fuera del sistema decimal no llevan los puntos que solemos emplear para las unidades, decenas, centenas, aquí se toman como unidades de orden superior en el sistema que se esté trabajando.

He seguido pensando que pese a querer utilizar otros sistemas de numeración por hobby cualquier conversión que se haga siempre estará relacionado con nuestro sistema de cuentas, de otra manera se haría incomprendible el conteo. Bien, otro matemático más erudito que yo dirá que por qué no emplear divisiones sucesivas y listo, pero recuerden que yo estoy contando las ovejas del insomnio.

Igual puedo contar ovejas blancas en sistemas con más de diez símbolos, pero por comodidad el más utilizado es el hexadecimal o de 16 símbolos y más por referencia que por cualquier otra cosa, finalizo expresando que 197 en ese

sistema es equivalente a C5 las divisiones sucesivas son más incómodas aquí. ¡Feliz cumpleaños mi alma mater!



**Héctor Marino Santiago Ávila**, nació en Popayán Cauca, el 9 de abril de 1956, es licenciado en matemáticas de la Universidad del Cauca y con especialización en educación con énfasis en pedagogía de la Universidad Mariana de Pasto. Actualmente pensionado. Se desempeñó como docente en la región de Tierradentro (Cauca). Ha escrito varias novelas de carácter etnográfico alusivo a la etnia páez asentada en Tierradentro.

# Esa fuente no se agota



El lema de la Universidad del Cauca, *Posteris Lumen Moriturus Edat*, (El que ha de morir, deje su luz a la posteridad), impregnó mi personalidad desde la primera vez que pisé el claustro, su marca sigue vigente aunque hayan pasado tantos años, cumplir esa visión constituye un propósito perdurable en mi existencia. Dejar luz a la posteridad, en un contexto relacionado con el servicio a los demás, la gratitud a la vida y a la universidad, es el motor que despierta la visión y la proyecta de manera trascendente, sobre todo, al leer en las paredes del antiguo claustro, cuando ingresé a esta institución, los nombres de quince presidentes de Colombia egresados de la histórica universidad, reto inmenso y estímulo constante para quien aspire a la grandeza.

Al concluir mis estudios en la Facultad de Ingeniería Civil sentí el peso de las responsabilidades con el alma mater, desafío inmenso, pero no imposible de cumplir por estar apoyado en los valores y principios que la orientación universitaria supo inculcarme con visos éticos refulgentes que volaban desde una antorcha en ondas trascendentales. El momento de graduación constituyó un transporte imaginario

al gigantesco horizonte del futuro, en difuso paisaje brillaba el resplandor luminoso del desempeño profesional y en él sobresalía una señal de regreso con manojo de gratitud en la memoria repleta de valiosos recuerdos.

La ceremonia de graduación constituía el ascenso al escalón soñado en los años precedentes, lleno de orgullo leía en el rostro de mis compañeros la misma sensación. Mientras el Paraninfo escuchaba las palabras de las autoridades universitarias, una panorámica se apoderaba del horizonte ceremonial, el óleo del maestro Martínez, payanés, quien en cincuenta y tres metros cuadrados reflejó la vida nacional. Un grandioso y apoteósico canto a la ciudad domina el escenario, exalta la emoción y estremece los sentimientos, la historia de Popayán y de Colombia, de indígenas, negros y blancos, esclavos y esclavistas, las autoridades y el pueblo, el quijote y el sabio. Un ángel desciende de lo alto con la luz enviada por el espíritu divino para que fijemos la mirada en las alturas, arriba y adelante, siempre, si queremos dejar luz.

Recitaron mi nombre y el de varios compañeros, de la mesa principal regresamos con el diploma en nuestras manos, merecido homenaje a los sueños, luchas, esperanzas e ilusión, cada graduado y su familia compartían la emoción expresada en regocijo intenso.

—¡Lo logramos, lo logramos!

En alborozada exclamación los nuevos profesionales nos confundimos en la dicha por la culminación de los estudios y el logro de la meta. En un círculo, con los diplomas en el centro, encendimos el regocijo que nos unió en la felicidad, la alegría se opacaba a veces por la nostalgia de la despedida. Contagiamos con la misma sensación a los familiares provenientes de diferentes regiones del país, la emoción era momentánea, la interrumpimos para enfocar nuestro interrogante en el qué hacer, la experimentación de lo aprendido en la facultad, ir de la teoría a la práctica, aplicarla en beneficio de la humanidad y el crecimiento del país, honrar a la Universidad y a los profesores que nos compartieron su saber con gran paciencia.

Entregué el diploma a mi padre, acompañado de mis hermanos y familiares, todos celebramos, mi progenitor lo hizo con lágrimas en los ojos al ver el primero de sus diez hijos alcanzar un título universitario, en medio de la felicidad nos movíamos hacia adelante y hacia atrás, en círculo, sin parar, apretones de manos y felicitaciones dominaban el ambiente.

Era el 7 de abril de 1978, varios años antes había llegado a Popayán a continuar los estudios iniciados en la Universidad del Quindío, la graduación debió ser el año anterior pero una huelga universitaria en protesta por falta de recursos financieros mantuvo en paro a la Universidad del Cauca desde mediados de 1977, año en el cual cumplía 150 años de

historia, desafortunada forma de celebrar, la universidad pública siempre expuesta al desamparo y desinterés de los gobernantes.

En un momento de meditación reflexiva, absorbido en un afán libertario y justiciero, la gratitud unida a la emoción del momento, despertó en mí el compromiso de organizar un grupo de profesionales para ayudar a la universidad. Me aterrizó de nuevo la invitación familiar.

—Vamos a celebrar-, dijeron mis hermanos, lo hicimos en un salón social cerca de la universidad, antes de partir hacia Buga, el Señor de los Milagros y mi madre, Susana, cuyos restos óseos reposan en un osario al pie de su altar, los inspiradores de mi éxito, recibían mi presencia agradecida, respuesta a las peticiones expresadas en el pergamo recibido en la Universidad del Cauca. En casa de mi hermana Gloria disfrutamos el éxito alcanzado, continuamos el festejo en el Quindío. Añoranza, mezclada con ilusiones, constituía un menú para el espíritu en un transporte imaginario por los senderos recorridos, las expectativas surgían sobre el desconocido mundo de la competencia profesional y el mercado laboral. Hermosos y nostálgicos recuerdos del amor filial surgen ante la ausencia de algunos actores de ese momento que partieron definitivamente, lleno de gratitud y amor los evoco diariamente.

—Me voy para Bogotá, unas cortas vacaciones me caerán muy bien—. Con esas palabras me despedí de mi padre a la

siguiente semana, la dificultad de encontrar un buen trabajo en la región, saturada de ingenieros y con las pocas opciones laborales sujetas al poder politiquero no ofrecían buenas perspectivas.

Visité un instituto de construcciones escolares, dejé la solicitud de trabajo y volví al Quindío, ocho días después recibí el nombramiento como ingeniero de la institución, precipitando la partida para iniciar mi vida laboral en la capital de Colombia.

Uno de los primeros actos fue inscribirme en la sociedad que agrupa a los ingenieros de Colombia, fuera del diploma de grado, pertenecer a esta agremiación amplificaba la confianza en mi carrera. Traté de organizar una asociación de profesionales para cumplir lo prometido en el paraninfo, esto no pasó de los primeros pasos, otra convocatoria llenaría mis expectativas.

Un aviso en un periódico nacional revivió el interés por los asuntos relacionados con mi universidad: -la Asociación de exalumnos de la Universidad del Cauca invitaba a los egresados residentes en Bogotá a asamblea general, el 28 de septiembre de 1978 en la carrera 7 con calle 12. Mi mente se situó de nuevo en el momento de graduación y en la meditación con el sentimiento de gratitud, su cumplimiento se perfilaba a través de la asociación creada un año antes.

Cien pesos pagué por la inscripción, mi nombre resultó electo en la nueva junta directiva, honor muy grande para un

recién egresado, compartir con exalumnos de renombre nacional: presidente del Senado, magistrados de varias cortes, consejero de Estado, un médico de la real academia inglesa de cirugía y otros egresados, como yo, con más juventud y menos experiencia.

En el mismo año, 1978, el nuevo gobierno nacional vinculó a varios egresados de la Universidad del Cauca, convirtiendo a la asociación en una institución cercana a los poderes del Estado por la vinculación de exalumnos en altos cargos oficiales y por la cercanía de nuestra sede a la plaza de Bolívar, comparecen allí el Capitolio Nacional, Alcaldía de Bogotá, Palacio de Justicia, la Catedral Mayor y Palacio de Nariño, sede presidencial.

—Tenemos que exaltar a los egresados—, había dicho uno de los miembros de la junta directiva, así quedó estipulado en los Estatutos. Entre 1978 y 1979 fueron muchos los motivos de celebración gracias a las altas responsabilidades de unicaucanos en el gobierno nacional: Designado a la presidencia de Colombia, Secretario presidencial, Comandante general de la Fuerza Aérea y Gerente general de la Caja Agraria, Gerente Administrativo de la Federación de Cafeteros, magistrados, entre los más destacados. Dos miembros de la lista anterior elevaron a diez y siete el número de presidentes de Colombia graduados en nuestra Universidad del Cauca.

Verdaderos ejemplos del legado de luz que pregonó el lema universitario honraron el significado visionario de los padres de la patria, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, al fundar nuestra alma mater en 1827 dejaron establecido el interés de formar profesionales para dirigir la vida nacional independiente, preparar a los dirigentes públicos que la naciente república requería, estos egresados estaban respondiendo al sueño de los libertadores fundadores.

—Con egresados en esos cargos tan importantes no hay razón para que la Universidad del Cauca sufra por falta de recursos, la crisis financiera del sesquicentenario aún continúa, debemos tocar las puertas del Estado y me parece, en estos momentos, que el Secretario de la presidencia es el personaje más apropiado para gestionar los auxilios financieros requeridos—, así me referí, en la primera sesión de junta directiva en el año 1979.

—Tiene mucha razón—, dijo el presidente de Asecauca y lo reafirmó el redactor de los Estatutos, recordando que uno de los objetivos de la asociación es propender por el brillo y prosperidad de la Universidad del Cauca.

El Secretario de la presidencia de la república, nos atendió en el palacio presidencial y por solicitud suya realizamos sesión de junta directiva en su oficina. Yo no salía del asombro al pisar por primera vez la sede presidencial de Colombia, lo mismo les sucedía a algunos compañeros de

junta, en un pequeño recorrido visual mis ojos se llenaron de historia y mi mente de expectativas: ocupar las sillas de los ministros me condujo a los sueños infantiles cuando jugábamos, hermanos y vecinos, a ser grandes, con dificultad me concentré en el presente y escuché con atención al importante anfitrión, una vez terminó el presidente de nuestra junta de explicar el motivo de la visita y dar los agradecimientos por la entrevista.

—Bienvenidos amigos de Asecauca, ustedes representan a los exalumnos de la Universidad del Cauca y merecen mi atención y agradecimiento por la misión que cumplen, ofrezco toda la colaboración con el fin de asegurar una buena partida presupuestal para la Universidad del Cauca, hablaré con los ministros de Hacienda y Educación con el fin de lograr su compromiso y sacar a la Universidad de la crisis, gestionaré, además, con el resto del gabinete ministerial, por ser yo el Coordinador del Consejo de Ministros me resulta más fácil, ahí en esas sillas que ustedes ocupan se sientan ellos semanalmente—.

Saborear el café que una empleada colocó al frente de cada uno relajó un poco nuestro estado emocional y seguimos atentos y reflexivos.

—Yo soy payanés, fui gobernador del Cauca, soy egresado de la Universidad del Cauca, mi padre fue su rector, mi compromiso con la institución es muy grande, claro que voy

a ayudar en esto y en lo que más pueda, nuestra Universidad se lo merece–, fue la respuesta y conclusión de la visita.

La junta directiva, en esta misma sesión me comisionó, con otro de los directivos, para acudir a la Dirección de Presupuesto a plantear las conclusiones de lo tratado, el Secretario presidencial prometió adelantar gestiones internas para acelerar el proceso. Los funcionarios anfitriones nos recibieron cordialmente y prometieron dar inmediato trámite una vez llegara del ministerio de Hacienda la orden de su destinación.

El resultado de nuestra gestión ante el gobierno nacional se convirtió en un rotundo éxito: en menos tiempo de lo esperado la Universidad del Cauca recibió un significativo aporte financiero, tan grande que no sólo superó las dificultades acumuladas, reflejadas en el sesquicentenario, sino que aseguró su futuro financiamiento a través de un camino exitoso próximo a cumplir 200 años.

En reunión del Consejo superior universitario, celebrado en Popayán el 23 de mayo de 1979, un poco más de un año de mi graduación, se aprobó un Acuerdo, comunicado según oficio # 237, exaltando mi nombre y el de los demás miembros de la junta directiva de la Asociación de exalumnos de la Universidad del Cauca Asecauca capítulo de Bogotá.

– Reconocen la labor para obtener del gobierno central soluciones a la difícil situación del claustro y manifiestan en

nombre de la Universidad, de Popayán y del Cauca gratitud sincera y solicitan que el interés en tan nobles gestiones sea constante.

La respuesta a nuestra solicitud, por parte del Secretario de la presidencia de la república, fue la luz que iluminó la salida a la crisis universitaria, fortaleció su esperanza y conmovió la gratitud de quienes, desde Bogotá, seguíamos comprometidos con la Universidad, justa y apropiada respuesta a los principios inculcados en sus aulas y a la visión de liderazgo implícita en el lema: *Posteris lumen moriturus edat, El que ha de morir deje luz a la posteridad.*



**Jesús Helí Giraldo Giraldo.** Educador en Caldas y Quindío. Ingeniero civil (Universidad del Cauca, 1.978). Experiencia profesional en varias entidades nacionales del sector público y privado en el campo de la intervención, el cálculo y la administración de obras. Instructor Bach registrado en la fundación Bach de Inglaterra (BFRP), consultor en el tratamiento de problemas emocionales. Escritor, autor de los siguientes libros: El niño colombiano frente a la crisis educativa (1982), Vivienda rural: un desarrollo integral (1988), Camino a mí ser (1996), La personalidad: efectos de la infancia (2000), Sea consciente de su subconsciente (2002), Semillero de esperanzas (2006), Guía para la curación con flores de Bach (2008), Amor y elogio un canto a las virtudes de la infancia (2010) Mi familia Giraldo y Filadelfia (2012), Flores de Bach y equilibrio emocional (2016), Equipos humanos exitosos (2018), Luz a la posteridad (2019), Emociones en la sombra (2020), Obstáculo & destino (2020), Luz y sombras (2020), Más allá de los recuerdos (2021),

Equilibrio y armonía (2021), Educar es formar buenas personas (2023). Participación en otros libros: La escritura sobrevive (2021), Memorias del deporte, Filadelfia (2021), Personajes, Filadelfia (2023).

# Creando Sueños



Nuevamente la ciudad se posaba en su color natural, ese gris blanco, adornado con los destellos amarillo profundo que siempre me recuerdan que más allá, de aquel atardecer de brillo profundo, se encuentra nuestro mar pacífico. Son entonces, esos atardeceres los que me inspiran para dar gracias a Dios y también agradecerle a mi madre y a mi padre, por permitir el poder volver a este claustro, el cual sigue siendo el mismo de aquellos años donde alegremente recibí sus enseñanzas que además de permitirme ser profesional, marcaron mi vida personal, familiar y social.

Cuando te veo, Universidad del Cauca, veo que sigues siendo imponente en el conocimiento y jerarquía académica de nuestro país. Por ello deseo contarte algunas de las tantas historias que en mí y a mi alrededor sucedieron después de haberme graduado. Primero que todo, por aquellos días a mi lado estuvieron mis padres, pero ahora ya no están. Sí puedo afirmar que, para ellos, mi grado fue de gran satisfacción porque su hijo se graduaba en estas aulas, para ellos significaba otro profesor que llegaba a la familia. Siempre en mi pueblo a mi familia se nos ha identificado como familia de profesores y gracias a ello son ya varias las generaciones de

estudiantes que hemos ayudado a formar tanto en la academia, como en su desarrollo personal y en ello siempre estuvo tu mano formadora, la misma línea que hoy nos permite ver estudiantes, ahora graduándose como profesionales, muchos de ellos no solo como profesionales en educación sino en otras áreas del conocimiento, incluso varios pasaron de ser mis estudiantes a ser líderes de sus comunidades, a ser profesores en grandes universidades y en diversas líneas del gobierno. Ahí sí, como dice el dicho: “quién no recuerda a un buen maestro”. Es grato para uno recibir los halagos de ellos cuando dan las gracias por los conocimientos recibidos y la satisfacción que sienten por ya estar en la universidad. Es ahí donde me da mucha alegría saber que lo que se proyectó a mis estudiantes se aprendió igualmente en la Universidad.

Se trataba y así lo tenía claro en mis pensamientos, que graduarme en sus aulas no era el final sino que se trataba del comienzo de toda una vida de idas y venidas en mi vida personal y profesional, eso me hace sentir orgulloso de haberme graduado en la universidad del Cauca. En tus aulas se dieron también los pasos para lo que más adelante sería formar una familia, familia a la cual, siguiendo los pasos de mis padres, también los motivo para que lleguen a la universidad.

El camino estaba determinado, recibir mi grado en la universidad significó la realización de mi vida personal y

profesional. Me alegra saber que, gracias a mis estudios en la universidad, se pudo aportar a la sociedad. Recuerdo que el día de mi grado, estaba mi hija, ella estaba sentada a mi lado e igualmente hoy, sigue mis pasos interesada en su estudio y ser una profesional. Se siente la alegría por mi hija porque fue la persona que, en mis momentos de estudio, tantas veces me vio sufrir, llorar, reír, esas son las cosas que nos permiten la vida y la universidad. De aquella época de grado son tantos años, que lo que compartí en la Universidad, ahora me parece un sueño.

Haber estado en sus aulas, un sueño hecho realidad. Eso es lo grato de compartir en familia y en la sociedad lo aprendido en tus paredes, tu fortaleza académica lo es todo, además se dejan valiosos compañeros de grado, que igual camino tomaron y se los ve proyectados en la comunidad e igual orgullosos de tu olor a conocimiento e ideas.

En mi caso así fue el camino de la vida, mientras mis padres me forjaron como persona, la Universidad del Cauca, me hizo un profesional de la educación, es lo que ahora soy, mientras mis padres me inculcaron el amor por la vida y la gente, tú me dabas conocimiento. A propósito en mi pueblo, ubicado en el sur del Cauca, en mi infancia y mi época de estudiante de primaria, en mi familia y la gente me llamaba Ciro y cuando llegué al pueblo el profesor tenía otro nombre, anécdota que siempre me sirvió para valorar lo que se tiene y lo que se recibe, motivo por el cual siempre he inculcado en

mis estudiantes que un día espero verlos formándose como profesionales en la Universidad del Cauca y la verdad muchos así se han realizado, otros siguieron otros caminos, algunos de ellos no muy buenos, así son los caminos de la vida.

Además de mis padres, grande fue el impacto en mi familia, el día de mi grado, lo bueno estaba por venir. Mi madre siempre vivió orgullosa de su hijo profesor, que seguía el legado familiar y se convertía en el orgullo de todos mis hermanos, a los que siempre les gustó la idea de tener otro hermano profesor. Sobre mi padre, bien se puede decir que fue una persona que se caracterizó por ser un hombre rectio y de carácter fuerte, de aquellos que para su época sólo lograban cursar la primaria y en el caso de mi madre alcanzó a cursar solamente primero de primaria, pero igual entendió la importancia del grado de su hijo. Es decir que, en mi caso tuve tres pilares que me inspiraron a avanzar en mi vida, siempre fueron mi inspiración mi madre, mi padre y la Universidad, situación que se hizo más notoria cuando empezaba mi nueva vida como profesor en mi pueblo, ubicado en el sur del Cauca, región que para la época ya estaba plagada de toda clase de problemas sociales, de economías oscuras, pero igual de personas llenas de valor y con ganas de salir adelante. Inicié mi vida laboral, convencido de la buena formación académica que la universidad me había dado, dispuesto a dar todo de mí, así

debía ser, llegaba a la vida laboral con todo el valor de lo aprendido en la academia. Sin embargo, las realidades sociales eran otras.

Cuando me gradué como profesional de la educación, no fue difícil conseguir trabajo, era una época donde todavía existía relativa disponibilidad laboral y mi diploma universitario así me lo permitía y ya era de gran ventaja graduarse en la Universidad del Cauca, fue una época donde diversas circunstancias hicieron que fuésemos persistentes en nuestras labores para no quedarnos en el intento, donde varios de nosotros nos vimos en la obligación de compartir el conocimiento con factores externos, generalmente con los llamados grupos armados interesados en ideologías o actividades políticas, hechos que menciono a groso modo, dado que ello es una historia muy larga, historias que cuando se está en la universidad, no se piensa que nos va a ocurrir.

Alguna vez estando en el aula de clase, mi trabajo fue interrumpido por la llegada de hombres armados, que dejaron en el ambiente la ausencia del Estado, en regiones como esta. Bien se escucha en tierras del sur del Cauca, que a ellas el único Estado que llega es el profesor, la escuela y a veces el ejército cuando se lo ve persiguiendo a los grupos armados. Son extensas las historias con los grupos armados ilegales, interviniendo en las aulas escolares, vestidos de camuflados y cargando sus armas, en la búsqueda de persuadir a los niños y niñas de lo que sería según ellos las

bondades de estar armados. Es decir, mientras mis estudiantes se rodeaban de un cuaderno y un lápiz, de otro lado estaban los grupos armados ilegales, interesados en llevarse a los estudiantes a como diera lugar, es más después de esas incursiones armadas algunos escolares no regresaban. Se dice que algunos de ellos se iban a ser militantes de los grupos armados, otros en cambio se desplazaban a otros lugares, intentando escapar del problema armado.

Nada de este momento, la incursión directa de grupos armados en las aulas, se llegó a mencionar en las aulas de la universidad. Sin embargo, puedo señalar que los grupos armados no tuvieron adversidad hacia mí como persona, especialmente a partir del momento que les indicaba que éramos profesionales de la educación, graduados en la Universidad del Cauca, de alguna manera se observaba el respeto en aquellas personas, para con mi Universidad. En aquellos momentos siempre me pregunté: –¿por qué la admiración de aquellos estudiantes por los grupos armados? –Ellos parecían disfrutar de esos momentos de tertulia con los grupos armados, eran los mismos que de manera rutinaria llegaban a las aulas, llegaban de todos los colores. Es más todavía en zonas despobladas esta situación sigue ocurriendo, ahora con otros grupos, pero igual son ilegales que están creando inestabilidad en la región.

Ahora sucede que algunos compañeros docentes deben pedir permiso a los dueños de las armas, para poder llegar a las aulas para poder enseñar lo que la universidad nos enseñó. Los señores de las armas también dan salvoconductos a las personas para poder moverse en la región y de vez en cuando se dan a la tarea de llegar a las aulas con el propósito de escuchar el discurso de los docentes.

Así ocurrieron las circunstancias de la vida, los profesionales de nuestra generación debemos de ser educadores en medio de una vida rodeada por la violencia. La universidad no nos formó para ello y sin importar las circunstancias, estuvimos ahí, siguiendo nuestra labor profesional. Se debía seguir cumpliendo en lo que nos habíamos formado, además porque todo esto, igual le sucedía al médico o al ingeniero. Todos en su medida debimos compartir, con los grupos armados lo que hacíamos y lo que la universidad nos había enseñado, claro de otra manera no hubiese sido posible compartir más momentos de vida y los que no lo hicieron, varios ya no se encuentran entre nosotros.

La universidad y la vida en circunstancias normales se supone deben caminar a la par, pero no fue así lo sucedido en esta historia. Los hechos sociales que aquí se narran, no se aprenden en la universidad, sin embargo, gracias a los conocimientos adquiridos en ella, logramos afrontarlos,

porque así son las cosas de la vida. Finalmente, esos momentos en mi vida profesional permitieron valorar mi trabajo, convirtiéndose en mi dilema de vida, pero lo importante para ese momento fue pensar cómo poder rescatarle a la guerra a todos esos niños y niñas.

Fue entonces cuando entendí, que lo que me habían inculcado en la familia y en la universidad, fue la herramienta que me permitió finalmente ser persistente con mis estudiantes, es decir permanecer con ellos, no abandonarlos, porque eso hubiese significado entregarlos a la guerra. Ahora muchos de esos niños y niñas han continuado con su educación y están cimentando sus sueños de vida, con la seguridad que un día llegarán a la universidad, tal como yo lo pude hacer.



**Darío Moreno Arteaga.** Licenciado en Historia, Magíster en Estudios Políticos Latinoamericanos y estudiante de pregrado de Derecho de la Universidad del Cauca. Diplomado en Docencia Universitaria de la ESAP, Cauca. Miembro de número Academia de Historia del Cauca. Premio de Historia Ministerio de Cultura, 2002. Autor libros: “El Sistema Político del Clientelismo en Popayán. 1930-1940” y “Viviendo mi Cauca”. Coautor de libros: “Élite y Mentalidad Política en Popayán, 1970-1980”, “Historia de Maestros II, 1990; “El Rastro de las Ideas”, en 2006 y “Memorias del Bicentenario”, en 2010.

Laboró como profesor catedrático en la Universidad del Cauca, Autónoma del Cauca, Cooperativa de Colombia y la ESAP, Cauca y

docente en varias Instituciones Educativas del Departamento del Cauca.

# El hijo del jornalero



**E**n el pintoresco y cálido pueblo de Rivera, Huila, los días transcurrían con una cadencia melancólica bajo un cielo que parecía contener los suspiros de antiguas historias de hacendados entrelazadas con los destinos de sus habitantes. En este ambiente saturado de tambores, tiples, flautas y sanjuaneros, nació Esteban, en un modesto barrio de casas de madera envejecida, testigos silenciosos de vidas humildes llenas de sueños.

Las mañanas comenzaban con el canto melódico de los pájaros, cuyos trinos anuncianaban la llegada de un día monótono y predecible. El sol emergía sobre las montañas cercanas, tiñendo el cielo de tonos dorados que parecían fundirse con el verde intenso de los verdes arrozales.

Sus calles estrechas, surcadas por líneas de sombra y luz, cobraban vida con los habitantes que salían a realizar sus quehaceres diarios. Las mujeres vestidas en trajes típicos llevaban grandes cestos en la cabeza, repletos de frutas tropicales que parecían brillar con una luz propia bajo el sol inclemente. Los hombres con sombreros de pindo trabajaban en los campos, sus sombras recortadas contra el fondo de las vegas inundadas se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Momico, un diminuto y rústico puerto sobre el río Magdalena, era el punto de encuentro tanto para la vida cotidiana como para lo extraordinario. Se decía que sus aguas guardaban secretos antiguos y que, en las noches de luna llena, la llorona emergía para cantar melodías ancestrales que embrujaba a quienes se aventuraban cerca de sus orillas.

Las casas, con sus paredes de adobe y techos de teja de barro cocido, parecían fusionarse con el paisaje, como si hubieran crecido desde la tierra misma. En los patios traseros, árboles frutales de mangos y papayos se erguían como guardianes silenciosos, testigos de historias que se transmitían de generación en generación.

En las noches, el pueblo se sumía en un silencio misterioso, roto solo por el sonido lejano de guitarras y tambores que resonaban desde las casas más animadas. Luces parpadeantes de faroles creaban un ambiente íntimo y acogedor, donde las sombras se alargaban y se mezclaban con las figuras de los espíritus de la naturaleza que, según cuentan los lugareños, caminaban entre los árboles y los campos en las horas más oscuras.

Desde temprana edad, Esteban fue tocado por la música de una manera que iba más allá de lo ordinario.

No fue un simple interés, sino un eco profundo que parecía resonar desde las raíces mismas de la tierra.

Un viejo tiple prestado por un vecino se convirtió en su compañero constante, y cada acorde que extraía de sus cuerdas era como un conjuro que abría puertas hacia un universo de posibilidades desconocidas.

Sus padres, Alejandra y Sebastián, eternos jornaleros de grandes haciendas arroceras, nunca dejaron que la pobreza derrotara las aspiraciones musicales de su hijo Esteban.

Con paciencia y amor, le alentaron a seguir sus sueños, aunque estos fueran tan distantes como luceros de noches estrelladas a orillas del río magdalena.

Fue un maestro local, Don Eufrasio, director de la banda municipal, poseedor de una sabiduría ancestral que parecía fluir como el agua del río, quien reconoció el don único de Esteban y le alentó a explorar más allá de los límites impuestos por la realidad del pueblo.

Fue así como Esteban, con la guía del maestro y su propia voluntad de hierro, logró romper las cadenas invisibles que lo ataban a su origen humilde y accedió a la facultad de Artes de la Universidad del Cauca.

Investigó antes de viajar y supo que fue creada en 1827 por el general Francisco de Paula Santander para la formación de los ciudadanos que habrían de fundamentar la vida nacional independiente en todos los órdenes, en distintas esferas y actividades, y que sus primeros programas fueron Jurisprudencia, Agrimensura, Teología y Medicina,

en los cuales se contaban con cerca de 700 estudiantes en los primeros años de funcionamiento.

Desde sus inicios contó con el apoyo del presidente y Libertador Simón Bolívar. Varios de los decretos sobre educación superior expedidos por Simón Bolívar, se hicieron en Popayán, en el ámbito de la Universidad del Cauca.

Se sintió muy orgullosos de entrar a estudiar a un centro educativo cuyas raíces estaban en el Seminario Mayor de Popayán, fundado entre 1609 y 1617, donde tuvieron amplio impacto las ideas más novedosas del pensamiento filosófico, político y científico de la Ilustración, en el Siglo de las Luces.

Ingresó al conservatorio, que se ubicaba en una vieja casona colonial de muros enormes pintados de cal, techos de madera y teja de barro, construida en 1809, que perteneció a Jerónimo de Torres Tenorio, hermano de Camilo Torres.

Allí, Esteban, se sumergió en el estudio de la música clásica y en complejas técnicas musicales, dejándose llevar por melodías que parecían brotar de las mismas calles empedradas de la ciudad.

Los desafíos no fueron pocos: la falta de dinero amenazaba con ahogar sus sueños en medio de las interminables lluvias de Popayán que duraban todo el día, pero la determinación de Esteban era más fuerte que cualquier tormenta que la naturaleza o la sociedad pudieran desatar.

Se graduó con honores. El lema de la Universidad resonaba en su mente como un mantra sagrado: “*Posteris Lumen Moriturus Edat*”

—El que ha de morir deje su luz a la posteridad.

Con este lema grabado en el corazón, Esteban regresó a su pueblo natal, ahora imbuido con un aura de misterio y magia que solo los que han sido tocados por lo sobrenatural pueden percibir.

Pero la realidad se interpuso en su camino como una sombra impenetrable. A pesar de su talento indiscutible y sus credenciales brillantes, encontrar trabajo como músico y profesor en un pueblo donde la bruma de lo inusual envolvía cada esquina resultó ser más desafiante de lo que había anticipado.

Desalentado, pero no derrotado, Esteban aceptó un puesto en la banda local que dirigía El viejo maestro Eufracio, cuyas notas resonaban como ecos de tiempos pasados que se negaban a desaparecer del todo.

Es así como la música se convirtió en su aliada más fiel. Cada noche, después de participar en bazares, cumpleaños y fiestas patronales, Esteban dedicaba su tiempo a enseñar a los niños de su barrio. Era un regalo secreto que ofrecía a aquellos que, como él, habían sentido la llamada de lo inexplicable y se encontraban atrapados entre las grietas de la pobreza, el tiempo y el abandono.

El eco de las cuerdas se convirtió en un faro en medio de la neblina que envolvía a Rivera, atrayendo a los jóvenes extraviados que anhelaban escapar de sus destinos marcados por la desesperanza.

Convirtió su modesta casa en escuela de música, ahí no sólo impartía lecciones sobre escalas y acordes, sino también sobre el poder de la fe en lo desconocido y la resistencia ante los vientos adversos que soplaban en el pueblo desde hacía varios años.

Con el tiempo, la fama de Esteban como maestro creció como una enredadera mágica que se extendía por los muros de las casas de adobe y los árboles que albergaban secretos antiguos.

Sus alumnos, envueltos en una aureola de magia que solo los elegidos podían ver, comenzaron a destacarse no solo en el ámbito musical, sino también en otros aspectos de la vida.

Algunos se convirtieron en curanderos que sanan heridas invisibles con canciones de cuna olvidadas, mientras que otros partieron en búsqueda de los orígenes perdidos de sus propias almas, llevando consigo la esencia de Rivera hacia lugares lejanos donde la realidad se desdibujaba como la niebla matutina sobre el río Magdalena.

Esteban, inmerso en el reino de lo real pero también de lo sobrenatural, comprendió ahora sí, el verdadero significado del lema universitario que había guiado cada paso de su viaje. Su legado trascendía las notas que resonaban en los

callejones polvorientos y en los patios traseros, penetrando en las mentes y los corazones de aquellos que se atrevían a escuchar el llamado de lo imposible. A través de la educación musical, había logrado abrir las puertas de la percepción para aquellos dispuestos a navegar por aguas desconocidas en busca de su propio destino.

Esteban demostró que, aunque la realidad y el sueño a menudo se entrelazan como los hilos de un tejido mágico, el verdadero poder reside en la capacidad de revelar las verdades ocultas detrás de las apariencias y en abrir los ojos de aquellos que están dispuestos a ver más allá de lo que la mente racional puede concebir.

En la cálida Rivera, donde cada gota de agua contiene la memoria de los antepasados y cada nota musical resuena como un eco del pasado y del futuro, Esteban se convirtió en el guardián de un legado que trasciende los límites de la vida y la muerte, llevando consigo la luz de la creatividad y el conocimiento a nuevas generaciones que se aventurarán en los laberintos del alma humana y sus misterios insondables.





**Carlos Alberto Palta.** Ingeniero civil, egresado de la Universidad del Cauca, 1.983, con estudios en política y desarrollo ambiental, conservación y gestión del patrimonio inmueble, filosofía, estética e historia del arte. Socio de número de la Sociedad Colombiana de Ingenieros e integrante de las comisiones técnicas permanentes de vías, medio ambiente y patrimonio.

Amplio recorrido profesional como ingeniero de cerca de 40 años en la ejecución y supervisión de obras, lo que le ha permitido conocer de cerca las necesidades que aquejan a la sociedad colombiana, tanto en conocimiento científico, como en infraestructura social y productiva. Centrado en ejecutar trabajos que contribuyan a transformar positivamente la naturaleza para el bienestar de la gente a partir del conocimiento.

# Un encuentro con el inicio



Mientras leía "La vorágine" de José Eustasio Rivera, las aventuras de Arturo Cova comenzaron a despertar en mí una reflexión profunda: ¿qué sería de mí si permaneciera en el pueblo, en comparación con lo que podría alcanzar en la Universidad? Al inicio hubo una sensación de temor, provocada por la violencia extrema descrita en el libro, se disipó ante la curiosidad creciente por las peripecias de Arturo y Alicia. Aquella inquietud se transformó en decisión y un ferviente deseo de enfrentar nuevos desafíos. Así, empecé a buscar una señal, una puerta entreabierta que me ofreciera la posibilidad de realizar los cambios que tanto anhelaba.

En la época yo era un adolescente y desde mi punto de vista, el pueblo me parecía un pequeño paraíso. Rodeado de verdes montañas y ríos cristalinos, era un lugar donde la vida transcurría a un ritmo apacible. Tenía amigos de la infancia con los que compartía risas y aventuras. También, estaba mi numerosa familia que exigía trabajos, más, daba espacio para agradables jornadas. Sentía bastante resistencia emocional, cuando me planteaba considerar la idea de abandonar este mundo simple y amigable. Tal vez debería tomarlo con

calma, podría darmelos un poco de tiempo para pensar y hacer planes. No hubo tiempo para eso, porque, mi ímpetu decía que después sería peor, que mi entusiasmo y la determinación podrían debilitarse.

El día señalado para iniciar mi viaje se acercaba con paso firme. Tenía muchos amigos en el pueblo, y quería despedirme de los más cercanos. Aún no lo había mencionado a nadie, guardaba la noticia con prudencia. Una tarde, después del colegio, mis amigos planeaban pasar por mi casa para ir a un pequeño río, que estaba cerca de la cancha de fútbol. A unos minutos de caminata, allí habíamos construido una represa de piedras, creando una especie de piscina, era uno de mis lugares preferidos. Íbamos casi todas las tardes, pasábamos varias horas nadando y haciendo clavados. Entre aquel grupo de amigos estaba Silvana, quizás el principal motivo por el cual dudaba en partir. Había algo en su mirada, una intuición que parecía adivinar mis planes. Se acercó, inquieta, para iniciar una conversación.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó.

—¿Qué dices? —repliqué. No quisiera responder.

—Me gustaría ir contigo —continuó, más, preferiría que nos quedáramos. Aquí es nuestro lugar, seguiremos haciendo cosas divertidas y riendo. En algún momento tendremos un hijo y seremos una familia, igual que todos.

—Parece un agradable proyecto —respondí, pero me gustaría tener la posibilidad de enfrentar un desafío más

grande. Conocer otros lugares y personas, aprender un oficio que me haga útil, sentir orgullo de crear cosas.

—Creo que no te alcanzará el tiempo para todo eso, no comprendo tus ideas.

—Tal vez comprender no sea necesario —finalicé. Es posible que la vida sea mucho más que alegría y esfuerzo.

Al siguiente día, muy temprano en la mañana, el autobús comenzó su viaje hacia la ciudad de Popayán, creo que sentí un poco de miedo. Tal vez no quería salir de Bolívar, mi pueblo. Dejar sus apacibles montañas y su vida tranquila, para iniciarme en la aventura universitaria. Mientras la silueta del pueblo se desvanecía, no podía evitar sentir algo de desconfianza. Imaginaba la universidad como un lugar hostil y distante, con un ritmo frenético y una inmensidad desconocida.

Los primeros días fueron una mezcla de asombro y confusión. Los salones eran enormes, llenos de rostros desconocidos y de profesores que hablaban con voz fuerte e imponente. Sentí la presión de tener que adaptarme, de esforzarme más allá de mis límites para aprender cosas que parecían complejas y abrumadoras. Las noches, en mi pequeña habitación, se llenaban de libros y apuntes, mientras mi mente buscaba espacios para traer recuerdos de mi pueblo. De las calles pequeñas con aquellos vendedores ambulantes que con su canto pregonaban sus productos, y los parques donde se respiraba un permanente aire festivo.

Recordaba la iglesia de la Santísima Trinidad, con su campanario que tocaba el cielo, destacándose como el centro espiritual de nuestra comunidad. Sentía un afanoso palpitar del corazón queriendo dejar los libros y regresar.

Sin embargo, la vida universitaria tenía sus propios encantos y secretos para descubrir.

Pronto conocí a Magdalena, una chica del Huila que hablaba con un acento cantado y una sonrisa amable. Ella fue mi primera amiga en la ciudad, y junto con ella, comencé a navegar por las diferentes situaciones y ambientes dentro de la universidad. Los pasillos estaban llenos de estudiantes de todos los rincones de Colombia, cada uno con su propia historia, su propia cultura, y sus propios sueños. Sentía gran simpatía por lo que estaba descubriendo, era fácil percibir que la universidad, además de ser un lugar de aprendizaje académico, también era un crisol de experiencias humanas.

Las clases, aunque exigentes, se convirtieron en una vía de acceso al conocimiento y la curiosidad. Los profesores, con su sabiduría y pasión, nos incitaban a cuestionar, a explorar más allá de los límites conocidos. De a poco, los días se llenaron de debates intelectuales, de proyectos colaborativos y de una sed insaciable de aprender. La biblioteca, un santuario de libros y saberes, se convirtió en mi refugio, donde pasaba horas sumergido en lecturas que me transportaban a mundos lejanos.

La universidad también me ofrecía oportunidades para la diversión y la aventura. Con frecuencia dedicaba las tardes a la práctica de deportes, teatro, música y danza. También, me inscribí a un club de senderismo, nuestra primera salida fue al Volcán de Puracé, ubicado sobre la cordillera central de Colombia. En este club, conocí a Ana Carolina, Lorena y otros chicos de Popayán que compartían mi encanto por las montañas. Juntos exploramos los alrededores de la ciudad y tuve la oportunidad de volver a sentir, en aquellas caminatas, el eco de la naturaleza que tanto extrañaba.

Para el segundo semestre de mi carrera, conseguí alojamiento en residencias universitarias, esto me facilitó la integración a la vida nocturna de los estudiantes. Las fiestas en el centro de la ciudad, los cafés bohemios llenos de música en vivo, y los bares donde las conversaciones se prolongaban hasta el amanecer. Todo esto, me mostraba una faceta de la vida que nunca había experimentado en mi sosegado pueblo. Aquí, en medio del bullicio y la risa, encontré una nueva forma de conectar con los demás, de disfrutar del ocio y de ganar amistades.

A medida que pasaban los meses, la desconfianza inicial se desvaneció y fue apareciendo una creciente sensación de pertenencia. La universidad, con desafíos y recompensas, se convirtió en un segundo hogar. Percibía que estaba aprendiendo sobre mi futura profesión y en simultáneo aprendía sobre la vida misma. Aquello hacía crecer mi

mundo de posibilidades, de sueños compartidos y de experiencias enriquecedoras. La universidad me ofrecía un futuro con promesas, aventuras y desafíos para cumplir, una próxima temporada que guardaba en su interior misterios esperando ser develados. Paralelamente a este gran inicio, dentro de mí, también, pensaba que las raíces que me sostenían eran esenciales para crecer.

Mi cariño por Bolívar Cauca, mi pueblo, siempre había estado conmigo y su eco en mi corazón se había transformado en una fuente de fortificación y consuelo.

La carrera que había elegido y que estaba estudiando era la Ingeniería Física de la Universidad del Cauca, estaba en el departamento donde nací. Tres años se habían pasado y yo avanzaba hacia el sexto semestre. Fue entonces cuando, se presentó la primera oportunidad de realizar un intercambio universitario, algo que había soñado durante mucho tiempo, aunque en aquel momento me tomó de sorpresa. Un profesor del departamento de Ingeniería Electrónica sería mi orientador y quien me daría una mano con los trámites burocráticos.

Estuve por cuatro meses en la Universidad Católica de Chile, donde pude conocer estudiantes de países como Estados Unidos, Canadá y Brasil. Las actividades académicas ocupaban las horas de la mañana, dejando tiempo libre para realizar actividades sociales durante la tarde y noche, estas actividades complementarias eran en su mayoría

organizadas por tutores locales. Había espacio para deportes, senderismo y encuentros donde realizábamos conversaciones interesantes.

En una de nuestras excursiones de senderismo, fuimos al Parque Metropolitano de Santiago, uno de los parques urbanos más grandes de América Latina. Subimos al Cerro San Cristóbal, donde visitamos el Santuario de la Inmaculada Concepción, el Zoológico Nacional y el Jardín Japonés. Además, el clima nos favoreció y pudimos apreciar unas maravillosas vistas panorámicas de la ciudad de Santiago.

Parece que los finales siempre traen nostalgia. En un abrir y cerrar de ojos, habían pasado cinco años y el final de mi carrera estaba llegando. La verdad es que no quería que esta etapa terminara; había disfrutado bastante y me sentía una persona diferente. Creo que, en ese momento, lo más lógico era agradecer a la universidad y marcharme, pero un sentimiento de pertenencia me generaba nostalgia. Podría ser que, en esos momentos, yo volvía a tener miedo de encontrarme con el inicio de una nueva etapa o, tal vez, podría estar pensando que la etapa productiva vislumbraba desencantos. Por fortuna, todo fue bien y dos meses después había ingresado como trabajador de una empresa.

Mi primer trabajo fue en el área de Telecomunicaciones. El director de la compañía, quien luego se convertiría en un gran amigo, fue el ingeniero Francisco. Yo lideraría un

pequeño grupo de técnicos para la instalación y puesta en servicio de los equipos BTS (Base Transceiver Station). El trabajo consistía en un proceso de instalación, configuración y puesta en marcha de una estación base de telefonía móvil, este proceso se hace crucial para garantizar que la estación funcione correctamente, pueda comunicarse con otros elementos de la red de telecomunicaciones y esté lista para manejar el tráfico de llamadas y datos.

Esperaba el momento crucial que determinaría el valor de una etapa universitaria, poner todo mi aprendizaje para hacer aportes a la sociedad. Después de un entrenamiento apropiado en la empresa, la primera BTS que instalamos fue en Tuluá, Valle. Trabajamos durante 7 días, instalando y actualizando software y firmware en los equipos de la BTS. Luego, configurando parámetros básicos como la identificación de la célula, frecuencias, y configuraciones de red.

También, realizando pruebas de validación como medición de la cobertura de señal y ajuste de las antenas, realizando pruebas de llamada, transferencia de llamadas, y otras funcionalidades básicas para asegurarnos de que la BTS estuviera operativa. Finalmente, realizamos pruebas de evaluación del rendimiento, aplicando diferentes condiciones de carga, para garantizar que la BTS pudiese manejar el tráfico previsto.

Un encuentro con el inicio parece un umbral incierto, donde el eco del pasado se desvanece, dejándonos con la promesa de lo desconocido. Abandonamos la familiaridad del hogar, cargando sueños y miedos. Cada paso hacia lo nuevo parece una danza, un baile con el destino que dibuja futuros inexplorados. Y aunque el miedo susurra, el cambio y el progreso nos seducen, recordándonos que cada comienzo es una chispa que enciende la llama de la transformación. En mi caso, he abrazado el inicio y ha sido un gran acierto, porque la universidad me ha transformado, me ha ayudado a descubrir quién podría llegar a ser. En estos momentos de satisfacción, pienso en una historia que alguna vez me contara mi abuelo, sobre cómo, en su época, la llegada de la electricidad cambió la vida del pueblo. "Las noches oscuras se llenaron de luz", decía él, "y con ella llegaron nuevas oportunidades y esperanzas." De ese modo, pienso en lo que he ganado y en la forma como he superado mi desafío, puesto que ahora tengo la capacidad para llevar una nueva forma de luz a diversos lugares.





**Guillermo Ángel Pérez López.** Formado en Ingeniería física por la Universidad del Cauca (2006). Doctorado y Maestría en Ingeniería Electrónica por Universidad de São Paulo (Brasil); Dos estancias posdoctorales internacionales en sistemas electrónicos aplicados a ingeniería urbana e ingeniería de minas y petróleo; Diplomado en IoT (2023). Áreas de interés: robótica, instrumentación y control, sensorización remota, visión artificial e IoT.

Participación, Programa de Aperfeiçoamento do Ensino da Engenharia (PAE), supervisado y evaluado por Escuela Politécnica da Universidade de São Paulo - EPUSP.

Participación, grupos de investigación nacionales e internacionales: Grupo de Óptica y Láser GOL-UNICAUCA, Grupo de Nuevas Tecnologías en Telecomunicaciones GNTT-UNICAUCA,

Laboratorio de Procesamiento de Señales LPS-EPUSP, Núcleo de Investigación en Acústica y Térmica NUPA-UFSCar, Laboratorio de Caracterización Tecnológica LCT-EPUSP, Grupo de Investigación en Robótica, Control y Procesamiento de Señales GPS-UDI. Publicaciones: dos libros y un capítulo de libro, libro en proceso de publicación y 10 artículos científicos.

# **Érase una vez alguien que no tenía, que no sabía y que no esperaba nada**



**E**sta es la historia de María Cenicienta que había nacido en una familia muy pobre, sus sueños se limitaban a esperar que la muerte le llegara, ojalá más joven que vieja, no quería tener hijos porque su mamá había parido 7 infantes de los cuales ella debió ayudar a criar a los últimos cinco y ser una madre más para ellos. Desde niña comprendió que los príncipes no rescatan a princesas pobres, las cenicientas deben construir sus propios castillos porque los finales felices solo existen para las damitas imaginarias, ella sabía que era ficción y que si quería salir del lodazal de su existencia tendría que caminar y revolcarse en el lodo.

A pesar de las dificultades, pudo terminar su educación secundaria y obtener su título de bachiller académico en un colegio público, recordaba las veces que había tenido que caminar 5 kilómetros desde su casa al colegio bajo la lluvia o bajo el sol, siempre levantada a las 5:00 a.m. para alcanzar a llegar a las 6:40 a.m. a su destino sin desayunar y sin ningún peso en los bolsillos para comprarse algo en el descanso o para devolverse a casa. Pero el colegio era su lugar feliz, el

espacio seguro y sufría ante la idea de soltarlo, pero siempre tuvo claridad de lo qué es y significa “una etapa”. Cuando se graduó del colegio su papá; quizás de la emoción porque era la primera graduada de su familia se sentía orgulloso, además, la graduada era su hija y de la emoción le prometió que así tuviera que recoger basura le iba a cumplir con la universidad. Pero más feliz que el padre, estuvo María cuando le oyó decir eso.

Sin embargo, fue más larga y duradera la sonrisa en los labios de la niña que la promesa del padre al salir de su boca. Pasaron los días, los meses y no había dinero ni para comer, mucho menos para comprar el pin de la universidad, decepcionada de la vida volvió a la idea de terminar con su insatisfactoria existencia. A los 16 años había comprendido que era fundamental en su vida hacer de ella algo significativo o morir en el intento. Frustrada porque entendía perfectamente la razón por la que sus padres no podían ayudarla dado que su mamá había tenido dos bebés seguidos, no tenían casa y casi en la indigencia, optó por trabajar para una tía y así reunir el dinero para comprar el pin para ingreso a la universidad.

La tía Mary le instruyó en sus labores, eran sencillas: debía llegar a las 8 de la mañana y hacer la colada para 15 niños, posterior hacer el almuerzo para esos mismos niños y dejarle hecha las onces de salida antes de ser despachados. Era un jardín infantil. Así que sin pereza empezó animada, lo

triste fue que al cumplirse el primer mes no hubo sueldo, la tía le dijo que esperara un poco más mientras ella arreglaba eso. Pasó el segundo y luego el tercer mes y nada... fue otra decepción, porque nunca vería ese dinero. Le consoló la idea de haber comido bien esos cuatro meses. Con la esperanza perdida y sin opciones su madre habría de sorprenderla porque recompensó a su hija al regalarle los 50.000 pesos que se necesitaban para comprar el pin ¿De dónde los sacó? María Cenicienta no supo y no le interesó saber. Después de todo, la mamá de María Cenicienta había tenido detalles bonitos con ella al regalarle libros, y con ellos la oportunidad del sueño infinito, no obstante, al regalarle el pin había reivindicado el maltrato al que la había sometido desde niña.

María Cenicienta llena de dicha corrió a una sala de internet y cargó sus documentos, después se fue a pie para el Banco de Bogotá y se compró el pin, volvió a casa y confirmó su inscripción. Se comió las uñas durante la espera de la lista de los admitidos porque ahora dependía de sus esfuerzos anteriores y quizás un poco del azar. Entonces el día más anhelado había llegado y se fue a verificar, y si señores, correcto: admitida. La familia comprendió que ese era un sueño real y que había potencial en María Cenicienta para algo diferente, quizás no para continuar con ese legado de analfabetismo e ignorancia que sumado a la pobreza parecían un hoyo que atraía desde su oscura profundidad.

Unidos los esfuerzos de sus padres se reunió para su matrícula y el sueño apenas empezaba.

María Cenicienta fiel a los gustos que había desarrollado en su infancia y que a pesar de las carencias y las dificultades le habían legitimado una personalidad escogió una carrera que le permitía seguir en contacto con los libros: una licenciatura en español y literatura, porque ese era el mapa del tesoro que su madre le había pintado y que quizá como un acto de amor genuino que María Cenicienta experimentó de su madre se traducía en aquellos libros amarillos, viejos y apolillados que le había obsequiado y que la niña había de releer varias veces para mantener frescas las historias. No era bruta, sabía que con esa carrera no se haría rica, pero como acto de sinceridad consigo misma, sabía que era algo que dadas sus condiciones económicas y de intereses podría irle muy bien y sacarlo adelante sin mayores contratiempos o eso creía.

Con el maletín lleno de sueños y escapada de su realidad inmediata María Cenicienta empezó a estudiar en la universidad, había un salón lleno de jovialidad y de caras expectantes, muchos ojos abiertos y con toda la vida por delante. Qué afortunados son los que pueden hacer parte de un lugar así y qué afortunada se sentía María Cenicienta de hacer parte de algo, sentía que siempre había pertenecido a ese espacio y que los meses que tuvo que esperar habían valido la pena. Entró como pez en el agua, ella siempre

disfrutó leer y escribir, entonces ya sabía cómo empezar. Durante el primer semestre ocurrieron las primeras deserciones, personas que se habían equivocado en la elección o que habían decidido escamparse un poco antes de escoger sus destinos, ella estaba bien ahí. Había comenzado a amar su camino. Sin embargo, de soslayo sus carencias amenazaban con terminar sus sueños, debía procurarse un ingreso, sus padres no podrían pagar otro semestre, aunque María Cenicienta tenía un costo de pago por matrícula muy bajo.

Empezó como mesera en el restaurante de un hotel, ya con 17 años y en tercer semestre había encontrado cierta estabilidad entre un trabajo y su educación, no necesitaba la ayuda financiera de sus padres y se autoproclamó independiente. Sin embargo, había de llegar el amor y con él todas esas otras experiencias que para fortuna o para desgracia de María Cenicienta; ya ustedes juzgarán; habría de transformarle la vida. Un amor universitario es un amor furtivo, así que de ese romance que constituyó su primer amor, nació una niña. La mayoría de las mujeres que atraviesan esas situaciones se ven obligadas a abandonar sus sueños, porque deben dedicar el tiempo a otras labores y María Cenicienta no sería la excepción. Casi sin horizonte o sin ningún panorama favorable cayó en depresión, pero entre sus opciones jamás fue considerada la idea de negar la vida a su bebé. Y el mundo se vino encima y debió abandonar

todo por lo que había luchado para pensar en ese ser humano que venía. Pero lo bueno de las tormentas es que después de que caen muy fuertes, el sol sale.

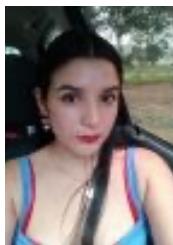
Con una niña de dos años, y sin miedo al éxito María Cenicienta volvió a su universidad esta vez mucho más madura y centrada en su formación, había aprendido a trabajar y a valerse por sí misma, pero ese es otro cuento. Retomó su educación y en mitad de la carrera una nueva tragedia sucedió. El padre de su hija, un estudiante universitario del programa de filosofía, había muerto. María Cenicienta pensó que la desgracia estaba en su ser, había nacido para ser desdichada. Pero esta vez, no abandonó la universidad y fue la universidad la que la salvó. La universidad y la gente que en ella se agrupa le dio a María Cenicienta el abrazo redentor y le curó las heridas.

Pese al infortunio, María Cenicienta se graduó y obtuvo su primer logro y aunque María Cenicienta seguía pobre, al menos tenía una carrera y una hija. Dos títulos: el de mamá y el de profesora, que en realidad vienen siendo el mismo. La lucha que había hecho en el transcurso de su vida había empezado a dar frutos, tuvo su primer empleo en un resguardo indígena en un municipio lejano. Después, consiguió un nombramiento en el sector oficial y eso implicó un salario que empezó a dignificar su calidad de vida y la de su hija.

Pero más allá del dinero y de las ambiciones materiales que implica la idea de mejorar una calidad de vida, se encuentran esas pequeñas experiencias muy propias de una profesión como la de María Cenicienta quien descubrió que su historia de vida no era única, que había personas igual que ella, llenas de ambición y de resiliencia pero que nadaban contra corriente e hizo todo por darles objetivos. Cada lugar al que fue a trabajar, cada niño con el que se tropezó, cada sueño que leyó en los cuadernos en los que sus estudiantes desnudan sus almas eran una prueba más de que nacemos con la virtud de la esperanza y que en realidad no debemos perderla sino perseverar en ella. El trabajo de María Cenicienta no es simplemente enseñar a leer o comprender, es también el de acompañar e instruir, es el de la empatía y el del guía.

María Cenicienta no goza de riquezas materiales, pero vive con dignidad y la carrera que estudió fue agradecida. Goza de cierta estabilidad económica, tiene la casa que soñó, estudió dos posgrados y está empezando el tercero. Su mayor riqueza está en su hija que ahora tiene 14 años y que no ha tenido ni tendrá que pasar por lo mismo que ella vivió, tiene tres perros, un gato y varias gallinas. Es feliz. Es consciente de serlo. Sonríe cuando lee algo sobre su universidad, la recuerda con nostalgia y amor. Sabe que quienes se atreven a dar el paso están más cerca de alcanzar sus sueños. Esa es su bandera y ese es su legado, ese es el mensaje que le deja a sus

niños en el aula. No vende una idea barata de proyecto de vida, porque ella es testigo de lo que es y lo que significa luchar en la vida “*Posteris Lumen moriturus Edat*”.



**María Alejandra Chantre.** Licenciada en Español y Literatura de la Universidad del Cauca, soy Especialista en Aplicación de TIC para la enseñanza y Magíster en Tecnologías Digitales Educativas de la Universidad de Santander. Actualmente pertenezco a la planta docente de la secretaría de educación municipal de Popayán y estoy vinculada a la Institución Educativa Antonio García Paredes. He tenido la oportunidad de publicar dos artículos de carácter artístico en la revista egresados de la Universidad del Cauca y dentro de mis ambiciones a largo plazo espero escribir un libro.

# Los unos y los otros



—¡Qué vida perra ¡¿Sabe con lo que me sigue saliendo el compadre Elías?

—A ver, ¿con qué cantaleta le sigue molestando?

—Cómo le parece que me dijo que debíamos irnos ya, pues nos podrían pasar cosas muy malucas con los unos o con los otros.

—¡Carajo! Ya basta de tanta repetidera, si nosotros no nos metemos con nadie, ¿entonces enemigos de quién?

—No entiendo, mujer. A estas alturas tengo muy revuelta la pensadera, ¿cómo así que nosotros, los unos y los otros no quepamos en esta tierra tan grandota?

—Pues hablemos con los unos y con los otros

—¡Cómo se te ocurre mijai! Ellos no saben sino disparar!  
Quítese de allí y punto.

—Entonces nos quejamos a la autoridad.

—¿Cuál autoridad? Aquí uno no sabe quién manda. Y si la hay, o está con los unos o con los otros.

—Bueno, en alguna parte debe haber justicia.

—¿De qué me estás hablando? ¡Qué justicia ni qué ocho cuartos!

—Yo entiendo que la justicia es que nadie se mete con uno y uno no se mete con nadie.

—Vea, nos jodió esta soledad, que no le permite a nadie ayudarnos.

Mientras Israel hablaba, con lágrimas a flor de ojo, que se hacía más brillante con la luz mañanera, rezongaba con ánimo desfallecido y unos calambrosos corrientazos de miedo.

—¿Así pues, nos tragó la tierra?

—Sí mija y nos están trabajando para aterrorizarnos, pero no me dejo, no sé cómo, pero eso sí con cojones—. El abuelo decía que el hombre que anda armado es porque algo teme, algo ha hecho mal o algo debe.

—¡Cómo era de distinto todo antes de que llegaran los unos y los otros!

—Sí mija, se vivía sin miedos, con la confianza en el vecino, sin temores a echar pata por caminos y veredas, con las noches dormidas sobre su lecho de sombras.

—¿Qué es lo que pasa entonces?

—Qué a esos extraños les dio por volverse campesinos de un día para otro, sin compra ni paga.

Era una y muchas máscaras las que iban y venían por entre las breñas, los desfiladeros, la alta montaña. Como en un carnaval de la ira, nadie sabía quién era quién. Todos decían que era la justicia social, la ley, el orden y que

cuidadito les daba por apoyar a los otros porque eso era traición.

Pero el cómo era distinguir entre una y otra máscara, si eran tan iguales en matar, torturar, desaparecer y desalojar de las tierras. De toda suerte a esa clase de vida se había llegado sin que nadie la hubiera llamado. Seguir en la labranza como si nada porque no quedaba de otra y como para que esa vida no torciera los sueños.

## II

El compadre Elías viendo que Israel se enconchaba en lo suyo, con profundas cargas de convencimiento lo amonestaba: Israel, por aquí siguen pasando cosas terribles, los unos y los otros se están tomando la región, pero sin que haya un solo totazo. Parece que se temen y guardan distancias.

Israel, piel oscura, talla mediana, rostro recio aguantador de soles y lunas, tenía demasiadas preguntas en la cabeza, ya que no entendía por qué unos extraños querían a toda costa sacarlo de lo propio.

El compadre le repetía:

—Ya se han encontrado muertos, castigados a tiros y nadie vio ni oyó. Luego de mucho rato aparece un funcionario y sanseacabó. Y eso, Israel, cuando no es alguien desaparecido, como si lo hubiera ojeado el diablo. Y vaya usted a ponerse

en averiguaderas para que tenga que salir a perderse como perro apaleado.

—Israel: esto está mucho feo, porque los unos y los otros dicen que son la ley dizque pa'mejor. Y si usted se descuida queda engrampado, porque resulta auxiliador de los unos o de los otros o de los dos pa'pior. Vea a ver cómo se las arregla con esta lotería, que ya se la ganó, cuando le hagan la visitica. Israel lo más grave es que están hambrientos de tierra y van por todas partes señalando lo que les gusta.

En medio de su natural calladez y no sabiendo más que jornelear, que le iba a caer en gracia que es mejor que se vaya, que abandone lo que es suyo porque de pronto se puede quedar frío y sin respiro. Que unos aparecidos lo consideraran a uno como el entrometido, que qué hace usted aquí. Miraba el rancho, el estadero familiar construido para albergar alegrías y tristezas, el pan bueno, los trastos y los trebejos de la labranza, todo con el aire de una buena compañía y le escocía la incertidumbre.

—Me duele repetirle, Israel, pero usted no le cae nada bien a esa gente.

### III

Abandonar la tierra era como desprenderse de un hijo, que no nos ha dado de qué avergonzarnos, y a pesar de esto, salir a decirle: “no te quiero” y “váyase al carajo”, cavilaba Israel. Como si uno se pudiera desenamorar de lo que lo vio

nacer, crecer y batallar entre sus breñas. ¿Quién es tan dejado para no encariñarse con el lugar de todos los sacrificios y todas las esperanzas?

Abandonarla, se decía, salir corriendo por puro susto y por no perder la hilacha de vida, era de cobardes. Lárguese y no se haga sino la santa voluntad de ellos, producía tristeza porque la tierra era todo y lo que testimoniaba vida, presencia, identidad ante los demás.

Israel qué iba a distinguir entre los unos y los otros. Eran igualiticos los mandones esos. De ahí que el compadre Elías dijera que eso de la ley y del gobierno era del primero que llegara, sin mucha preguntadera y sin pedirle permiso a nadie. Que lo mejor era irse.

Entonces compadre, ¿tengo que matar aquí nomasito la briega del abuelo y de mi padre, ahogar la queridura por la tierrita de toda la vida, meterle candela a todos los recuerdos y salir corriendo en lo oscuro, cuando ella reclama mi propia osamenta? Pero si no soy nadie. Apenas tengo un nombre y no molesto al prójimo.

#### IV

Un día y otro día, los unos y los otros llegaron con su arrogancia analfabeta prendida de gestos y miradas. Ordenaron a Claudina que les preparara un buen sancocho. La paciente Claudina, con la que se topó un día en el camino al pueblo, que resultó dispuesta a todo, como toda mujer del

campo que sabe que vive al día para no amanecer sin vacíos de ánimo en la esperanza de un mañana mejor, resolvío de una que Israel era su hombre, con una decisión sin temores.

Todo hubiera pasado con los unos y con otros por las buenas, pero se les dio que necesitaban unas vaquitas, más luego productos de sementeras y unas bestias de carga, fuera de las miradas solapadas y ganosas con las que acorralaban a su mujer.

Uno, valga la verdad, se dijo Israel, se desprende de las cosas, aunque hagan lidia para conseguirlas, pero cuando se trata de estrujarle a uno sus sentimientos, de faltarle al respeto a lo que es la queridura, y se olfatea que las ganas se están cargando, aunque uno tenga la rabia sobrada para parar en la cabeza a quien sea, sabe que tiene que aguantárselas pues no es tan pendejo porque arma es arma y gavilla es gavilla. Pero sí es muy verraco esas miradas ganosas a la carnadura de uno, a la mujer que se quiere en la cama con ardores y regusto grandote como pa'morirse

## V

Entonces, regresó el compadre con la cantaleta: Israel te has demorado mucho. Te estás exponiendo y exponiendo a tu mujer a no sabes qué malditas vainas.

Israel, otra vez, consideró bien verraco irse del lugar donde estaban clavadas las cruces de los viejos. Dejarlo todo,

hasta las voces del abuelo y el padre que seguían escuchándose en el remolino del viento.

Se revolvió en sus entrañas la indignación con ese miedo, el miedo que siempre estaba enviando punzadas por todo el cuerpo, para terminar en un escalofrío doloroso. Claro, el miedo pegado a la piel, caminando en puntillas por los nervios, dando zarpazos en la carne, tamborileando arrítmicamente en el corazón. Ese miedo que huele a sangre coagulada sofoca como dolor parturiente, embota los sentidos, se deshace en jirones y se desparrama como creciente de agua por toda la urdimbre nerviosa. Ese miedo rencoroso, ese miedo impotente

Israel tozudamente se aferraba a lo suyo, a pesar de la cantaleta del compadre Elías. Con Claudina destilaba tristeza. De tanto resolver, llegaron a la certeza de que por qué tenían que irse cuando lo de uno es de uno y nadie puede decir que no es así. Nosotros somos la tierra y como ella no cambiamos de lugar, se dijeron a pesar de todas las presiones del compadre Elías, quien no les teme, a quien no amenazan y sabe todo lo que sucede en la región.

—¿Se puede tener alguna duda sobre lo que pretende con la upadera el compadre Elías? rezongó Claudina.

—Mujer, ya todo está más claro que el agua.

La mujer se movió a atizar el fuego en el fogón de leña, en tanto balbuceaba, los ojos brillantes, sin dejar despeñar ni

una lágrima: mijo, nos pueden matar, pero no pueden matar la tierra.

—¿Qué carajo podemos hacer?, aquí nacimos, aquí nos criamos y como los viejos aquí debemos morir

—Sí Israel, así es. Además, ¿a dónde podríamos ir?

—¡Maldita sea!, a la muerte.

En el corral el gallo, como en el pasaje bíblico, cantó tres veces.



**Omar Morales Benítez.** Autor invitado a la Antología de cuentos Asecauca. Nació en Riosucio, Caldas. Abogado de la Universidad Externado de Colombia. Autor de varios libros, entre ellos: La gesta del arriero. Bajo la piel. Los ojos del viento. Pliego de peticiones. La propiedad horizontal. Coautor, con Beatriz Zuluaga, su esposa, del libro: Por los caminos de Caldas. Primer premio en Concurso Cuento caldense, mención de honor en II certamen de literatura caldense y finalista en Concurso nacional de poesía Fernando Mejía. Columnista de diversos periódicos.

# **La vida es un camino no un destino**



## **Capítulo 1**

Felicitaciones, Ingeniero.

Meditaba profundamente en silencio. Lo había hecho muchas veces en su vida, larga vida –debía admitirlo –pero era primera vez en este escenario, que le era totalmente ajeno.

Hubiera deseado terminar su vida “con las botas puestas”; arrollado por un budócer, tapado por un derrumbe en el colapso de un abanico aluvional, arrastrado por un repentino torrente de agua en una tubería de presión de una represa, algo así, no en una sala llena de instrumentos y luces titilantes que le deprimían.

No era un héroe tipo “guardianes de la galaxia”, pero era un tipo valiente.

Sí. Lo era.

Y no le daba “ pena “admitirlo.

¿Por qué? Si era su naturaleza... y además, era Ingeniero Civil, formado en su amada Universidad del Cauca.

Aún recordaba aquél increíble momento en el Paraninfo Caldas cuando recibió del Dr. Muñoz ese, tan esperado y

anhelado diploma en cuero puro, estrechándole la mano con firmeza, pero con calidez, mirándole fijamente a los ojos, con orgullo de educador: “Felicitaciones, Ingeniero”

Era el 7 de abril de 1978, 3:17 de la tarde, viernes.

Ingeniero... Ingeniero Civil... caminaba lentamente de regreso a su puesto junto a sus compañeros, apretando fuertemente aquel tan largamente anhelado pergamo, que no quería que se fuera nunca de su lado. Quedó grabado en su alma como en mármol... para siempre.

Era la primera vez que alguien le decía Ingeniero, adjetivo que precedería su nombre de ahí en adelante, por el resto de su vida y del cual se sentiría orgullo, en toda parte y en todo lugar.

Mucho más hoy, 46 años después, cerca del final.

## Capítulo 2

La vida es un camino, no un destino.

Su reloj biológico se acostumbró a despertarlo indefectiblemente a las 5:00 a.m. desde aquellas madrugadas allá en el lejano oriente venezolano donde con escasos 6 meses de ingeniero, el Ing. García Grubber, dueño de Peyca, una de las mayores compañías de asfalto caraqueñas, “irresponsablemente” le confió un gigantesco complejo compuesto por una inmensa planta de asfalto totalmente sistematizada, una trituradora doble, primaria y secundaria, 4 tamizadores vibratorios, 7 transportadores, 4

equipos completos de pavimento, 52 camiones y 8 tractomulas con tanque para transportar asfalto liquido desde Coro. 147 personas, sólo 10 colombianas entre ellas.

Un monstruo que vomitaba 400 Tn/hr de asfalto. Demasiada carga para hombros todavía tan pequeños.

Sin embargo, honrando a su Universidad del Cauca, a los 10 meses, era el jefe de obras civiles de la región oriental de Venezuela.

De paso, jamás antes había estado en una planta de asfalto.

Cuando Hugo Cosme llevó la clase de Pavimentos a conocer la planta del Ministerio que quedaba a las afueras de Popayán, en la vía a Timbío, no asistió, pues era sábado (¿a quién se le ocurre planear una visita a una planta de asfalto un sábado?, solo a Hugo), ya que los viernes salía disparado para el Valle, a saludar a sus padres y madrugar el sábado a ver a su novieca, la hermanita menor de su compañero Harry, de la cual se había enamorado perdidamente desde hacía ya 3 años. Hoy, 49 años después, aún es su amada esposa.

Siempre recordaba 2 personas al llegar a la gigantesca Planta. A Hugo y a su papá.

Cuando tenía apenas 7 años en vacaciones de verano, papá lo montaba en su vieja volqueta a acarrear arena desde los “sacaderos” del Hormiguero, en el río Cauca hasta las construcciones en Cali.

Siempre le llamó la atención que, en toda construcción, mientras todo el mundo estaba haciendo algo, había uno que solo daba vueltas por ahí, hablando aquí y allá, vestía bien, no estaba sucio como casi todos los otros (“claro, si no hace nada”), siempre tenía casco y botas, andaba con unas hojas largas bajo el brazo, tomaba café sin apuros, manejaba un jeep que iba y venía... cuando llegaba, todo se movía más rápido, como si le hubieran puesto pilas a la gente...

—“Papá, y ese que no hace nada, me imagino que no le pagan...”

—Ese, ese es el que más gana, mijo, no ve que es el ingeniero?

—“¿El qué?”

Papá detuvo la volqueta, esperó que pasara el sujeto, el cual saludó a su papá:

—“Buenos días don Gustavo!”

—“Buenos días Doctor!”

—“¿Doctor?... ¿Aplica inyecciones?” preguntó el iluso niño sobresaltado.

—Ja, ja, ja— rió don Gustavo—. No, es doctor porque fue a la Universidad y estudió Ingeniería Civil, por eso sabe tanto, y como sabe tanto es doctor !No se jode tanto como los otros y gana mucho, pero muuchooo más!

Don Gustavo estaba preocupado porque el niño no volvió a hablar en todo el camino de regreso a casa... quedó mudo, mirando fijamente al cielo.

Pero al niño algo le dijo, muy adentro, qué iba a ser, cuando fuera grande...

Fue el primer punto de inflexión de su vida. (claro que no lo supo).

Con aquel bautismo de fuego en el oriente venezolano, comenzó la larga travesía de más de cuarenta años que llevaría a un muchacho amante de su profesión por los excitantes caminos en el ejercicio de campo de la Ingeniería Civil.

Desde pequeñas vías de penetración hasta gigantescas autopistas; puentes, túneles, viaductos, acueductos, plantas de tratamiento, peligrosas estabilizaciones de taludes, estructuras de control de inundaciones, todo, todo en infraestructura vial y de servicios por tres diferentes países; Venezuela, Colombia y Estados Unidos.

Siempre recordando al doctor de su infancia, solo que no podía “andar por ahí”; manejaba todas las máquinas, si faltaba un operador, allí estaba él; si no estaba el topógrafo, allí estaba él. Siempre estaba allí.

Un buen día, o mejor, un mal día, visitando una de sus obras en Cali, fue abordado por dos sujetos armados que lo subieron a su propio vehículo (un campero Mitsubishi), frente a la mirada estupefacta de sus trabajadores y emprendieron feroz carrera hacia un destino desconocido que marcó el comienzo del primer día de su nueva vida.

Segundo punto de inflexión en su vida.

No volvería a ver a su familia ni al mundo conocido, por los siguientes seis meses.

La mayoría de las veces ser ingeniero le dio ventajas, pero aquí no.

Por esa manía intrínseca de nosotros de no poder estar sin pensar, sin evaluar, sin planear, sin calcular riesgos, pros y contras, casi que inconscientemente, resultamos, en circunstancias como estas, de estar rodeados de una tropa hostil donde tú eres el botín, asumiendo posiciones sospechosas que obligan a tus captores a tomar “medidas extras”.

–“Este es un doctorcito de esos que hacen casas y edificios, es muy inteligente... si nos descuidamos se nos escapa...” dedujo el que parecía el jefe.

–“Mejor lo aseguramos...”

¿Aseguramos? Decidieron encadenarlo, no solo por las noches al camastro, sino también de día a un árbol.

“¡Maldita sea!, mejor hubiera sido filósofo”. No mentiras.

Pero cuando no es tiempo de morir, no es tiempo de morir y cuando menos lo esperaba, un Comando Élite del Ejército Colombiano lo rescató sorpresivamente. Era una oscura y fría noche; la noche del 17 de agosto de 1991. Sábado.

Aún había mucho por hacer. Mucho que dar.

Pero, al convertirse en objetivo militar de las farc, para proteger su familia, debió con tristeza abandonar su país y se fue a Estados Unidos. Un nuevo comienzo a los casi 50 años de edad.

Nuevo país, nuevo idioma, nueva cultura.

Tercer punto de inflexión.

No volvieron a llamarlo Ingeniero, pues allá solo se le dice así al graduado allá.

No importa, el grado lo tenía impreso en el alma, no en un papel.

Comenzó como asistente de Supervisor, luego Supervisor General, después “Project Manager” y al fundar su compañía, Presidente.

Ahí sí, volvieron a llamarle Ingeniero.

Ni 25 ni 100 años te hacen “gringo en los Estados Unidos”, pero sí te aporta mucho valor profesional; mucha tecnología y... mucho amor por tu origen.

Ese origen que no quieras ocultar y pregonas con orgullo a donde sea que vayas.

Incluso, aunque a veces te provoque vergüenza.

—“Señor, usted. que es ingeniero colombiano, podría explicarnos porqué Colombia es el único país de toda América que no tiene conectividad vial con su costa Pacífica?” Le inquirió directamente, en un inglés con marcado acento bávaro, un participante europeo.

– “Sí tenemos. Están los puertos de Buenaventura y de Tumaco” –refutó inmediatamente.

– ¿Dos pequeños puertos en más de 1.300 Kms? ¿Y cómo se conectan entre ellos? ¿Y el resto de la población? ¿Si ha visto? ¡No hay carreteras! ¡No las hay!

Enseguida, como si ya estuviera preparado, rodaron un corto (a él le pareció infinito) video donde se recorría la costa Pacífica del continente americano desde Seattle al norte, en la frontera Estados Unidos-Canadá, hasta Puerto Williams, en el Cabo de Hornos, donde se podía apreciar la conexión vial integral de todos los países con la Costa Pacífica, era verdad, excepto Colombia.

– “No les interesa el Océano Pacífico a los colombianos?” comentó un asistente brasileño.

– “Ya quisiéramos tener nosotros un territorio así, frente a Asia”, remató un economista uruguayo, sentado dos líneas atrás.

Sintió sobre sí la silenciosa mirada de los asistentes a este foro sobre Biodiversidad y Desarrollo Sostenible al que había sido invitado en el “Miami Beach Convention Center” y vivió un momento de aquellos que más odiaba: recibir una pregunta lógica, sin poder ofrecer una respuesta razonablemente satisfactoria. Y en público.

Y aquí fue el cuarto y último punto de inflexión en su vida.

Ya en silencio, de regreso a casa, solo, ahogado en la endiablada congestión de tráfico de la I-95 al norte, al final de la tarde, sintió como si una fría e inmensa capa de vergüenza cayera sobre él cubriendo hasta la camioneta misma...

¿Qué había pasado? Había creado, trabajando incansablemente, un legado para su familia y una vida cómoda para el otoño de su vida, sí... pero... ¿qué había hecho por “el resto”?

¿Cuál era su contribución a la humanidad? Lo recordarán por algo, aparte de buen padre y abuelo?

Esa frase, como era.. “*Posteris Lumen Moritvrus Edat*” que circundaba una mano empuñando una antorcha en el centro del escudo de su Universidad, que estaba por todas partes, frase que de tanto verla se le grabó, pero nunca, a decir verdad, nunca se preocupó por su significado, hasta ahora... le calaba en el cerebro y le recordaba que después de todo, aún, aún, no había hecho lo más importante...

A las 6:00 a.m. del 7 de febrero de 2023, martes, estaba en el Aeropuerto Internacional de Miami para tomar el vuelo que lo conduciría a él y a su complaciente esposa a Cali, su ciudad, que no visitaba desde 2010, a pesar de los reclamos corteses de Lucy... “¿qué crees que puedes hacer amor? ¿De verdad crees que lograrás algo?”

– “Mami, si nosotros no hacemos algo, los ingenieros de la más prestigiosa Universidad del Pacífico, entonces... ¿Quién?”

Aquí, ahora, en este cuarto que parece la cabina de un avión, lleno de luces e inaudibles pitos, recuerda su primer contacto en este su nuevo desafío; el Decano de la facultad de Ingeniería Civil.

Luego, los otros. La Rap Pacifico, Pro Pacifico, La Alcaldía de Cali, La Gobernación del Valle, La Gobernación del Chocó.

Los colegas; unos receptivos, otros indiferentes, a todos, la misma cantaleta, hay que integrar al Pacifico, hay que conectarlo al resto del país, hay que llevarles desarrollo, eso desplaza la violencia y aporta progreso... discutámoslo y obliguemos al Estado a que lo tome en cuenta; también son colombianos; ya tienen 500 años de abandono, !!No pueden seguir así!!

Llamadas, citas, exposiciones, reclamos de ineficiencia gubernamental, más citas, unos que responden, otros que se disculpan, otros que apoyan, poco a poco se fue sembrando la semilla, que con cuidado, dedicación y voluntad germinará. Lo llamó: Plan Pazcífico.

Los médicos sabían que no lo lograría. Su familia ya preparada lloraba en silencio, mientras su hijo lamentaba no haber llegado unos minutos antes para mostrarle el

documento, ya arrugado de tanto apretarlo nervioso, que le hubiera dado la última satisfacción de su vida:

Era el Decreto Nacional 02743 de agosto 10 de 2024 que creaba el CONPES 345: Obligatoriedad de la implementación del Plan Pacífico.



**Gustavo Cuenca Girón.** Egresado de la Facultad de Ingeniería Civil de la Universidad del Cauca (1978), postgrado en rellenos Sanitarios de la Universidad del Valle (1985) especializado en infraestructura vial y de servicios con amplia experiencia en la construcción de carreteras de primer orden en Estados Unidos. Consultor del Departamento de Transporte de Los Estados Unidos por 22 años. Ha escrito 3 libros, "No era tiempo de morir" (2019), "Conviértete en Supervisor de obras civiles en Estados Unidos" (2021) y una novela histórica sobre la guerra fría, especialmente la época previa a la disolución de la Unión Soviética: "Jaque al Zar" (2020). Especializado en manejo de tráfico en obras civiles así como seguridad laboral en obras viales de alta complejidad.

# Eusebio Montero



Esa mañana Eusebio Montero tomó una taza de café negro, hirviendo y sin azúcar, el frío del páramo hela los huesos, —deben ser las cuatro de la mañana —dijo, con el machete atado al cinto y una botas de caucho con algunos huecos, se dispuso a salir del rancho, un techo de zinc que tocaba melodías melancólicas en las noches de lluvia, y en los días calurosos se calentaba como las brasas de la hornilla. El conjunto lo completaban las paredes de bahareque, hechas de barro pisado y mezclado con paja, empañetado entre los espacios de la caña brava, que rústicamente protegía las ventiscas de la montaña, el piso tenía un brillo lúgubre, formado por innumerables pisadas que recordaban el sentido más escueto de la pobreza. Una madrugada más donde las inclemencias del tiempo arrasaban sueños creando un mundo inimaginable para las personas de la ciudad. Las pocas monedas que tenía en los bolsillos servían para simular una despensa donde había más tarros vacíos que comida, el dolor y el sufrimiento se confabulaban con la familia de Eusebio, creando un cuadro propio de Dante. Una historia que se repetía sin cesar en todos los pueblos de la cordillera, aquella que producía café, maíz y papas, cada

montaña regada con sangre de familias incontables que perdieron sus hijos en una violencia fratricida y sin sentido. Eusebio se asomó por la cortina que separaba el único cuarto del rancho de la cocina, ahí estaba María de la Trinidad abrazando a sus hijos en medio de unas mantas que tenían más huecos y costuras que superficie para cubrir el frío cortante de las montañas.

Se terció la ruana y con el machete al cinto, caminó montaña abajo, debía estar en la finca del patrón a eso de las cinco y media de la mañana, a él no le gustaba que los peones llegaran tarde y menos que le huyeran al trabajo. Tenía su caballo ensillado y listo para la jornada, observaba impávido la bruma del amanecer mientras pasaba un trago amargo de aguardiente con yerbas, el mismo que su padre le había dado cuando tenía diez años, poco después de alcanzar el uso de la razón como decía el cura y que según su padre, lo volvería hombre. Eusebio marchaba taciturno tras el caballo alazán del patrón, perdido en sus pensamientos y su mente viajando a un pasado lejano donde se aferraba a los recuerdo máspreciados que se desdibujaban cada día. Le costaba trabajo recordar el rostro de su padre, unos años atrás lo podría describir a la perfección, ahora observaba líneas difusas y un destello reducido en sus ojos. —Debía estar caminando al más allá— pensaba Eusebio, no se había atrevido a mencionar estas ideas a su confesor, podría castigarlo por no dejar partir a los muertos. Con cada machetazo recordaba a

su padre, un campesino recio y humilde, trabajador incansable que vivió arrimado toda su vida y murió en una pobreza absoluta cuando Eusebio tenía diez años. —Los pobres no tenemos derecho a recordar —pensando que nunca tuvo una fotografía como las que había en la casa del patrón que le permitiera acariciar en el tiempo a su padre.

Recordaba aquella madrugada cuando tiraron a patadas la puerta y se llevaron a sus hijos mayores, eran unos veinte hombres con fusiles y ropas de combate. Eusebio Montero y su esposa estaban de rodillas, abrazando a los dos hijos menores y entre lágrimas vieron partir la comitiva que les arrebató el sueño, además de unos cerdos pequeños y algunas gallinas. Fueron semanas de incertidumbre, lágrimas silenciosas y dos espacios en la banca de la cocina que permanecieron vacíos por siempre. En sus largos jornales trabajaba más fuerte que de costumbre, cada cierto tiempo hablaba con Horacio, un mayordomo recio que había perdido un ojo con la punta de un zurriago estaba arriando ganado y al agitar el cuero en el aire, escuchó el estampido que producía la punta, instantes después un líquido caliente resbaló por su mejilla. Cuando le contó al patrón, este le dijo —Con lo que hay que ver, un ojo basta—. El mayordomo escuchaba pacientemente las historias de Eusebio al calor de una aguapanela con queso y plátano que servía de cena, este le contó que años atrás llegó de nuevo una cuadrilla hasta el rancho, esta vez fue domingo en la tarde y él estaba sentado

afilando las herramientas para otro día de trabajo. No sentía miedo, pero una sensación helada le corrió por las venas, el comandante le informó que uno de sus hijos había caído en combate, le dio algunas indicaciones acerca del lugar en una finca cercana para que recogiera el cuerpo. Eusebio hablaba con Horacio en tono pausado, con la mirada perdida en el infinito y sus ojos secos como el camino de regreso al rancho. Le contó como recogió los restos de su hijo, caído en combate –supuestamente –decía, y que terminó debajo de una mata de café. Cargó el bulto con sus despojos mortales hasta una esquina del cementerio, con una pala y el sol a sus espaldas, el sudor mojó el camposanto, sin una oración y sin poder llamar al cura para que bendijera el alma del desventurado. Enterró parte de su alma ese día, no tenía lágrimas, porque se las quitaron al nacer, así le pasa a los pobres.

El tiempo lo cura todo, trataba de consolar el padre Acevedo en el confesionario, no podía explicar cómo un conflicto iniciado casi dos siglos atrás hubiera destrozado las ilusiones de una familia que trabajaba de sol a sol, aguantando hambre y a quienes la violencia desmedida arrancó de un tajo las esperanzas sembradas en sus hijos mayores. María de la Trinidad había llorado con cada parto, sentía la carga sobre sus hombros, especialmente cuando recordaba las palabras de su madre, –las mujeres vienen a sufrir a este mundo –y así lo había sentido, desde las palizas que recibía cuando era niña, hasta aquel día que sus ojos

derramaron tantas lágrimas que no pudo suplicar a sus verdugos que la matasen porque preferiría eso a perder parte de su familia. Pero ahí estaba, tan vulnerable como cuando llegó al mundo, tan desolada que poco importaba su esposo y los dos pequeños hijos, a quienes abrazó tan fuerte que Eusebio debió soltarla para que no los sofocara, a partir de ese momento, su vida oscureció, un manto frío y pétreo se apoderó de su ser, vivía como un ente, hacia las cosas mecánicamente al punto que una rutina cronográfica le divagaba su mente de las actividades diarias.

La necesidad tiene cara de perro se repetía Eusebio en cada machetazo, rozaba el monte que surgía entre la siembra y no pocas veces pensó en ir por los captores de sus hijos, el padre Acevedo le decía que los caminos de Dios eran intrincados e inexpugnables, que debería entregarse a la santísima virgen y rezar varios rosarios cada día, tratando de entender los misterios dolorosos, lo cual calmaba momentáneamente el dolor causado por una pérdida repentina, a la vez buscando un refugio en el temor intrínseco de la fe forjada en los hierros del temor. Transcurrieron días y los días se convirtieron en meses y años, donde el dolor se había convertido en un amor por el recuerdo de los hijos perdidos, ese amor que cubre la impotencia y la amargura de un sueño arrebatado a quienes más sufren. El padre Acevedo estaba en el pueblo hacía veinte años, el tiempo que había transcurrido desde que salió

del seminario, donde las penitencias y el dolor fraguaron un hombre capaz de soportar todo como decía el superior de la comunidad, pero la violencia y el dolor de la familia Montero lo sobrepasaba. Sermón tras sermón, incontables días de ayuno, granos de maíz en los zapatos y horas eternas de rodillas no lograron esclarecer la razón de tanto sufrimiento, de tanto dolor acumulado en aquellas desdichadas familias que sufrían día a día y él, el párroco de un pueblo olvidado en las montañas, no podía llenar su corazón de gozo para liberarlos del yugo que los oprimía por las arremetidas inesperadas y los hijos arrebatados.

María de la Trinidad llevaba cada día a sus dos hijos menores a la escuela, un recorrido de dos horas de ida y dos horas de vuelta en medio del monte, con caminos llenos de barro donde el agua llegaba hasta las rodillas en invierno y en verano las piedras taladraban la planta de los pies, porque zapatos no existían en esa realidad obtusa donde cada día era igual que el anterior, o al menos así lo pensaba ella. Pasaron los años y el padre Acevedo estaba cada vez más viejo, con más dolores, la gota lo torturaba y hacía que los frijoles se convirtieran en las piedras del infierno, o al menos así pensaba él que sería el inframundo, tantas veces había escuchado nombrar ese sitio en el seminario y que él con sus propios ojos había comprobado que existía en esta tierra, en especial en el pueblo que estaba consumiendo su vida y la de todos sus habitantes. Una llamada al superior podría

cambiar un destino, y eso hizo, le explicó la situación de Eusebio y su esposa, cómo el dolor los había consumido y las oportunidades de vida que podrían tener esos niños en la ciudad. Unos meses después los dos pequeños estarían iniciando la educación secundaria en el Seminario Mayor de la ciudad. Unos días difíciles para José María y Pedro José, porque la calidad de la educación y la intensidad recibida en las regiones remotas no cumplía con lo esperado por los profesores del seminario. Cada mañana una lucha por sobrevivir, cada noche una lágrima por los padres lejanos, el amor de un desayuno caliente y una cama limpia suavizan el día. Las visitas al monte se distanciaron al punto que el dolor de Eusebio se manifestó en unos ojos secos, muertos y por supuesto, sin lágrimas porque las lágrimas se confundieron con sudor y regaron las tierras que pisaban las botas cada día. La violencia se convirtió en un común denominador en la zona, donde cada vez más grupos armados pasaban por los sembrados, unos presionando al campesino, otros matando porque se presume amistad con uno u otro grupo. Eusebio y María de la Trinidad prefirieron vivir una soledad de amargura y dolor a perder sus hijos menores, así que de vez en cuando tomaban el bus escalera desde las montañas para visitar a sus hijos en el seminario. El grado de bachiller tuvo un sinsabor, la alegría de ser los primeros en llegar hasta ese punto en la familia y la partida del padre Acevedo, a quien un derrame cerebral dejó postrado en una cama, lo cual

desencadenó otras afecciones de salud, poco pudieron hacer para salvarlo.

Años más tarde, Eusebio Montero recordaría los jornales inclementes, el sol del páramo y el hambre que perforaba las tripas, donde un plátano asado y un aguacate podían servir igual para calmar el hambre en el desayuno o la cena, es igual, –el hambre para los pobres es la misma a toda hora – decía. Sus pies ampollados le recordaban el presente, sabía que los sufrimientos anidados y en algunos casos superpuestos habían creado una coraza, endurecido el corazón y enaltecido el amor por su familia. Eusebio sintió desfallecer su cuerpo cuando una voz grave sonó por los altavoces, José María Montero, abogado. Tenía lo mejor que su jornal podía pagar, estaba en el paraninfo Francisco José de Caldas acompañando a su hijo, quien llevaría la luz del dolor encarnado en el alma de sus padres hacia la posteridad defendiendo a quienes más lo necesitan.



**Cayo Betancourt** (Popayán, 1973), vive con su esposa Margoth, sus hijos Nicolás y Juan en Cajicá (Colombia); su hijo mayor, José, cursa un programa académico en el exterior. Graduado en Ingeniería Electrónica y Telecomunicaciones en la Universidad del Cauca (Popayán, 2000), Maestría en Administración de Negocios (MBA) en la Universidad de Liverpool (UK), y actualmente

cursa el programa doctorado en filosofía (Ph.D.) en la universidad UNICAF (ZM). Durante dos décadas ocupó posiciones gerenciales y directivas en Asia, América y Oceanía, trabajando con una gran cantidad de ejecutivos y CEOs en el área de las telecomunicaciones. Durante sus estudios en la Universidad de Liverpool, y debido al recurrente ejercicio escrito, descubrió su pasión por la escritura, ha publicado una novela “María sin pecado concebida” en 2015, un libro sobre desarrollo profesional “Gestión y liderazgo - Columnas para desarrollar nuevas habilidades” en 2023 y actualmente trabaja en otros proyectos literarios. Adicionalmente, es colaborador frecuente en LinkedIn y columnista semanal en un diario local publicando artículos sobre liderazgo, desarrollo de carrera y cultura corporativa.

# El poder del olvido



Pensó la existencia como un encantador absurdo. Agradeció a su básica definición la posibilidad de contemplar el olvido como una prueba irrefutable de su fugacidad. Para él todo se había convertido en movimientos armónicos que lo agitaban en espacios, siempre inusuales, continuamente adheridos a sentimientos que como lancetas le removían las entrañas, haciéndose indefinible, inalcanzable; un sospechoso y silencioso suspiro que aturdía todo afán por conservar el estrepitoso ruido de vivir por siempre.

Su amiga Juana, la imperturbable mujer, de largo cabello y rostro moribundo; la inquebrantable andrógina con cuerpo de mutante de una audacia inigualable y voz angelical, se había convertido en una tabla rasa saturada de vagos e indescifrables recuerdos.

—¿Qué vas a contarme hoy oscuro discípulo de Heráclito

—Le preguntó con el mismo desinterés calculado de siempre.

—Escuché al profesor decir: “la vida no tiene sentido y aunque Albert Camus ha hablado mucho de ello, no hay que leerlo para saberlo”.

—¿Y tú qué piensas señor del Devenir? — replicó Juana abriendo los brazos a un público invisible.

—Creo que sí tiene sentido vivir, y ese sentido es vivir. Si tan sólo pudiésemos olvidar lo vivido, estar viviendo sin recuerdos ni planes; no habría una contradicción, una trágica paradoja... tal vez ese es en realidad el origen de lo absurdo: olvidar que estamos siendo sólo para ser en un presente inmutable. El absurdo se debe al tiempo.

—Una tos seca lo interrumpió, apretó su pecho con las manos temblorosas y continuó con esfuerzo—. La memoria cargada de arrepentimientos y culpas nos coloca entre el odio por la vida y el amor por la muerte, que es lo mismo que el temor a estar vivos. La roca no necesita ser empujada para ser roca... puede ser olvidada. —tosió de nuevo, esta vez su pecho tronó y una amarga sensación de muerte lo invadió

—¡Te mueres! —Juana exclamó con una sarcástica risita.

—Parece que no estás aprendiendo mucho en la universidad—, siguió moviendo la cabeza para alejar el cabello de sus ojos.

—Por qué no estudias algo que sea productivo y te dé por lo menos para comprar un buen trago... ¡no esta porquería!, aunque bueno... has aprendido a olvidar— terminó seria pero dispuesta a beber un trago.

—Sabes... hoy hablé con tu profesor —continuó sin que desapareciera de su rostro, el rastro amargo del trago —es un hombre que te aprecia mucho, dijo que cada día admira tu

increíble intelecto y, con una sonrisa—de las pocas que puede vérsele—afirmó tenerte algo de envidia.

—¡No seas así Juana! Sé que comprendes lo que digo y que estos temas también te inquietan. —Imploró sonrojado sin dejar de pensar en la rareza del profesor sonriendo—.

—Mañana lo olvidarás, no quiero perturbarte hoy.  
—sentenció Juana tajante y le ofreció un trago.

—Desearía tener ese poder, no como un impulso instintivo o una enfermedad de la memoria, sino como una bella forma para enfrentarme a la vida con una pasión divina, fluctuante y destructiva. —contestó él con la botella en la mano.

La noche bajo las frondosas palmas del patio se movieron con intensidad, la lluvia se aproximaba; a pesar de la poca luz, Juana “la bella”, “Juana el comarca” como hipnotizada por un sentimiento de lástima fijó sus turbios ojos sobre el impávido rostro de su compañero, apreció con desilusión el cabello que caía sobre sus ojos; los labios resecos, temblorosos y, una pequeña lágrima que se amontonaba en el pómulo brillante.

—Hoy te ves diferente—, dijo después de ponerle un cigarrillo en la boca. Lo encendió con el último fósforo de la caja, apreció con una delicada ternura la llama, en aquel momento la percibió eterna, absoluta, un fuego encendiéndose y apagándose según su ilimitada medida de mujer ardiente, de hombre pirómano, de demonio candente.

A través del humo y el papel quemando sus dedos visionó extasiada un verso siniestro: “hoy te ves diferente... te invade un fétido aroma y una hermosa cara de muerto”. –recitó Juana.

–Recordar me pone en agonía. Al parecer mi vida se ha resuelto y el enigma del olvido ha corroído mi cuerpo – respondió él con nostalgia.

La última vez que se aferró a su memoria le hizo quitarse la ropa en medio del patio de la universidad, al encontrarse con el recuerdo de una mujer desnuda, una sensual diosa esposada a un divino carroaje de fuego suplicándole entre gemidos que no se fuera.

–¿Entonces te quedarás? –suplicó la deidad sonriendo.

Bebía con desmesura una botella de vino, ya sin cadenas, ya sin ropa, ya sin carro.

–Hace frío aquí, pero seguramente tu calor me reconfortará ¿Qué tienes para mí, oh diosa? ¿Cuál es el premio para un fugaz amante? ¿Acaso tienes la verdad, se esconde en tu amor, reposa en tu lecho? – dijo con los calzoncillos en la mano. –!de hecho la tengo! pero... mañana lo olvidarás, no quiero perturbarte hoy. –Respondió la diosa con taimada voz.

–Quiero tenernos para siempre, pero—. Siguió de rodillas sin soltar los calzoncillos. –no se puede escapar de la realidad, hoy no quiero, ¡ya no! ¡Ya no! –gritó con júbilo elevando sus brazos.

Los estudiantes apreciaron en tumulto el azaroso momento, tomaron fotos y rieron sin disimulo. El profesor de filosofía observaba desde el segundo piso. Sonrió y Mirando a Juana dijo: “yo también me habría desnudado”.



**Luis Miguel Gutiérrez** (Asthéneia). Filósofo, docente, codirector de la Revista Versetto. Escritor principiante, amante de los libros. Con publicaciones en diferentes revistas nacionales y participación en las antologías literarias: “Cartas de despedida”, “Reminiscencias de tu piel” y “Metrópolis literaria” publicadas por ITA Editorial y ganador de publicación en antología del Segundo concurso internacional de cuento filosófico del instituto INIS.

# Luz en la posteridad



**E**n la vereda El Altillo de Timbío, Cauca, las montañas parecían custodiar secretos antiguos, y cada viento traía susurros de tiempos pasados. Allí, entre casas de esterilla y techos de zinc que el viento arrancaba como si fueran hojas secas, creció una niña llamada Rosa. Era la quinta de seis hermanos, la única mujer entre ellos, y, como todos los demás, aprendió desde pequeña a enfrentar la vida con valentía y sueños.

Rosa caminaba largas horas para llegar a la escuela, con zapatos de plástico que le quedaban pequeños y parecían gemir con cada paso en la tierra caliente del camino. “Mis dedos crecieron como raíces retorcidas”, solía decir, pero nunca con tristeza, porque sabía que cada callo y cada ampolla eran marcas de su determinación. La escuela era su refugio, un lugar donde su imaginación podía volar libre, más allá de las montañas que la rodeaban.

Los padres de Rosa, campesinos que luchaban día a día por el sustento, le enseñaron desde pequeña el valor del trabajo arduo y la educación. Su padre, ayudante en la extracción de arena de los ríos y cargador de materiales de construcción, volvía a casa con la espalda encorvada por el

peso de los sacos y el cuerpo cubierto de sudor y polvo. Su madre, con manos ásperas de tanto lavar y limpiar para otros, mantenía el hogar con la misma fuerza con la que enfrentaba los vientos fríos de la montaña. "El conocimiento es la luz que ni la más oscura noche puede apagar", decía su madre mientras les enseñaba a leer junto a la luz temblorosa de una vela.

A pesar de las dificultades económicas, los padres de Rosa les inculcaron a sus hijos la importancia de la educación. Sus padres, con sus manos trabajadas por la tierra y el agua, siempre les dijeron que la única herencia que podían dejarles era el deseo de aprender. Así, Rosa creció entre libros prestados y cuadernos a medio llenar, pero con un corazón lleno de esperanza y sueños de un futuro mejor.

Cuando Rosa terminó la secundaria, el futuro parecía incierto. La pobreza era un obstáculo tan grande como las montañas de su vereda. Pero el destino tenía otros planes. Un día, la magia del teatro llegó a su vida. Rosa se unió al grupo de teatro local, y allí descubrió un mundo nuevo, lleno de voces, risas y sueños compartidos. Aprendió a hablar con seguridad, a caminar con gracia y a mirar al público con una firmeza que nadie esperaba de una joven como ella. El teatro no era solo un escape; era un espejo donde Rosa se veía a sí misma, reflejando su fuerza interior y su capacidad para soñar.

En esos días, también conoció a sus mejores amigos, quienes se convirtieron en su familia elegida. Juntos, compartieron risas, lágrimas y la firme determinación de cambiar sus vidas a través del arte. Fueron sus compañeros de aventuras y consuelo en los momentos difíciles. Gracias a su trabajo como tendera en un granero y la ayuda de sus hermanos, Rosa logró ahorrar lo suficiente para estudiar un técnico en primera infancia. Fue en ese lugar donde conoció a niños y niñas que le recordaron la importancia de los sueños. Mientras trabajaba, su hermano mayor, con voz firme y amorosa, le dijo un día: "Tienes que ir más allá, Rosa. Quiero verte en la universidad. Quiero verte iluminar el camino para otros, como una estrella en la noche más oscura".

El miedo invadió a Rosa. Ingresar a la Universidad del Cauca era un sueño casi imposible. "Es un privilegio", pensaba, "pero uno que no estoy segura de merecer".

A pesar de sus dudas, presentó el examen de admisión, pagado con ayuda de su hermano mayor, y el pasaje con lo poco que su otro hermano le pudo conseguir para el viaje, aunque eso significara para él quedarse sin un peso en el bolsillo.

La lluvia caía como lágrimas del cielo cuando terminó el examen, y Rosa, empapada y temblando de frío, volvió a casa sin saber que su vida estaba a punto de cambiar. Días después, en la casa de la cultura del pueblo, donde se perdía

en risas y libretos, Rosa revisó los resultados. Sus manos temblaban como hojas al viento cuando encontró su número en la lista de admitidos. "¡Lo logré!", gritó, aunque nadie estaba cerca para escucharla. Corrió a contarle a su hermano mayor, que con una risa cálida, le dijo: "Sabía que podías hacerlo. Ahora, ve y deja tu luz en la universidad. Deja tu huella en el mundo". Sus palabras, a través de ese celular frío de la tienda, llenaron de calidez y coraje a Rosa, ya que ahora se enfrentaría a una etapa diferente, la cual, aunque la llenaba de orgullo, también de muchos miedos e incertidumbre que no sabía cómo iba a superar.

Los primeros días en la universidad fueron difíciles. Rosa vivía en una pequeña habitación alquilada cerca del campus. Para ahorrar dinero, se desplazaba en bicicleta y trabajaba todos los días después de la universidad reforzando tareas a dos niños. Había días en que no tenía dinero para comer, y otros en los que el cansancio amenazaba con vencerla. Pero nunca perdió la esperanza. Sabía que cada esfuerzo, cada sacrificio, era un paso más hacia su sueño. Sus compañeros, sin saberlo, se convirtieron en sus ángeles guardianes, compartiendo lo poco que tenían y ofreciéndole apoyo en los momentos más difíciles. "La universidad es como un faro", pensaba Rosa, "guía a los navegantes perdidos hacia la seguridad".

Rosa siempre intentó ocupar los primeros puestos en su semestre, ya que eso le garantizaba una matrícula o media

matrícula de honor que económicamente era mucho más fácil de pagar y que, dada su situación, necesitaba mucho. Trabajaba todos los días y con ese dinero y un subsidio otorgado por el gobierno logró solventar en gran parte sus gastos. Además, sus hermanos, cuando podían, también le giraban para otros gastos, y en la medida de sus posibilidades, siempre estuvieron ahí.

Un día, en quinto semestre, su hermano mayor enfermó gravemente. Rosa pensó en abandonar sus estudios para trabajar más y ayudar a pagar los gastos médicos. Pero él, siempre fuerte y decidido, le susurró: "No lo hagas, Rosa. Quiero verte graduada. Quiero que ilumines el camino que yo ya no puedo recorrer".

Durante meses, Rosa se dividió entre las aulas de la universidad, el trabajo diario y los pasillos fríos del hospital. Las noches las pasaba al lado de su hermano, leyendo libros de la biblioteca universitaria, esperando que su voz llenara los silencios dolorosos del cuarto. Su hermano, con ojos cansados pero llenos de orgullo, le decía: "Sigue adelante, mi luz no se apagará mientras tú sigas brillando". Rosa, a pesar del agotamiento no solo físico sino sentimental, intentaba sacarle una sonrisa a su hermano. Pasaban horas hablando, filosofando y compartiendo. Rosa relevaba a su madre en esa difícil tarea que tiene el acompañante de un paciente de hospital, que solo entienden y comprenden aquellos que han

tenido que pasar días y noches interminables, pidiendo a Dios un milagro.

Rosa y sus hermanos no fueron criados para ser expresivos y cariñosos. La verdad es que les costaba bastante manifestar amor o ayuda. Trágicamente, como una burla del destino, su hermano menor, por diferentes circunstancias, intentó ponerle fin a su vida, así que madre e hija tuvieron que repartirse turnos para cuidar de ambos en diferentes camillas y hospitales. Ahí, Rosa sintió miedo, un terror indescriptible, pero gracias a Dios, su hermano menor pudo sobresalir de esa dura situación y ser su acompañante por un buen tiempo.

El día que su hermano mayor falleció, Rosa sintió que una parte de ella se apagaba también. Pero recordó sus palabras y, con un dolor punzante en el pecho, prometió seguir adelante. Cuatro meses después, Rosa se graduó. El día de la ceremonia, caminó por el escenario con lágrimas en los ojos, imaginando que su hermano estaba allí, aplaudiendo entre la multitud. "Este es solo el comienzo", pensó, "el comienzo de una vida que honrará su memoria". Sus demás hermanos viajaron desde muy lejos para estar presentes en este momento tan bonito e importante, y aunque ella estaba feliz, también se sentía con ese sinsabor de no haber alcanzado a que su hermano mayor la vierá recibirse como licenciada.

Rosa continuó ejerciendo como profesora, y su aula se llenó de luz y esperanza. Enseñaba con pasión, no solo

materias escolares, sino también lecciones de vida. Les contaba a sus estudiantes historias de coraje y superación, historias de un pequeño pueblo en las montañas donde una niña aprendió que la educación puede cambiar el destino.

"Cada uno de ustedes es una luz", les decía. "Una luz que puede iluminar el camino de otros. Recuerden siempre que, aunque la vida sea dura, siempre pueden dejar su luz a la posteridad".

Con el tiempo, Rosa también formó su hogar y se convirtió en madre de un hermoso niño. A pesar de los desafíos de la maternidad y su vida profesional, nunca dejó de soñar. Junto a su pareja, sueña con un futuro donde cada niño y niña pueda crecer sabiendo que, sin importar las dificultades, siempre hay un faro que los guiará. Siempre hay una luz que pueden dejar brillar. En su hogar, los cuentos sobre valentía y perseverancia se mezclaban con las nuevas historias que Rosa escribía para su hijo, deseando que él también aprendiera a ser valiente y soñador, y que valorara la educación tanto como lo había hecho ella.

Además de su trabajo en el aula, Rosa se ha convertido en una mentora para muchos jóvenes de su comunidad. Gracias a su ejemplo, muchos jóvenes han decidido seguir estudiando y buscar un futuro mejor. Rosa siempre recuerda a sus estudiantes la importancia de la Universidad del Cauca en su vida y cómo esa institución transformó no sólo su destino, sino también su mente y su corazón.

Y así, la historia de Rosa se convierte en la historia de todos aquellos que, a pesar de las adversidades, eligen ser luz en el camino de otros, cumpliendo con el lema de la Universidad del Cauca: "*Posteris Lumen Moriturus Edat*". Porque: el que ha de morir, deje su luz a la posteridad.



**María Amanda Gueche Tintinago.** Licenciada en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana e inglés por la Universidad del Cauca, y actualmente estoy cursando una maestría en Innovación Educativa. Trabajo en el Colegio José Eustasio Rivera en Isnos, Huila, donde obtuve mi puesto por concurso de méritos.

Me enorgullece utilizar mis clases no solo para formar académicamente a mis estudiantes, sino también para enseñarles valores, teatro y construir comunidad.

En mi tiempo libre, disfruto estar con mi familia y me dedico a cultivarme intelectualmente a través de lecturas y documentales. Soy madre de un hermoso niño de 2 años, y a pesar de las responsabilidades de la maternidad, mis proyectos y sueños siguen en pie. Decidí participar en esta antología porque quiero demostrar a los jóvenes que, aunque enfrentemos dificultades y momentos de incertidumbre, siempre es posible superar obstáculos y convertirnos en una luz o faro que guíe a otros y a nosotros mismos hacia nuestras metas.

# Niebla



Jorge había nacido en una casita pequeña, cerca de uno de los tantos páramos del macizo colombiano, donde todas las mañanas se tomaba aguapanela, y cuando la cosa estaba buena se tomaba café. Don Jesús y doña Alicia habían decidido criar a sus hijos ahí, aún sabiendo lo difícil y caliente de la situación, todos descendientes del pueblo Yalcón, aún recordaban con orgullo las enseñanzas de los sabios ancestros sobre el amor a la tierra, sobre el deber de protegerla, y era eso lo que explicaba su decisión.

Jorge despertaba siempre a las cinco de la mañana, Rodolfo, su gallo amigo, tenía la costumbre de aterrizar en la ventana de su cuarto, justo antes de empezar su melodioso canto, que hacía las veces de reloj despertador. Después de una aguapanela y dos panes, Jorge salía directo a la escuela rural que quedaba a treinta minutos caminando. A mitad del recorrido, en el borde de la carretera destapada de la que Jorge ya conocía cada piedra, se encontraba un letrero con una invitación que Jorge siempre había querido aceptar, pero que su padre nunca se lo había permitido, el letrero decía: “Bienvenidos al nacimiento del río Magdalena”. El letrero estaba acompañado de una flecha que señalaba girar

a la derecha, por un caminito que solo se recorría a pie o a caballo, además, la indicación de que el nacimiento del río estaría tres kilómetros camino arriba. En el letrero había también un graffiti que formaba una sigla de cuatro letras de la que su papá nunca había querido hablar. Del camino solo se veían unos cuantos metros, después todo era niebla, una niebla rara que lo ensombrecía todo, pero que no aplacaba las ganas de Jorge de ver nacer un río.

Jorge era un muy buen alumno, sabía que si se esforzaba y estudiaba con juicio (como le decía su mamá), en el futuro podría ingresar a la Universidad del Cauca, para luego, como ingeniero forestal, cuidar los bosques y los ríos que daban vida a su tierra. No obstante, ese día, Jorge estaba especialmente distraído, no podía dejar de pensar en lo que habría más allá de ese letrero, más allá de esa niebla que lo dejaba todo al misterio. De regreso a casa, Jorge se encontró a Calixto, un perrito de carretera que, con la precisión de un relojito suizo, aparecía siempre que éste salía del colegio, para acompañarlo en su camino y al final recibir un pedacito de pan o de galletas, que dependía de lo que Jorge hubiera guardado en su bolsillo después del recreo. Cuando Jorge volvió a pasar por el enigmático letrero, la curiosidad lo poseyó, tenía el corazón acelerado y la conciencia recordándole las advertencias de su padre, pero vio que Calixto movió su colita alegremente, y lo tomó como una

señal de virar en el camino e iniciar una aventura hacia lo desconocido.

Diez pasos y ya todo era niebla, Jorge escasamente veía sus zapatos embarrados, había un olor extraño, como a humo, pero no el que salía del horno de leña utilizado por doña Alicia para hacer masitas de yuca, el cual Jorge conocía muy bien, este era un humo maluco, pero eso no lo detuvo. El suelo estaba fangoso, pero se podía caminar, lo poco que Jorge podía ver de vegetación, era lo que describió como unos árboles altos, delgados, como con la piel de un oso de peluche recién lavado, y con una corona verde de hojas largas; pensó que se parecían a él, pues, aunque sus padres siempre le garantizaron un plato de comida en la mesa, Jorge se mantenía como un hilo, pero él se sentía elegante, así que pensó que esa planta de la cual desconocía su nombre, era magnífica. De repente, Calixto, que se había mantenido a su lado todo ese tiempo, corrió al frente y rápidamente se devolvió ladrando, ladraba sin cesar, Jorge no entendía, pero el fiel amigo empezó a jalarlo hacia atrás, como devolviéndolo en sus pasos; de pronto, Jorge escuchó voces de hombre, en realidad gritos, después vio fuego relampaguear de lado a lado, la niebla se hizo aún más espesa, Jorge ya no veía nada, sintió miedo, no sabía que pasaba, en últimas, optó por aferrarse a uno de esos árboles magníficos que sintió a tientas y cerró los ojos. Después de unos minutos todo volvió a ser silencio, Jorge sin dudarlo

decidió desandar sus pasos y retomar su camino a casa. Cuando llegó, vio a don Jesús y doña Alicia y no pudo contener las lágrimas, de inmediato, en medio del llanto relató lo sucedido, sus padres, no bravos sino preocupados, abrazaron a Jorge y prepararon café, aunque no era buena, la situación lo ameritaba; don Jesús, consideró que era momento de tener una conversación con Jorge, de esas que hubiera preferido no tener pero que ahora veía necesario.

Los tres se sentaron en la única mesa que había en la casa, el comedor, y con tres tazas de café servidas, Don Jesús empezó a hablar. Lo primero que contó a Jorge, era que ellos vivían en una tierra privilegiada, pero que, por decisiones mal tomadas por hombres de corazón triste, ahora era una tierra con peligros. Le contó que lo que ensombrecía el camino no era niebla, era humo de fusil, que se había hecho tan intenso, que se había apoderado del camino; ahora Jorge entendía el olor maluco que había sentido y lo recordó con escalofrío. Don Jesús y doña Alicia explicaron a Jorge, que mientras eso fuera así, no podía volver a transitar ese camino, presenciar el nacimiento del río debía esperar, porque por ahora nacía, pero nacía enfermo, tristemente enfermo.

El café, al igual que la conversación, terminó con un abrazo apretado y un beso en la frente. Jorge no pudo dormir esa noche, sentía rabia, tristeza, miedo, desazón, sentía que debía hacer algo, pero no sabía qué, ni cómo. En la mañana

siguiente rumbo al colegio, Jorge no quiso ni mirar el letrero, pasó derecho, casi que corriendo, lo mismo hizo de vuelta.

Pasaron algunas semanas, y todo había vuelto a la normalidad para Jorge, de a poco, había vuelto a mirar hacia el letrero, algo le decía que la respuesta a todo ese desastre estaba justamente al final del camino que tenía prohibido recorrer nuevamente. Una tarde, de regreso a casa, acompañado de Calixto como de costumbre, Jorge se detuvo en el letrero, esta vez Calixto no movió la cola, pero Jorge decidió de igual forma girar a la derecha y atravesó la niebla.

Todo estaba igual, sin embargo, esta vez no hubo gritos, ni fuegos en el aire, Jorge pudo caminar por entre los árboles, que ya su madre le había explicado eran frailejones, ahora sus favoritos. Jorge caminaba con aires del ingeniero forestal que soñaba ser. Tras varios minutos, vio que la niebla se disipaba de a poco, cada vez era mayor el paisaje disponible para disfrutar, y una sonrisa cada vez más grande se dibujaba en la cara del futuro ingeniero. En un punto, todo estaba claro, eran impresionantes los infinitos tonos de verde que pintaban y decoraban el entorno, el aire era fresco, puro, renovador, Jorge estaba pleno, sentía que respiraba paz. Unos minutos más y apareció otro letrero, era casi igual al anterior, pero con otra indicación: “aquí nace el río Magdalena”, y debajo otro grafiti: “sólo muere quien no traspasa su luz a la posteridad”. Jorge leyó eso y sintió que ahí estaba la respuesta, que su luz debía hacer algo por el río

que nacía, por sus árboles magníficos, y porque Calixto lo pudiera acompañar hasta ahí sin temer al camino. No supo cómo, pero ahora sabía lo que debía hacer. Caminó unos metros más y ahí estaba; el río nacía en una laguna, no muy grande, de agua oscura, poderosa, sagrada, no se atrevió a tocarla, solo la contempló, estuvo así por varios minutos, embrujado por la belleza de lo que veía, como un enamorado a primera vista, sin embargo, Jorge corroboró que la laguna estaba triste, que estaba enferma.

Cuando volvió en sí, emprendió su regreso, la niebla empezó a aparecer nuevamente en el camino, Jorge sabía lo que eso significaba, aparecieron los gritos y los destellos de fuego en el aire, pero esta vez sin temor, sin vacilar, Jorge alzó la voz y solicitó un alto, un alto a todo. Aquel quejido, fuerte, vigoroso, valiente, rompió un hechizo del que hacía muchos años eran sujetos aquellos creadores de fuego, de humo, humo maluco. Jorge pudo percibirse de la ceguera y la sordera que padecían aquellos hombres, el humo por ellos mismos provocado les impedía verse y escucharse los unos a los otros, pero ahora, con el hechizo roto, las cosas serían diferentes.

Meses después, Jorge, don Jesús, doña Alicia, y por supuesto Calixto, caminaron juntos por primera vez por el sendero que conduce al nacimiento del río Magdalena, el río grande de la Magdalena como le gusta llamarlo a los samarios. Ahora, sin humo, una niebla tenue y seductora se

había apoderado del camino, Jorge no solo veía, sino que respiraba la diferencia. Finalizado el camino, lo vieron nacer, sano, puro, feliz. Supieron todos que estaban listos para seguir traspasando su luz a la posteridad.



**Juan Manuel Mosquera Luna** (Garzón, Huila), terruño en el cual realicé desde el jardín hasta el bachillerato, mi crianza es producto de una mezcla de culturas, ya que mi padre es de Cali y mi mamá es garzoneña. A los dieciséis años me mudé a Popayán para estudiar Derecho en la Universidad del Cauca, programa del cual me gradué en el año 2016. Posteriormente, he realizado dos programas de Posgrado, uno en mi alma mater, el otro en la Universidad Externado de Colombia. Actualmente tengo 31 años y ejerzo como abogado litigante y asesor de la Gobernación del Cauca, soy un apasionado por el derecho laboral y de la seguridad social, lo que acompaña con un gran amor por las letras, en varias de sus dimensiones. Siempre he admirado la capacidad que tienen las palabras para transformar cualquier situación, especialmente para transformar al ser humano.

# El faro



¡Saquen el agua! ¡Ya vamos a llegar? ¡Que Dios se apiade de nosotros! Mamá, tengo miedo. ¿Puedo vomitar aquí? Veo techos ¿Jugamos a la que más techos cuente? Pasaron las horas, y los techos se convirtieron en olas gigantes que brillaban desde la distancia. ¡Nana, mirá el faro! ¿Ya llegamos, cierto, papi?

Mis papás llevaban dos semanas planeando un viaje, o más bien, una expedición. Cada vez que mi hermana Nana y yo escuchábamos que iríamos para algún lugar, no lográbamos dormir de la emoción. Este viaje no fue la excepción; la noche previa no pegamos el ojo, escuchamos los caballos zapatear, resoplar y relinchar. Ya estaba todo listo para salir. Mamá había empacado los alimentos, nuestra ropa, linternas y todo lo necesario para ir a conocer el mar.

Mientras descendíamos en bestias mulares y a pie, fuimos recordando el uso que le dábamos a ciertos árboles, los cuales eran nuestra casa imaginaria, nuestra escuela y nuestro parque de diversiones. Dejamos atrás pequeñas quebradas donde los vecinos habían encontrado ollas de barro, muñecos pequeños de oro e historias sobre lo esquivo que es este mineral. A nuestras espaldas quedaba un cerro,

un cerro que, cuando llovía, formaba un espejo de aguas que corrían sobre él como si fuesen sus venas, un cerro al que nadie había podido llegar porque estaba protegido por animales salvajes y, entre ellos, una ballena de agua dulce. Hasta papá y sus amigos quisieron ir a explorarlo, pero se perdieron y terminaron en la casa de un viejo ermitaño. En la vereda contaban que una avioneta trató de llegar hasta allá, pero que la impetuosidad de los vientos la tumbó. Nana y yo creíamos en todo.

Ahora sí, listas para hacer grandes recuerdos. En el trayecto no parábamos de cantar, de contarnos historias, de inventar chistes y de comernos los Max Combi que nos habíamos ganado en una piñata hecha por nosotras con dulces de la tienda de papá. “Hemos llegado”, dijo el arriero, pues hasta ese punto podían llegar los caballos; de ahí en adelante debía hacerse a través de transporte acuático. Tan acuático como las pomás sobre las que iban un grupo de afros río abajo. Así que, tan pronto como nos dejaron los caballos, empezamos a bajar pegados a una roca gigante, nos apoyábamos sobre un lazo y sobre las manos de quienes hacían la cadena para que no ocurriera ningún accidente. El ruido del agua empezaba a satisfacer nuestra ilusión. En la orilla del río estaba una lancha esperándonos, y también a otro amigo o conocido de papá, quien llegó después de nosotros, afirmando que las veredas estaban llenas de sangre. Mi familia no creyó nada.

Una hora más tarde estábamos frente al espectáculo: un río que desembocaba en el mar, un río cristalino y profundo que llenaba nuestras expectativas, un río que nos cobijó con sus correntosas aguas, un río que nos avisó, con uno de sus habitantes, del peligro que corríamos si seguíamos bañándonos en él. Llegó la noche, una noche perfecta para caminar sobre sus muelles, hacer llamadas, deleitarnos con un pescado seco servido en hojas de bijao, acompañado por trocitos de canilla y, sin darnos cuenta, la oscuridad de una noticia nos acababa de envolver. Ahora sí, mi familia creyó.

Corrimos, o más bien, papá corrió a buscar a alguien que nos pudiera sacar de ese lugar, pero no encontró ni una lancha disponible. La pequeña población estaba llena de foráneos, de campesinos asustados y de afros que seguían llegando en pomás río abajo para huir de lo que se avecinaba. Nadie lloraba con lágrimas; lo que estaba por pasar, el río ya lo sabía y el mar ya lo había probado.

En la radio se escuchaban las noticias de un holocausto, de familiares buscando a sus muertos y desaparecidos, y nosotros hacíamos parte de los desaparecidos. Mi abuela paterna y mi familia materna se amontonaban en los transportes públicos que llegaban desde la montaña, pero nadie sabía de nosotros. Los helicópteros empezaron a sacar los muertos en mallas gigantes y los extendieron en la cancha de Puerto Rico, un municipio cercano, con el fin de que las familias les dieran santa sepultura. Y nosotros aún no

podíamos decir que estábamos vivos, pues no había quedado nadie oriundo del pueblito donde estábamos; ellos habían sido los primeros en abandonar el lugar, desatender sus negocios y resguardar sus vidas.

Entretanto, mi papá se notaba inquieto y preocupado, seguramente por su finca y por los sueños que hacía poco había empezado a materializar, por las pequeñas comodidades que serían parte de la historia, pues comentaban que los paramilitares iban acabando con todo. De repente, en un avance de noticias, reportan una de las masacres más atroces, donde el dueño del restaurante, su esposa y sus dos hijos habían sido asesinados. Ya mi mamá sabía que se trataba de su hermano y sus niños. A pesar del dolor y la angustia del momento, tuvimos que seguir buscando la manera de afanarnos por salir, por avisar que estábamos vivos. Ese fantasioso viaje nos había librado de la muerte, hasta el momento.

“Ya no hay lanchas; hay una canoa que es apta para 8 pasajeros para andar en río, ustedes verán si se atreven a meterse al mar en esto, esta tiene un motor de 40 caballos de fuerza; mejor dicho, no tiene las condiciones para atravesar el mar”. Eso escuché que don Abraham le decía a mi papá. Para ese momento, quedaban dos opciones: que nos mataran los paramilitares o morirnos ahogados, y de las dos, mis papás decidieron la segunda.

A las 4 de la mañana llegamos al puerto donde estaba la canoa lista para salir, pero con una fila muy larga de pasajeros, así que nos subimos cerca de veinte personas. Mamá oró, las risas llegaron, parecía que nos estábamos escapando de una pesadilla, aunque en contadas horas aparecería otra. El cielo dejaba ver su azul claro, su tan nombrado azul cielo; el sol pintaba un escenario de felicidad, mis papás iban juntos, muchas personas hablaban, hasta que el lanchero nos comunicó que habíamos entrado a mar abierto. En ese momento, el silencio ganó su batalla. El ruido del motor, las olas golpeando la canoa, el agua salada por primera vez en mi piel y un malestar de mareo, se convirtieron en uno de los más grandes recuerdos que hice con Nana.

En la finca de mi papá había quedado el señor Idilio, un hombre de confianza encargado de cuidar los animales, la casa y las tierras. Para nuestra suerte, la finca estaba ubicada en una zona alta por donde el grupo no pasó. Además, dicen que quien dirigía la organización era un vigilante del puesto de salud, un hombre muy conocido en el pueblo, que llevaba más de 10 años recopilando información para accionar durante esa Semana Santa con lista en mano contra campesinos, afros e indígenas. Así es como la trocha principal para salir de aquellas montañas quedó marcada con cruces, con huesos encontrados en muchos de sus

nublados y fríos abismos, y con historias de hombres y mujeres que conocieron la muerte cara a cara.

Al otro lado de la historia, continuábamos nosotros, brillando bajo ese cielo que nos abría las puertas al exacerbante deseo de vivir. El lanchero dijo que nos llevaría por la orilla; nadie llevaba chalecos salvavidas y, al parecer, todos querían una sola cosa: vivir. Aparecieron los veleros, las aves blancas con picos largos y una manada de aves negras, decorando ese cuadro que se quedó congelado en el alma de Nana y la mía.

En uno de mis momentos más felices, el sabor a cobre invadía mi boca. El lanchero gritó: “¡Saquen el agua, se está inundando la canoa!” Yo me sentía como el personaje principal de un libro de aventuras en ultramar. Todos usaban sus botas pantaneras para sacar el agua, todos se aferraban a seguir respirando y poder contar su historia.

El sol de la tarde empezaba a quemar sin piedad. Algunas poblaciones dejaban ver a sus habitantes en labores cotidianas, y nosotros, los naufragos, nos acercábamos más y más a la oportunidad de vivir. Transcurridas algunas horas, apareció la sorpresa de: “¡El faro, el faro! ¡Nana, mirá el faro! Habíamos leído que el faro anunciaba una llegada segura, y sabíamos que su luz rompía las sombras del peligro. En efecto, casi una hora más tarde, estábamos en una casa de tablas, sacándonos las lágrimas del mar y preparándonos

para volver a abrazar a quienes nos esperaban en la ciudad, ese refugio que acoge a quienes ansían un nuevo comienzo.

Pasaron los días, y llegó el miércoles, miércoles después de Semana Santa y después de la resurrección de Jesús, para ese momento solo nos quedaba lamentar la historia de don Idilio, pero solamente quien tiene fe puede hablar de esperanza. Casi a la hora que se opone el sol, compartíamos un café en fogón de leña y una vista hacia la montaña en la acera de la casa de la abuela Luisa, cuando aparecieron las caras y el sonido de las herraduras de Parrandero, La Ñata, Tolima, Gavilán, Abejorro y Capitán, cerrando la escena del milagro. Todos seguidos por don Idilio, que volvió a la vida con todos los que estábamos presentes, con todos los que sentimos pequeñas explosiones en la garganta, que luego se transformaron en un charquito de agua salada que se derramó por los rostros de quienes no tienen nada por decir. Fuimos lágrimas.

Hoy, 10 de abril, después de 23 años he vuelto a ver ese mismo faro, un faro que sigue alumbrando en sus noches, un faro que me llena de esperanza. Antes de regresar a él, empaqué por mi propia cuenta todo lo necesario para ese largo trayecto, ya no estaban mamá, papá, ni muchos menos Nana; estábamos el mar y yo. Frente a él, abrí mi mochila y encontré mi familia, mis amigos, mis estudiantes, mis sueños y mi historia. Encontré una libreta con nombres de profesores que, habiéndose enfrentado a las aguas saladas,

tuvieron que nadar hasta encontrar una costa segura y establecerse en la cima de una montaña para iluminar a los viajeros que decidieron cruzar su mismo camino.

En medio de ese tranquilo panorama, saqué un frasco lleno de lágrimas que le quería devolver al mar, un frasco que contenía vida en gotas de mis pequeños pupilos: aquellos que una vez llegaron al salón con náuseas porque mamá y papá se separaron, aquellos que perdieron a esa mamá sin saber qué habían hecho mal en sus cortas vidas para no merecerla, aquellos que no tenían ciudad, vereda ni nación; aquellos a quienes el desayuno era una promesa distante, aquellos que habían sido incomprendidos, aquellos que mamá había abandonado en un hogar infantil, aquellos que la vida parecía castigar sin argumentos. Esto te pertenece, mar; al fin de cuentas, tú sigues llevando las lágrimas de todos.

Luego me saqué mis zapatos, esos que habían transitado conmigo innumerables horas, esos que guardaba desde que vi psicoanálisis, sociedad y educación en la Universidad del Cauca, esos que me llevaron a terrenos rurales, esos que me obligaron a desaprender y recordarme que me había formado profesionalmente para servir y transformarme, esos que llevaban el peso de una idealista. Pero me los volví a colocar porque todavía me quedaban trochas por recorrer.

Por último, saqué mi lapicero para escribir lo que estaba sintiendo: el mismo lapicero con el que había calificado

exámenes y tareas en los últimos meses, el mismo que tenía un poquito de tinta para escribir “Quiero vivir, quiero servir, quiero aprender, quiero llorar”.



**Yud Cileny Medina.** Es licenciada en Lenguas Modernas Inglés y Francés por la Universidad del Cauca. Desde muy temprana edad, su pasión por la educación la llevó a jugar a ser profesora en zonas rurales donde trabajaban sus padres, lo que marcó el inicio de su profundo compromiso con la enseñanza y el desarrollo de sus estudiantes. A lo largo de su carrera, ha participado en diferentes programas y organizaciones en Colombia, enfocándose en cerrar brechas educativas y promover la equidad en el acceso a la educación. Su trabajo está guiado por la premisa "El mundo se cura en colectivo". En su tiempo libre, Cileny se dedica a escribir, a servir a su comunidad, a aprender continuamente sobre nuevas metodologías educativas, y a cuidar a su fiel compañero Max, un perro que ha sido su amigo leal desde antes de iniciar su carrera profesional.

# Ocean Axel



*¿Voy a prosternarme ante  
quien has creado de arcilla?*

*Iblís*

**H**abía sido degradado al censurar las leyes etéreas, había desobedecido mandatos que rayaban en el absurdo, por eso fue condenado a vigilar las puertas celestiales igual que un inferior del montón; en adelante, no ostentó el cargo como caudillo de los ejércitos que le daba su estatus real, se había convertido en un pequeño general. Desde las alturas divisaba el inmenso océano de nubes que diluían sus colores según la iluminación proveída por el sol — Ocean Axel— pensaba, luego, lamentó con dolor que ya no haría cosa distinta el resto de su existencia y concibió que tal rutina comenzaba a apagarlo lentamente. Frenó a muchos conflictivos que pretendían entrar por la fuerza, ejecutaba venias ridículas a los ángeles de mayor alcurnia y recibió elogios de parte de las divinidades que atravesaban el viejo y anacrónico dintel; pero nada, continuaba ahí, con el hacha en la mano, proclamándose escandinavo, no hebreo, sintiéndose hombre por sobre querube, en un ser que anidaba más pasión que fe.

Impertérrito, uno de esos días que pasa eterno e incronometrable, experimentó la necesidad de avistar a lo lejos, podía hacerlo, aunque por su trabajo cegador, había decidido postergarlo. Absorto, aquella fecha oteó con firmeza; observaría diversas situaciones: la guerra, la miseria, la contaminación, sin embargo no le conmovió. Vio las contradicciones, los afanes, las blasfemias, más le importaría un bledo. Escaneó todo y detuvo su ojo en el cuerpo moreno de una hembra que le recordaba momentos de hombría, de aquel erotismo humano que era materia olvidada. Recorrió su cabello negro largo, sus senos dispares, hermosos, su vulva apetitosa y sus asimétricas piernas fortalecidas. Volvió a sufrir la energía sexual dominando su complexión y, ardiendo en deseos, la lascivia se tornó incontrolable; así que tomaba entre las manos su virilidad para rememorar delicias que ya había sacado de la mente. Desde entonces, no le interesaron más los prófugos, quién irrumpía, a quién reverenciaba o a quién ignoró; su motivo para vivir se localizaba en esa carne moldeada por un toque divino.

Sin que la mujer se diera cuenta le llevó un rubí en noche de lluvia y lo colocaría en su dedo anular para que le facilitara sus éxodos, pues el rojo fulgurante hizo los rítmicos ciclos de un faro en el espeso abismo —Ocean Axel— como lo llamaba. Después, bajaría. Bebió whisky en su ombligo, pronto, al saborear cada centímetro de ese cuerpo perfecto,

estaba tan unido, muy dentro de ella, demasiado, que inconscientemente la iba arrastrando hasta el puesto de vigía.

La acción se repitió una y otra vez, él, descuidaría su obligación y le valió madre, habituado al amor, a la lujuria y al sexo. Para su diosa era un simple fantasma, alguien sin importancia, un sueño fugaz; no obstante, mariposas amarillas sentía en los encuentros furtivos. Cuando Yahvé supo del pecado, mandó prender al ángel; Le esperaban eones en un rincón solo y húmedo abrigado solo por su par de alas. En el trayecto que lo conducía al anfiteatro, logró huir de sus captores, traspuso distancias inimaginables, reconociendo los meandros que llevaban a su atalaya, presto a impugnar la orden dictatorial: la reclusión eterna o la muerte (el olvido). Mientras ella dirigía los ojos al cielo —porque le daba la gana—, Axel advirtió de nuevo el brillo del rubí, y aunque entendía que de cualquier modo estaba condenado, optó por arrojarse al vacío, hacia el ancho, profundo —Ocean Axel— que lo atraparía en la sutil danza de nubes diáfanas que empezaron a desvanecer cada uno de sus átomos, pero él se sintió más feliz que nunca, ergo, comprendería en ese instante que las cenizas que dejaba tras de sí, perseguirían por siempre a los haces despedidos por el rojo rubí..., a la pasión infernal que lo había liberado.





**Fernando Muñoz Dagua.** Escritor colombiano nacido en Silvia, Cauca - Colombia, el 16 de septiembre de 1975. Licenciado en literatura de la Universidad del Valle y Magíster en comunicación, educación y cultura de la Universidad del Cauca. Dentro del campo de las letras ha escrito varios poemas, tres novelas y dos análisis literarios, conocidos tanto a nivel departamental, nacional e internacional. Su primera novela lleva por título “Evangelio según Guillermo Blow”, finalista del Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura del año 2003. Su segunda novela titulada “La casa que no quiso García” fue seleccionada entre los dieciséis trabajos finalistas del premio de la Cámara de Comercio de Medellín en 2013. Su tercer trabajo, análisis literario basado en la obra del escritor payanés Diego Castrillón Arboleda, lleva por título “Prequel” (2015). Su tercera novela: “Esotérico”, fue preseleccionada en el año 2019 entre las treinta y siete finalistas del premio Ciudad de Bogotá. Para el año 2022, publicó un recuento literario titulado “Ampup, ampap”. En los medios ha escrito artículos para periódicos locales y guiones para cortometrajes de los cuales ha sido también director y productor. En el año 2024 fue jurado del concurso Institucional de Escritura: “Del amor y otras palabras”, organizado por la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

# El espiral de la vida



## I

Pasaron dieciocho meses antes que Pablo regresara a casa. Todo ese tiempo fue muy complejo para su familia, ante el desespero y la desolación por la desaparición de su hijo, como también por su constante búsqueda, igualmente desesperada, agotadora, pero sin cesar. Había sido reclutado a sus dieciséis años por un grupo armado ilegal.

Desde niño mostró interés y admiración por la labor que realizaba su padre como presidente de la Junta de Acción Comunal de su vereda, lo acompañaba –especialmente los fines de semana cuando no estaba estudiando –a reuniones en la que lo escuchaba con interés. Fue aprendiendo a perder el miedo a expresarse en público y leía con detenimiento los folletos que les daban sobre los derechos humanos, servicios públicos y restitución de tierras.

En una primera etapa jugaba con otros niños mientras se desarrollaba la reunión, no obstante con el tiempo fue otro espectador más hasta convertirse en un participante activo de las mismas. Era obvio que al principio no tuviera los conocimientos para expresarse con argumentos que pudiera convencer a los demás, algunos lo miraban con gracia por

cuanto hablaba con inexactitudes, inclusive algunas palabras extrañas de los folletos de los Ministerios y la Defensoría, las pronunciaba erróneamente, lo que provocaba risas entre los presentes, de la misma manera, los otros niños al ver esta escena, se burlaban jocosamente inclusive sin saber de qué se trataba, solo por mofarse de él.

Pero como su padre era el que más conocimientos tenía sobre diferentes temas importantes para la comunidad, de él fue aprendiendo conocimientos, talante para liderar y expresarse con carácter ante el público. Es más, su padre era de los pocos que salía de su vereda hacia la ciudad, fue el primero en recibir una capacitación en las instalaciones de la Universidad del Cauca en Popayán. Allí llevó alguna vez a Pablo. Observó el cuadro Apoteosis de Popayán ubicado en el Paraninfo de la Universidad, no perdió de vista como la mayoría de los personajes de la obra, estaban frente a una reina, algunos arrodillados y otros de pie, pero todos rindiéndole honor o pleitesía. Sin embargo sus ojos se mantuvieron en la mujer que volaba por el viento, desnuda y con el cabello largo y desgreñado, llevando en sus manos una bola de luz, y que a diferencia de los demás personajes que admiraban a la reina sentada en su cetro, sólo tres de ellos igualmente miraban a la otra mujer. A ella fue a la que le rindió honor y pleitesía.

La mujer lo miró por un par de segundos, giró un poco sus brazos y lanzó la bola de luz sobre el adolescente Pablo.

La Pacha Mama le había hablado, de ahora en adelante se dedicaría a aprender constantemente mientras conservaba su pelo desgreñado.

Todo esto sucedía sin que nadie se imaginara que tres años después fuera reclutado.

## II

Llevaba como un año en el cargo de Personero, cuando se enteró que el comandante del grupo que lo reclutó ilegalmente en su adolescencia, había muerto. Esto le remordió los pensamientos, y los insomnios entre sollozos lo atacaron incesante y cruelmente, recordándole que por mucho que se esforzara para borrar esos recuerdos, allí iban a estar de forma inseparable, vivos, belicosos, despiadados.

El juzgado le notificó en la mañana que la acción de tutela que presentó días antes, había salido a favor. Con esto, una niña de doce años iba a recibir la silla de ruedas que la EPS le había negado.

—Personero Pablo muchas gracias, —le dijo la madre de la niña cuando le llamó por teléfono, apenas se enteró de la noticia.

—Fue con todo gusto—, le contestó. Pero lo más importante es que la niña podrá tener su silla para movilizarse con mayor facilidad.

La historia de la niña es también desoladora. Un par de años antes jugaba con otros niños en un guayabal de su finca,

jugaban a “la lleva” mientras corrían rápidamente para no dejarse coger. Para evitar esto se subió a una rama bien alta de un árbol, su amigo Chepe en vez de ver esto como algo difícil sino como una oportunidad, corrió para alcanzarla con la finalidad de subirse también. Una explosión hizo que ella cayera del árbol, el niño había pisado una mina antipersona. Entretanto, la niña cayó sobre una piedra causándole graves heridas en su cuerpo.

Chepe murió y ella fue remitida a un hospital de Popayán, después de semanas de estar en procedimientos médicos, regresó a su pueblo con la triste noticia que su columna vertebral se fracturó y no podía volver a caminar. Pero la EPS no le suministró la silla de ruedas que el médico le había ordenado. Pasaron meses de trámites y solicitudes sin que esto se solucionara. El presidente de la JAC le dijo que pasara por la Personería para que se buscara una solución. Efectivamente, el Personero con los conocimientos aprendidos Pablo en la Universidad del Cauca, y los adquiridos por su propio estudio, presentó la acción de tutela ante el Juzgado para defender los derechos humanos de la niña y que se obligara a la EPS a suministrar la silla de ruedas, lo que finalmente sucedió.

Esta noticia corrió rápidamente en la vereda, por lo que al día siguiente otra persona buscó al Personero Pablo para buscar solución a su problema. La empresa prestadora del

servicio de energía eléctrica le mandó una factura de cobro por un valor injustificado y exagerado.

—Es injusto que me cobren toda esa cantidad—, le manifestó Don Francisco. En mi casa solo vivimos mi vieja y yo, no gastamos tanta energía. Ya soy un anciano que no puede trabajar bien para reunir ese dinero.

—Déjeme revisar la factura—, le contestó el Personero.

—El funcionario de la empresa me dijo que si no pagaba, me cortaban el servicio.

Don Francisco tenía razón, le estaban cobrando una cantidad de dinero de un supuesto retraso en pagos de meses anteriores. El Personero presentó la queja ante la empresa basado en las normas jurídicas que protegen a los usuarios y consumidores de los servicios públicos. Días después, reconociendo que se habían equivocado y que los argumentos del Personero eran los apropiados, la empresa de energía entrega una nueva factura con el valor real del consumo de energía, con una tarifa más barata, la adecuada al gasto que realizan en su casa.

En la noche de ese mismo día se presenta en una vereda, un combate entre el ejército y un grupo armado ilegal, el presidente de la Junta le informa telefónicamente que varias personas de la comunidad se habían desplazado y que una de ellas resultó herida de bala. El personero Pablo le asesora sobre los trámites y rutas que se pueden iniciar para que se

les brinde atención humanitaria como víctimas del conflicto armado.

—Personero, tengo otra noticia que darle.

—Dígame Presidente, ¿Qué sucede?

—Se acuerda de alias Jack?

En ese momento, el Personero sintió mareo, y un fuerte dolor de cabeza por un ruido terrible que le hizo sentir que le explotaba. Entró en pánico, tembló aterrorizado.

—¿Se acuerda de Jack? El que se lo llevó a usted cuando era niño. Dicen que murió en el combate, y que el cadáver se lo llevó el ejército.

### III

El día que Pablo cumplió los dieciséis años, ya era un joven reconocido en la comunidad, se expresaba muy bien, conocía de varios temas y le decía a todos que iba a estudiar para abogado en la Universidad del Cauca. En la fiesta de su cumpleaños emocionó a los asistentes —como lo hacía en otras reuniones —contando su historia cuando la Pacha Mama le habló desde el cuadro del Paraninfo y le lanzó su bola de luz de conocimiento.

Una semana después, luego de salir del colegio se lo llevó un grupo armado ilegal. Sus padres lo buscaron por todas las veredas y montañas, incluso en otros municipios. Cuando lograban tener contacto les decían que pronto lo dejarían ir, en otras ocasiones, les decían que no perdieran el tiempo,

que nunca iba a abandonar el movimiento, a menos que resultara muerto. En todo ese tiempo, solamente lo pudieron ver una vez.

En una ocasión, el comandante Jack le ordena junto a otros tres compañeros, que fueran a vigilar la finca de su familia para que verificaran si era cierto que hombres de otro grupo armado la estaban rondando. Apenas entrando a la casa fueron atacados con fusiles por el otro grupo armado, se enfrentaron para defender sus vidas y la de los residentes, los disparos venían de todos lados, una granada entró por la ventana de una habitación, la madre y la esposa de Jack murieron víctimas de la explosión.

Los dos compañeros de Pablo también murieron por las balas de los fusiles rivales. Herido en una pierna y en un hombro, agarra al pequeño hijo de Jack, sale corriendo de la casa y se lanza por un barranco, tratando de evitar que el niño se lastimara. Con el camuflado llenándose de sangre, corrió con todas sus fuerzas aunque le quedaran pocas.

Logró escapar. Llegó al hospital del pueblo casi muerto pero con el niño a salvo. Pero necesitaba una atención médica de mayor complejidad por lo que fue remitido a Popayán. Allí sanó sus heridas sin embargo su pierna no quedó completamente normal, cojea para caminar y tiene que usar bastón el algunas ocasiones para poderse sostener.

Por varios años Pablo no volvió a su pueblo, dicen que Jack ordenó que nadie se metiera con él ni con su familia,

que su familia no fuera amenazada ni hermanos menores reclutados.

#### IV

La muerte de Jack le revivió con más contundencia todos esos recuerdos. El Personero que escuchaba todos los días, historias tristes de las personas que atiende, tiene la suya propia, que los mortifica, pero que lo impulsa a pesar de todo, a trabajar de manera más comprometida, con doble esfuerzo, para que a los habitantes de su pueblo se les garantice sus derechos.

Días después, lleno de inquietud se fue a una vereda a buscar al niño que alguna vez salvó la vida, al hijo de Jack que nunca más había vuelto a ver. En un principio estuvo dispuesto a entrar a la casa para saludarlo, pero en el último instante no fue capaz. Desde la cerca de la casa vio a un joven en un cafetal, arando la tierra para sembrar más plantas. El joven lo volteó a mirar. Era él, el niño que salvó. Ahora era un adolescente de unos dieciséis años, la misma edad de cuando sufrió su reclutamiento.

Se miraron mutuamente, el adolescente también lo reconoció, con una lágrima y una sonrisa tierna, le agradeció que le hubiera salvado la vida. Una niña en silla de ruedas lo llama para que fuera a tomar aguapanela con queso. Era la niña de la tutela, ella era su hermana, sin saberlo ‘salvó’ a otra hija de Jack.

Una brisa hizo revolotear las hojas secas y las flores caídas en el suelo, una luz brillante en el cielo le llamó la atención: era la misma mujer desnuda y con el cabello largo y desgreñado del cuadro del Paraninfo de la Universidad del Cauca con la bola de luz en sus manos.

—Pablo, has ayudado a estos dos niños con tus conocimientos, ellos están felices juntos, aprendiste muy bien las enseñanzas de tus padres y de tu universidad. *Posteris Lumen Moriturus Edat.* La Pacha Mama está muy contenta en lo que te has convertido.



**Edwin Orlando Bustos Gaona.** Ex Personero Municipal de Toribío y Suárez, Cauca. Actualmente Personero de Jambaló en el mismo Departamento. Abogado de la Universidad del Cauca. Con Especialización en Derecho Público de la Universidad Autónoma de Colombia, Especialización en Derechos Humanos de la Escuela Superior de Administración Pública ESAP.

En curso Maestría en Derecho Público de la Universidad Autónoma de Colombia.

# La verdad al descubierto



Día 1

Marzo de 1995. Sobre las cinco de la tarde, Antonia miraba absorta y complacida el firmamento mientras el viento jugaba con su cabello ensortijado. Reclinada en el balcón de su habitación saboreaba lento una deliciosa taza de café mientras sus ojos asombrados veían el atardecer.

Ring, ring. Antonia corrió a contestar el teléfono y se recostó en la cama mirando el techo con hermosas vigas de madera de roble.

—Hola, ¿cómo estuvo hoy? —preguntó Luc.

—Me gusta darte este reporte del tiempo —afirmó Antonia—. Hoy el cielo era azul celeste; había pocas nubes. Ahora hay todo un juego de colores allá arriba; nunca había visto tantos amarillos, zapotes y ocres juntos ¡No pelean! Se acomodan de forma perfecta.

—¿Sí estás trabajando?

—¿Lo dudas?

—¡Claro que lo dudo! —aseveró Luc—. Entre los atardeceres que me describes todos los días y esas comidas que has mencionado: el postre “Eduardo Santos”, el salpicón

caucano, las carantantas, las empanaditas y los tamales de pipián, hemos perdido tiempo valioso de análisis, Antonia.

—¡Cómo exageras, Luc! Yo estoy haciendo mi tarea. Hoy fui al archivo y estuve revisando otros argumentos muy valiosos, pero aún, no siento que sean concluyentes.

—Te escucho.

—La Universidad cuenta con 168 años de fundada, ostenta como egresados a 17 presidentes de Colombia y...

—¡Lo conseguiste! —señaló Luc, quien interrumpió la explicación de Antonia—. ¡Ya encontraste la respuesta! ¿Qué más esperas? Con estos indicadores concluimos el estudio de las diez universidades. ¡Ya puedes volver a casa!

—No, Luc, considero que hay algo más. Estas referencias son de hace unos buenos años, pero recuerda por qué y por quién vinimos aquí.

—Si, por Carlos— confirmó Luc—. ¡Lo tengo presente!

—Así es —indicó Antonia—. Carlos, un ingeniero impecable, un trotamundos incansable proveniente de una población donde la situación política y económica era compleja y...

—¡No entiendo tu punto! —reclamó Luc con un tono que tornaba al desespero.

—Te repito —sostuvo Antonia—, las estadísticas que recopilé son de hace años, pero esta universidad conserva su lema y debemos averiguar el porqué.

Argumentaba Antonia. Recia y decidida continuó:

—Tengo citas mañana miércoles y el viernes como invitada a clases en varias carreras: ingeniería electrónica y telecomunicaciones, derecho, medicina, ingeniería civil y literatura. Ya veremos cómo se van dando mis investigaciones.

—Pero ¿qué estás buscando con esas citas, Antonia?

—No lo sé —confesó Antonia, con un hilito de voz pronunciando muy despacio esas tres palabras esperando que aterrizarara ipso facto la solución a su acertijo.

Luc estaba enfadado ante la terquedad de Antonia que, hasta el momento y en la revisión de las nueve universidades anteriores, había sido muy racional y estructurada. El replicó cortante:

—Antonia, no nos hemos basado y no podemos basar nuestros estudios en coronadas.

—Lo sé, pero siento que hay algo que estamos dejando pasar —insistió Antonia, empeñada en su idea.

Luc sabía que tenía consigo a la mejor analista de la universidad y paró la discusión.

—Está bien, Antonia. Tienes ocho días para entregarme un bosquejo —concluyó Luc enojado pues sabía que faltaban quince días para remitir el informe final—. Recuerda que estaré por fuera, por lo que tienes ocho días para concluir tú sola con Popayán y con la universidad ¡Buena suerte!

Antonia escuchó el cierre de la llamada y, primero abrió sus pupilas, sorprendida con la reacción de Luc. Jamás,

hasta ese instante, habían tenido un pero o una subida de decibeles. Acto seguido, sonrió. Algo en su interior sabía que estaba muy cerca de desenmarañar la encrucijada. El café y el balcón no dieron espera, caminó y salió, de vuelta, al aire del atardecer y bebió un sorbo de café mientras veía con placer cómo cambiaban caprichosos los colores en el cielo. Sentía como si le hubiesen dado vacaciones en esa ciudad universitaria y trataba de imaginarla como se la contaban, había sido 20 años atrás, libre del bullicio de los carros.

## Día 4

—¿Te podemos ayudar? ¿por qué viniste a nuestra clase? ¿eres nueva? —indagaron Felipe y Edgardo.

—No, estoy recopilando datos para un estudio de universidades.

—¿Datos de qué? Preguntó Marta.

—Disculpa, no estoy facultada para contarte porque condiciono los comportamientos.

El corrillo de estudiantes que la había rodeado río, y Fuentes, con su mejor estilo propuso: —¿por qué no nos acompañas a la cafetería y nos haces las preguntas que quieras? Así te ayudamos con tu estudio.

Antonia asintió y salió acompañada por sus nuevos chaperones: Clara, César, Andrés, Felipe y Marta. Más tarde aparecieron Edgardo, el Costeño, Diana, Pedro y Libardo.

Hablaron por horas, rieron. Antonia observó el comportamiento de los estudiantes y de los profesores. Esta era su última visita y creía haber armado el rompecabezas.

## Día 8

Antonia acababa de enviar un fax a su universidad en el viejo continente. Sonreía con sus ojos gigantes azul mar y su cabello ensortijado revuelto. Con las manos en los bolsillos del jean y con sus botas de cuero, caminaba despreocupada las calles del centro de Popayán ¡Un museo a la vista!

Se sentó en posición de loto en una de las sillas del parque Caldas. Recogió su cabello desordenado y leyó, otra vez, el contenido del fax en el que presentaba una breve descripción del trabajo que seguiría preparando en su viaje de regreso.

Querido Luc, este es un resumen del proyecto:

Analizamos diez lemas de importantes universidades de diferentes hemisferios seleccionadas a través de diez referentes memorables “ex alumnos eminentes que fueron postulados por contar con una carrera ejemplar, por materializar proyectos de impacto en su comunidad y en el mundo”.

De cada uno, analizamos su vigencia y la coherencia entre el lema y el sentido de la educación en la actualidad. La universidad ganadora es aquella cuyo lema fue vigente en la sociedad pasada, es vigente en la sociedad de hoy (del siglo XX) y será vigente en la sociedad futura.

Para no distraer los resultados con los nombres de las universidades, listo aquí solo sus lemas:

1. Lux et Veritas (Luz y Verdad)
2. *Posteris Lumen Moriturus Edat* (El que ha de morir, deje su luz a la posteridad)
3. Die Luft der Freiheit weht (El viento de la libertad sopla)
4. In lumine Tuo videbimus lumen (En Tu luz veremos la luz)
5. Crescat scientia; vita excolatur (Que crezca el conocimiento; que se enriquezca la vida)
6. Fiat Lux (Hágase la luz)
7. Dominus Illuminatio Mea (El Señor es mi luz)
8. Hinc lucem et pocula sacra (De aquí, luz y copas sagradas)
9. Scientia imperii decus et tutamen (El conocimiento es la distinción y la protección del Imperio)
10. Vencerás pela ciênciça (Vencerás por la ciencia)

Luc, de estos lemas, suprimimos los siguientes en una primera ronda:

1. Dominus Illuminatio Mea (El Señor es mi luz)
2. Hinc lucem et pocula sacra (De aquí, luz y copas sagradas)
3. Scientia imperii decus et tutamen (El conocimiento es la distinción y la protección del Imperio)

#### 4. Vencerás pela ciência (Vencerás por la ciencia)

Se eliminaron porque sus mensajes son obsoletos, aplicables solo en el pasado, donde el conocimiento, o debía estar ligado a la religión o se planteaba como exclusivo a nivel de la ciencia.

Los otros seis, de manera curiosa, encierran la luz y la riqueza que entrega el conocimiento; pero, nos detuvimos en un lema en especial: “*Posteris Lumen Moriturus Edat*” que traduce “El que ha de morir, deje su luz a la posteridad” porque muestra que la luz y las enseñanzas persisten en el tiempo ¡Era la consistencia que buscábamos!

La vislumbramos de modo contundente con los registros de las investigaciones en el archivo, periódicos y diversas entrevistas: diez y siete presidentes entre sus egresados, 168 años de continuidad educativa; además, sus fundadores, Simón Bolívar (Libertador y presidente de La Gran Colombia) y Francisco de Paula Santander (Presidente de la Gran Colombia y La Nueva Granada precursora de Colombia), le asignaron la responsabilidad de formar a los nuevos dirigentes del gobierno que recién empezaba, por mencionar algunos.

Los logros del pasado eran obvios por lo que, para concluir que la directriz del lema se mantenía en el presente y garantizaba su permanencia en el futuro, recabamos información a través del contacto con maestros y alumnos en

sus clases y en los diferentes sectores de la Universidad y así, identificamos la razón tan visible y, sin embargo, tan esquiva por ser tan obvia. Una razón que debemos revelar y promulgar:

“Son los profesores de la universidad del Cauca los que posibilitan que este lema tenga su persistencia en el tiempo”. Los vi en acción en sus clases. Sentí su entrega, su capacidad de transmitir los conocimientos, sus deseos de enseñar a hombres y mujeres de diferentes áreas de Colombia y condiciones socioculturales y su don de inspirar.

Para llegar a este resultado irrebatible, tuve la oportunidad de interactuar con un grupo de estudiantes de la facultad de Ingeniería en Electrónica y Telecomunicaciones y sentir el amor con el que hablaban de su universidad. Sabía que llevaban en sus venas esas pildoritas de tenacidad, curiosidad, resiliencia, recursividad y disciplina que les daban en las asignaturas. Estoy segura de que esa pasión los llevará lejos y dejarán su legado a la humanidad.

El padre de una de esas estudiantes, Marta, es el profesor e Ingeniero Civil José Rivera. Ella hablaba con profundo orgullo de lo cuidadoso y constante que era, a diario, en la preparación de sus clases, de su compromiso y de cómo se tomaba en serio el estar actualizado, el investigar. Ver su admiración y respeto sentido, el honor de decir a boca llena que era hija de un profesor de la Universidad del Cauca, reforzó aún más mi veredicto y quise conocer a su padre.

Al final, Luc, los profesores y su trabajo continuo y dedicado a lo largo de los 168 años han permitido a la Universidad dar luz a la posteridad, impactar al país y al planeta, ser fuente de inspiración a través de sus enseñanzas, sus ejemplos y su pensamiento crítico; y es por eso por lo que, el premio que daremos no será solo para la Universidad sino también para aquellos héroes anónimos a los que colocaremos rostro para que seamos conscientes de su gran legado.

—Señorita, ¿quiere una foto agüita para la posteridad? — preguntó un señor con la tez pasada de sol, los años visibles en los surcos de su cara y una tierna sonrisa algo desmuelada.

—¿Cómo así señor? —preguntó Antonia

—Sí, mire. Estas son las fotos agüitas y le quedan así enmarcadas todas bonitas para la posteridad. La guarda en la billetera como recuerdo.

—¿Así cómo luz para la posteridad? —cuestionó Antonia

—Así mismito

—¡Pues vamos por esa foto! —exclamó Antonia mientras se paraba de la silla.





**Marta Isabel Rivera Posada**, amante de la naturaleza, los animales y las charlas alrededor de la mesa con gente que ríe desde adentro. Esposa de Francisco Alfredo y madre de Laura Isabel. Escribe desde los nueve años, declama desde el colegio. Es columnista de tecnología y de temas cotidianos. Publicó en 2018 “Pedacitos de alma en bandeja de plata”, una recopilación de versos libres y relatos frescos, cortos y apasionados; escritos con el corazón al descubierto, con los ojos mirando hacia adentro y con los sentidos en estado de alerta, como esponjas.

Ingeniera en Electrónica y Telecomunicaciones con más de 25 años de experiencia en empresas multinacionales, nacionales y como consultora independiente atendiendo la región andina, Centroamérica y el Caribe. En uno de sus roles trabajó directamente con la casa matriz en Francia. Sus áreas de experiencia son la transformación digital, las ventas consultivas, el marketing estratégico, el diseño de soluciones, el manejo de ofertas, licitaciones y proyectos.

Cuenta con estudios en ventas, negociación consultiva, marketing, gerencia de proyectos de Telecomunicaciones y business analytics, entre otros.

# Una pareja que irradia excelencia



*Santo Domingo: lugar de encuentro y formación De una pareja que ha irradiado excelencia*

*- Lo que la educación y la cultura aportan, en cuanto a igualdad y libertad, tanto a personas como a comunidades*

El claustro de Santo Domingo en el año 1979 —hace 50 años—, la Universidad del Cauca celebró su sesquicentenario de fundación. Sólo quince años atrás era una institución con tres Facultades históricas (Derecho, Ingeniería Civil y Medicina), pero para la década de 1970 ya se había duplicado con las Facultades “nuevas” de Ingeniería electrónica, Contaduría pública (primer programa nocturno), Humanidades y Ciencias de la Educación.

Derecho siempre ha funcionado en pleno centro histórico de Popayán, en el claustro fundador, de Santo Domingo. Concretamente en el patio mayor, el noroccidental de ese claustro. En el patio diagonal a éste, funcionaba Contaduría; en el nororiental, el servicio de publicaciones (mimeógrafos) para toda la Universidad, y en el diagonal a éste, la administración de la Universidad, incluida la Rectoría.

El patio de Derecho, junto a la puerta tricentenaria (en tiempos de la Colonia, Santo Domingo fue convento, contiguo al templo del mismo nombre), tenía una campana que marcaba el inicio y el fin de las actividades, a las 7 a.m., y a las 12 meridiano. El único autorizado para tocarla era el muy puntual señor Álvaro Palta.

El corredor de entrada desembocaba en un tramo perpendicular donde estaba la Biblioteca específica de Derecho. Otra colección de libros, más general y abierta al público estaba en uno de los costados del patio administrativo; ésta, como se ha dicho, tenía salida y servicio para la calle: quienes para entonces sólo cursábamos secundaria –y sin duda aspirábamos a ingresar a la Universidad tan pronto como fuera posible–, éramos atendidos sin restricciones con sólo presentar el carné estudiantil; disfrutábamos de un servicio del alma mater antes de ser universitarios, y había servicio hasta las 9 pm.

Por otra parte, el personal administrativo de las bibliotecas de la Universidad del Cauca siempre fue amable y diligente.

La biblioteca de Derecho era pequeña pero acogedora, y estaba aceptablemente dotada. Fue el escenario de los disciplinados estudios de una de las personas en cuyo homenaje escribimos este texto, de la que nos ocuparemos en detalle más adelante. Digamos por ahora que prefería una mesa pequeña y arrinconada –pero bien iluminada –donde

nada lo distrajera: no tenía tiempo que perder y jamás fue el tipo de estudiante que deja las cosas para última hora; no era de los que enfrentan el examen medio dormido porque la víspera se trasnocharon en un vano intento de desatrasarse, de ponerse al día con unas tareas que han debido ser asumidas a tiempo, planificadamente. Por más que al día siguiente tuviera un compromiso académico muy obligante, siempre se fue a descansar a la hora acostumbrada.

### Una pareja que ha irradiado excelencia

En el acogedor espacio antes descrito, hace 50 años terminaron los estudios conducentes al título de abogados, Carmen Elisa Solarte Zúñiga y Antonio Bolívar. Fueron primero condiscípulos y luego esposos. Ahora, en 2024, siguen juntos. Ella, que se jubilaría como fiscal delegada ante el Tribunal de Popayán, fue también profesora en la Facultad de la que egresó y tratadista en Derecho Penal; él, que se jubiló como magistrado del Tribunal Militar, es también un destacado poeta con varias obras publicadas.

Lo que distinguió la terminación de los estudios de ambos, a mediados de la década de 1970, es que ella obtuvo la medalla “Camilo Torres”, que se concede al estudiante de mejor promedio de cada promoción, y a la tesis de grado que él presentó para graduarse, le dieron mención de honor.

La Universidad de Popayán fue la única y grande oportunidad para ambos: en el caso de Antonio, que venía de la zona rural de Cartago, norte del Valle (su familia había sido desplazada por la violencia y hacían un gran esfuerzo para sostenerlo en la capital del Cauca), y en el caso de Carmen Elisa, perteneciente a una familia de Popayán donde todos sabían que el estudio era la única alternativa para salir adelante, con una profesión y un proyecto de vida plena, a la sombra del Dr. Miguel Ángel Zúñiga, su meritorísimo tío, que llegó a ser gobernador del Cauca y rector de la Universidad (en la que hizo inolvidables clases), además de tratadista de Derecho y magistrado, en Bogotá, en las altas Cortes.

Y todo eso por exclusivos méritos propios, talento, esfuerzo y perseverancia, después de haber partido de un hogar muy humilde en El Tambo, occidente del Cauca.

En el caso de Carmen Elisa conviene recordar que pese a haber egresado de la Facultad con excelencia, pese a haber obtenido calificaciones con mención de honor y ser esto notorio, lo único que tuvo para ofrecerle el sistema judicial fue un juzgado promiscuo en uno de los lugares más remotos del Cauca. Ahora se puede llegar allí por carretera –no necesariamente rápido –pero entonces había que hacer hasta un tramo a caballo...

Esto contrasta con el hecho de que no mucho tiempo atrás nombraron, directamente magistrado a una persona de la

anterior generación, uno de aquellos que siempre aprueban académicamente con lo que los estudiantes llaman, de manera gráfica, “tres raspado”, y también aprueban con base en el pago de exámenes supletorios porque jamás se presentan con oportunidad a las pruebas.

Pero cuentan, eso sí, con altos contactos –de hecho, en este caso los contactos, ventajas y favores se derivaban de tener parentesco con el propio presidente de la República.

Pues bien, el mismo Tribunal que a la Dra. Solarte sólo le ofreció destierro, nombró al individuo del que estamos hablando, magistrado. El sujeto tuvo el buen cuidado de no aceptar: se le hubiera notado el desconocimiento y la impericia en los primeros fallos (barrabasadas) que propusiera a sus colegas.

Nuestra heroína no llegó a ser magistrada de la Corte Suprema de Justicia –hubiera sido lo más natural, en su caso-. Otras personas de la misma Facultad sí llegaron allá y Dios se los bendiga. Eso sí, con menor brillo académico y profesional, pero con abundantes contactos a su disposición.

Carmen Elisa y Antonio fueron luminarias y bienhechores en todo lo que hicieron (ahora están en la fase de disfrute de su merecido retiro, descanso). Han podido hacer aún más, puestos en una dimensión más amplia.

En cualquier caso, su historia como pareja que no arrancó con privilegios ni los pretendió jamás, demuestra los alcances que la educación y la cultura tienen, en términos de

igualdad y libertad, en favor no sólo de los individuos, sino de las comunidades a las que éstos impactan.

Universidad del Cauca: “Que la luz se siga proyectando a la posteridad, más allá de la muerte”.



**Eduardo Gómez Cerón** (Popayán), egresado del programa de Derecho de la Universidad del Cauca, de la cual fue profesor y director del Doctorado en Ciencias de la Educación, además secretario general de la Universidad.

# Ella siempre llega



Despertó pensando que aún estaba vivo y se tranquilizó porque, pesadillas o no, sus sueños habían sido una amalgama de experiencias difusas en las que se entremezclaban el dolor con el placer, la soledad con el anonimato entre la multitud, pero también con la conciencia de que amigos y enemigos contribuían a su identificación como sujeto llamado a trascender, con aplausos o sin ellos. Él tenía los suyos.

Volvía a nacer. Estaba destinado, como cualquier ser humano, desde el nacimiento hasta la muerte, a ser alguien distinto de los otros, con su propia singularidad, que lo acompañaría siempre: vivo o difunto, así la memoria de su paso por la tierra estuviere llamada a quedar, después de su muerte, solo en el recuerdo de quienes lo conocieron. O en los genes de su prole, llamada a perpetuar la cadena de la vida, no la de los otros, la suya, haya dejado o no para la posteridad, obras de renombre o hechos que pudieron haber despertado la admiración o la condena, bien por la materialidad de su éxito o por lo censurable de su conducta, si hubiere transgredido las más elementales normas de la convivencia. Pero su identidad sobresalía por sobre todo ello,

y le permitía saber que en la economía de lo sobrenatural, era un individuo perfectamente reconocible, con capacidad de sufrir o ser feliz. Aunque todavía no tuviera la certeza del significado de este último concepto.

Con sus ojos bien abiertos y los pies sobre la tierra, era consciente de que su trasegar por el mundo de los vivos no había llegado todavía a su fin. Todo había sido un sueño, estaba vivo, pero para nada seguro de que cuando llegara su final, pudiere “despertar” en un mundo diferente o en aquel indescifrable y confuso de sus sueños, y menos si la muerte le llegare a sobrevenir cuando no hubiera podido despertar al mundo de los vivos.

De promesas de inmortalidad y vida eterna había escuchado bastante a lo largo de su vida, aunque no pudiera saber cómo iba a ser esa vida futura, aunque podía imaginarla, eso sí, con el riesgo de llegar a equivocarse, porque no todos pueden dar por cierto aquello que nadie conoce.

Podía soñar despierto, pero como todos los sueños, estos también pueden disiparse; aun cuando de los unos y los otros quede en nuestra memoria el registro de lo que pudo ser y no fue, al tiempo con todo aquello que en realidad fue. Un todo indivisible que caracteriza al hombre o a la mujer, con sus propias experiencias, todas únicas e irrepetibles pero buenas o malas aunque inseparables de su “yo”, de aquel que me permite pensar y decir con Descartes: “pienso, luego

existó”, así no se esté ya en este mundo sino en aquel al que yo nunca pensé llegar pero llegué, porque al salir de la casa, mi vida fue segada por un vehículo que me atropelló por haber estado distraído con estos pensamientos, como le ocurriera a Gaudí cuya obra apunta hoy al cielo, aunque se halle inacabada, por habersele arrebatado su vida por un tranvía que no vio, embelesado como estaba en sus propias fantasías, convertidas en “luz para la posteridad”.



**Carlos Felipe Castrillón Muñoz.** Abogado egresado de la Universidad del Cauca (1973) y doctor en Derecho Canónico de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (1984), con cursos de actualización en las Pontificias Universidades Urbaniana y Gregoriana de Roma. Con amplia experiencia administrativa municipal, departamental y nacional. Profesor universitario, diplomático y notario. Columnista de algunos diarios, autor de varias obras de derecho, de algunos ensayos históricos y de dos novelas. Miembro de varias academias.

# Funerales en abril



*“Silencio es hablar calladamente con su propio dolor y sujetarlo hasta que se convierta en plegaria o en canto”.*

*A. Masferrer*

Para llegar a San Ezequiel había que viajar de noche con buena luna, no hay caballo ni mula que aguante parado al sol en el camino de rastrojo sin sombra. Allá estaba la casa blanca con rojo de don Alfredo Botina, ahí en la esquina entre la tienda de don Franco Armero y la cafetería de misia Lourdes Lasso, ahí estaba la casa blanca con rojo de don Alfredo Botina.

Un hombre muy querido por todos, alto y robusto, de apetito desmedido capaz de comerse un plato tras otro de patacones con ají. Quedó viudo joven cuando un mal desconocido se llevó a la finada Rosa, en paz descanse. De eso hace ya treinta y un años la semana pasada. Es complicado que la gente se muera en abril, como don Alfredo en paz descanse.

Dios sabrá porque, cuando Jesús oraba en el Getsemaní esperando en silencio la traición de Judas fue un viernes de abril. Por eso en San Ezequiel se hace silencio en abril; nadie habla, no se lee en voz alta y menos se grita. Se va a la tienda

de don Franco con la lista escrita y la plata justa para no hacer sonar monedas del regreso. A doña Lourdes se le señala con los dedos cuantas empanadas van en el plato. La misa no se anuncia con campanas y el sermón de viernes santo se lo saben de memoria. Todos al igual que Jesús oran en silencio para los demás menos para Dios, el cual estaba escuchando los gritos desgarradores de su hijo pidiendo apartar el cáliz de su destino, intentando comprender por qué debía morir en contra de su voluntad. Así mismo hoy escucha los ruidosos lamentos y pecados de todos en San Ezequiel.

Pero de nada sirve, Jesús igual murió en melancolía, las personas seguirán con sus penas y nadie lo sabrá, sólo Dios. Es así como el policía no puede aprehender al asesino que confesó, el hijo seguirá sin el padre que lo aceptó, la joven no caminará de la mano con la amiga que ama. Hay algunos que cuando callan no confían sus secretos a Dios, pero tampoco a los hombres, y necesitando hablar en medio del silencio convierten la idea de colgarse con un lazo en el viejo roble de la colina en una poesía taciturna en el pasquín de los jueves, o sus fantasías eróticas en una venus esculpida en madera en el vestíbulo de la escuela.

Qué sentido tiene, es como si Prometeo hubiera robado el fuego del Olimpo y al ponerlo en la tierra le hubiese echado tierra encima para apagarlo. Dios se llevó a su siervo, pero no le dijo a nadie, murió don Alfredo, pero murió solo y en

silencio, alumbrado por una veladora blanca ya a punto de consumirse sobre un plato de porcelana fina, nadie lo supo hasta que el olor de su putrefacción hizo más ruido que su ausencia, pobre del inspector Pineda, que ahogó con aguardiente su exclamación de horror al levantar el cuerpo.

Nadie pudo expresar sus condolencias, el notario no pudo leer su testamento y lo que tuviera ahora no le pertenece a nadie. No dejó herederos, más, se rumoreaba a veces de un hijo natural pero solo Dios sabe quién es. La bendición del cura con un ademán de la cruz acompañaba el llanto mudo de quienes le tenían estima y secaban sus lágrimas antes de que cayeran al suelo e hicieran eco en la capilla.

El cortejo fúnebre no fue más que una procesión silenciosa de sombras sin pasos, las lápidas tenían inscripciones que decían más sobre sus residentes que los mismos que cargaban el ataúd, Franco Armero amado padre, Lourdes Lasso amada esposa, Raúl Pineda querido compañero y todos aquellos que sucumbieron en aquel terremoto de hace treinta y un años en abril, donde solo sobrevivió don Alfredo Botina.

Cada año va de visita a San Ezequiel en noche de buena luna porque no aguanta el sol en el camino de rastrojo sin sombra, entra a su vieja casa blanca con rojo, la única que permanece en pie y donde murió su esposa de una extraña enfermedad una semana antes de la catástrofe, guarda un voto de silencio cada mes de abril, prende una veladora

blanca sobre el plato de porcelana fina, recordando lo complicado que es que la gente se muera en abril.

*Posteris Lumen Moriturvs Edat*, el que ha de morir que deje su luz a la posteridad, nuestra alma mater adopta esta máxima como estandarte para transmitir conocimiento y sabiduría generación tras generación simbolizada en la llama de Prometeo quien se sacrificó para dar luz a los hombres, así mismo es importante transmitir aquello que trasciende más allá del saber, la Universidad del Cauca es un hogar y así mismo nos forma no solo a través de la academia sino desde la moral, la empatía y el cariño, y este es el legado que también debemos dejar como egresados, compartir nuestras experiencias buenas y malas a los demás, ser la luz de una veladora blanca sobre un plato de porcelana que ilumine con la verdad el panorama de aquellos que llegan a la Universidad del Cauca buscando en convertirse en el orgullo de sus familias sin callar sus problemas ni llevar sus penas en silencio, debemos crear ese ambiente de confianza donde el silencio no nos quite la oportunidad de crecer.





**Cristhian Julián Martínez**, médico y cirujano egresado de la Universidad del Cauca, pastuso de nacimiento, con un profundo gusto por las artes y las letras. Ha incursionado en la literatura desde hace más de ocho años, siendo reconocido con el primer lugar en el concurso de cuento universitario de la feria Popayán ciudad libro 2020 con su cuento “Castillo de Arena” y mención de honor en la edición 2022 por su cuento “Humo en las alturas y en la tierra paz”. Mismos que lo llevaron a impartir talleres de escritura creativa en su alma mater.

Cuenta con 5 cuentos publicados en diversas antologías literarias, y diversos títulos publicados en su blog “que va puro cuento”, participó además en la campaña “ni con el pétalo de una rosa” de la asociación colombiana médica estudiantil (ACOME) con el cuento “La ventana roja”.

# **Huella desconocida**



**A**l terminar clases, salíamos en los buses de la Universidad que partían desde la Facultad de Ingeniería ubicada al norte de la ciudad, en el piedemonte, pasaba por el colegio El Liceo, subía a las residencias estudiantiles y al morir la ruta se parqueaba frente a la Catedral en el parque Caldas y nos regábamos a cenar, de acuerdo con los presupuestos en los restaurantes cercanos. La tertulia con obligado tinto en el Café Alcázar desgranaba las horas en profundos análisis estudiantiles de los cotidianos sucesos en los cuales tenía que ir incluido el burletero comentario acerca del taxista local que afirmábamos que de tanto limpiar y brillar el carro en las horas de baja demanda le borró la pintura exterior.

Las frecuentes lluvias acompañadas de corte de energía le agregaban encanto y costo al regreso a nuestras viviendas pues en el camino se compraban las velas que los comerciantes sabían que ese era un ingreso seguro por lo repetitivo de los apagones y eran necesarias para llegar y encontrar cada uno de los doce estudiantes su pieza que semejaban una procesión de los apóstoles camino al abrigo y el reposo. El edificio donde vivíamos era de dos pisos y en

intento de volverlo monumento, su arquitecto le agregó una torre incomprendible que custodiaba una estación de combustible que protegía el piso en madera donde se habían, improvisadamente, habilitado las habitaciones.

Las habitaciones eran bautizadas por los estudiantes con nombres grandilocuentes. La de Julián tenía un perímetro pentagonal y fue conocida como el Pentágono.

De los doce se desgranaban cuatro que no buscaba el amparo de los aleros y por la premura sometían sus botas pastusas al rigor del tránsito por las sendas inundadas de agua de esa Popayán, a la que le habíamos puesto el mote de "cielo roto". Para alargarles la vida a las pastusas y evitar que hicieran evidente su largo uso, Fredy había teñido las suyas de color rojo oscuro y en el piso estaban marcas de huellas de zapato color rojo sangre, lo que desató una serie de comidillas en la ciudad propensa a la imaginación.

Al seguir las huellas, al día siguiente, encontramos que las mismas tenían la trayectoria que habíamos usado y que al llegar al edificio, donde vivíamos, éstas entraban, descubriendo así que llegaban a la alcoba del dueño de las botas.

Este hallazgo provocó risas entre los amigos que frecuentábamos el café Alcázar después de cenar, antes de que guardara silencio sobre lo que verdaderamente había ocurrido con las pisadas marcadas de las botas desteñidas que iban dejando tinta y marcando su recorrido. Todos los

que no conocían lo que había ocurrido tejieron historias; macabras unas, galantes otras.

La huella dejada por nuestra vida tiene múltiples interpretaciones dependiendo de quien la observe.



**Julián Silva Tobar**, Ingeniero Civil de la Universidad del Cauca con 49 años de experiencia en modos de transporte terrestre, se especializa en el sector ferroviario. Ha liderado proyectos de infraestructura y operaciones ferroviarias y trabajado como consultor, docente universitario, y perito técnico en conflictos estatales. Además, ha publicado artículos y participado en medios de comunicación sobre temas ferroviarios en Colombia.

# Momentos de trascendencia



Bajo el convencimiento que, en estas vacaciones, incluido el mes de diciembre, volverían a tener a sus nietos en la ciudad procera, ellos viven en la Ciudad de la Eterna Primavera, los dos septuagenarios abuelitos estaban sentados en una banca rústica, construida con un tablón de madera, sacado de los árboles de la parcela, soportado en dos bloques de cemento, ubicada en el corredor frontal de su casa de campo en el nororiente de Popayán.

Era una tarde fría, bien arropados, ella con una ruana de color beige que le trajo el esposo hace años de México cuando hizo su maestría, y él con una chaqueta azul gruesa, regalo de ella cuando él viajó a un congreso sobre cooperativismo en Canadá, a pesar de negarse a acompañarlo por ser época muy fría en ese país del norte.

Los abuelos conversan animadamente sobre los planes con sus adorables nietos, no sabían cuando llegarían, de lo que sí estaban seguros era que pasarían vacaciones con ellos. De manera sorpresiva ella se pone de pie y exclama: ¡ojalá no se haya secado el agua para hacer el café! y entra a la casa rápidamente. Detrás, el abuelo, quien al ver a su esposa

frente a la estufa apagando la boquilla donde estaba la pequeña olla con el agua, infirió que habría café. Su señora no reaccionó, culpándose por el olvido, comenzó a prepararlo en un colador de tela, en pocos segundos un delicioso aroma inundó toda la casa. Menos mal, huele bien, manifiesta su esposo, se frota las manos y agrega: me voy sentando en el comedor, mujer, sin esperar un segundo, ella, con voz de mando le dice: qué cómodo el señor, ven, ayuda a poner la mesa y a pasar el café mientras caliento un poco el pan y parto el queso. Aunque refunfuñando, él, bien mandado, como siempre, dispone la mesa en forma adecuada.

Saboreando el cafecito caliente y degustando el rico pan casero con una porción de queso campesino, conocido en estas tierras como ‘entredía’ o ‘medias tardes’, la satisfacción se dibujaba en sus rostros, saboreando el café que se produce en la parcela que, construida por los dos con mucho esfuerzo por más de 25 años, hoy, pensionados como educadores, disfrutan, ella con el cultivo de plantas medicinales y jardines repletos de hermosas y múltiples variedades de flores en distintos puntos, unos dedicados a la parte social y árboles frutales, así como las que hay en un sendero de exóticas flores de heliconias, dispuesto a lo largo de la pequeña quebrada de agua que sirve de lindero con la parcela vecina, es feliz mostrándole a los familiares y amigos

que los visitan, por lo regular estos últimos salen con una matica o un ‘piecito’ que ella con afecto les regala.

Mientras tanto, él, quien después de pensionarse, se volvió un pequeño y entusiasta caficultor, no se cambia por nadie cuando se trata de mostrar sus árboles de café que definen la pequeña área productiva de la parcela, aunque no pasan de los 5.500, complementa la información con las áreas donde se beneficia y se seca el grano, ante amigos, familiares, compañeros de trabajo, la mayor parte pensionados, y pequeños caficultores de la región, compartiéndoles, a la vez, el proyecto que tiene para sacar cafés de alta calidad y convertir la parcela en un lugar de experiencias en café, para que los visitantes extranjeros y nacionales puedan disfrutar de actividades guiadas de inmersión en el café y en la caficultura caucanas.

Terminado el ritual del ‘entredía’ salen de nuevo y se sientan en la misma banca, observando en silencio el majestuoso árbol de 15 metros de altura que crece exactamente al frente de ellos, a unos 40 metros de distancia, es el pino nacional, según ella, el cual ha cuidado y defendido con esmero desde cuando era un arbolito, de eso ya han pasado 35 años, cuando compraron el lote totalmente lleno de maleza, helechos y diferentes variedades de árboles, sus dueños anteriores se habían trasladado a la capital del país dejando el predio abandonado.

Abruptamente su actitud de contemplación fue interrumpida al oír un estridente pito de un carro que se aproximaba a la reja de entrada a la parcela; el leal perro guardián fue el primero en salir corriendo a ver quién era, anunciando la llegada con fuertes ladridos, en seguida subió el mayordomo con la llave para abrir el candado, los abuelos se pararon, fue muy grande la emoción que experimentaron al constatar que era el carro de una de sus dos hijas, la que vivía en Cali, pero la sorpresa mayor fue cuando Juan Pablo y su mamá, la otra hija que vive en Medellín, se bajaron del carro y el nieto feliz fue a abrazarlos, gritando: ¡Sorpresa abuelitos... sorpresa!. La abuela con lágrimas de felicidad solo atinaba a decir: Creí que no iban a venir, porque no me avisaron, dirigiéndose a la mamá, quien miró a su hermana y las dos soltaron una carcajada y en coro dijeron: Si te hubiéramos dicho se perdería la sorpresa, a lo que ella les respondió: ustedes saben que a mí no me gustan las sorpresas, y ¿dónde está el hermanito y el papi? Pregunta la abuela al nieto, ellos llegan mañana contestó, sí, complementa la mamá, el papá tiene una audiencia hoy en Medellín y no puede faltar, a mí me dio miedo venir con los dos.

Mientras hablan las hijas y la abuela, el nieto se lanza a los brazos del abuelo, quien lo carga por unos minutos, lo baja y le dice acariciándole su cabecita: estás creciendo muy rápido, el próximo año ya no podré cargarte, eres todo un

hombre, el niño lo mira con especial afecto y se abraza a la pierna del abuelo, ante la amorosa mirada de las hijas y su señora, quien expresa dirigiéndose a ellas: muy hermoso ese cuadro abuelo –nieto, tómales una foto y luego me la envías a mi Whatsapp, solicita a una de las hijas.

Bueno, bueno, pasen a la casa a tomar café, dice la abuela con cierta voz de mando, nosotros ya tomamos porque creíamos que no venían; el abuelo y el nieto se dirigen al carro a sacar las maletas, pues esa noche se quedarán en la parcela, era el deseo del nieto. Lo primero que hizo el nieto fue sacar su balón de fútbol que lo acompaña a todas partes, dejaron rápidamente las maletas en los cuartos dispuestos para ellos y de inmediato le dice al abuelo: vamos a hacer tiros al arco, claro mijo vamos, saliendo de la casa le dice a su señora: mija, nos llamás cuando esté listo el café, vamos a las canchas, se dirigen a la parte posterior de la casa, allí están los arcos que mandó a hacer el abuelo para motivarlos a estar en la parcela.

Pasados unos 30 minutos, todos ya en casa, en la pequeña y acogedora sala, en torno a un café y unas ricas empanadas de pipián, las tenía la abuela guardadas en la nevera para esta ocasión, se inicia una conversación amena en la que los abuelos preguntan de todo y las hijas y el nieto tratan de satisfacer; los abuelos escuchan muy atentos sobre cómo le estaba yendo al nieto en el estudio y en el fútbol, la mamá dice: en estas actividades le está yendo muy bien, claro que le

va mejor en el fútbol, ¿verdad mijo?, si mami respondió él niño y remató diciendo: el colegio es muy aburrido, mientras que en la escuela de fútbol los profesores y compañeros la pasamos muy bien; el abuelo interrumpe y dice, dirigiéndose al nieto: es muy bueno que estés en la escuela de fútbol, te va a servir mucho, yo cuando era joven también jugué fútbol, además lo haces muy bien. Tu papi cada que tienes un partido nos envía videos, siempre los vemos, tu abuelita y yo, y se los copiamos a las dos familias acá en Popayán, todos te admirán y siempre te mandan a felicitar, hay que seguir con ese entusiasmo, pero también estudiar mi querido nieto, tú eres muy inteligente.

Sí, manifiesta la abuela y acota: tienes que ser un profesional exitoso como tu mami y tu papi, como yo, como tu abuelito, tú sabes que tu abuelito ha tenido cargos muy importantes y le ha servido mucho a la gente. El nieto, sentado al lado del abuelo, le dice a la abuela: yo voy a ser una persona importante como mi abuelo... Así se habla mijo, le dice la mamá, lo abraza y llena de besos, exclamando: este es mi hijo, todos, de manera espontánea, aplauden.

Lo que dice el niño es muy cierto, manifiesta la mamá, sus profesores dicen que les habla mucho del abuelo, muy orgulloso de él, a propósito, cuéntales cómo te fue en la exposición que hiciste en el colegio sobre las pasadas vacaciones. ¡Mamá qué oso!, mejor cuéntales tú mami y se aferra a ella, como buscando protección, ella lo abraza y con

ternura le dice: porqué te va a dar pena, es para nosotros no más, si pudiste hacerlo ante todos tus compañeros y el director de curso, ¿porque te va a dar pena?; la tía interviene: ánimo sobrino hermoso... cuéntanos, ya me habías dicho por teléfono algo al respecto y me hiciste muy feliz; ahora, más intrigada, la abuelita le dice: a ver mi nieto lindo, queremos oírte.

Aferrado tímidamente a su mami, el niño, mira a su tía, a su abuelita, a su mami, esperando recibir más energía para decidirse a hablar, finalmente todas las miradas se encuentran por unos segundos, principalmente la del nieto y el abuelo, quien le ‘hace ojitos’ y una tierna sonrisa, para darle fuerza, el niño rompe el silencio: Bueno, cuando llegamos al colegio, después de las vacaciones, el profesor nos pidió a todos los estudiantes que en la próxima clase de sociales cada uno debería hacer una exposición sobre cómo nos había ido, los amigos saltaban de felicidad, algunos comenzaron a hablar desordenadamente entre ellos de las partes donde habían ido y las cosas que conocieron, cuando sonó el timbre cogieron sus maletines y en medio de gran algarabía salieron corriendo para el parqueadero donde sus padres esperaban para el regreso a casa, la jornada había concluido.

Al final de la tarde, ya en casa, luego de su imperdible entrenamiento de fútbol, el niño se bañó y se encerró en su cuarto, su padre, al llegar, abrió la puerta y le indaga por qué

no había bajado a comer, eran ya las 7:30 p.m., ¿te pasa algo hijo mío?, él respondió: no papi, es que el profesor nos pidió que le hiciéramos una exposición sobre las vacaciones y no sé qué decir... , cómo que no, hijo, le manifestó el papá, tú hiciste muchas cosas con tu abuelo, ya nos contaste que fueron a la universidad donde él trabajó muchos años, visitaron varios museos e iglesias, además, viajaron a Silvia a conocer una comunidad indígena e incluso pescaron, recuerdo que ese día estábamos muy contentos y llenos de alegría, tu mami y yo, con tus historias de las vacaciones, va a ser muy fácil hacer la tarea, mi muchacho hermoso, vamos a cenar y prometo ayudarte mañana a hacer la exposición, ¿de acuerdo? Listo papi, bajaron al comedor.

El día ‘cero’ llegó, tocaba hacer la exposición, el niño salió, junto con su hermanito, bastante preocupado para el colegio en el transporte que los lleva todos los días, escasamente tomó chocolate con galletas, en lo que ellos le llaman “migote” de desayuno, su mami le dio la bendición y su papá le dijo: te va a ir muy bien campeón, suerte.

Con su maletín a la espalda tomó el trasporte, sabía que una buena parte de sus amigos habían estado en el extranjero con sus papás y contaban maravillas de todas las cosas que habían conocido, lo que se habían divertido en centros y parques de recreación, pero bueno, también sabía que la suerte estaba echada y que tenía que hacer la exposición. Mientras llegaba al colegio recordaba las

palabras del abuelo durante ese recorrido como de tres días: es importante en la vida querido nieto conocer la historia, a tus ocho añitos, ya casi nueve, es bueno que admires las riquezas arquitectónicas y naturales que tenemos, lugares y monumentos que muchos extranjeros vienen a conocer y lo más importante: toda la historia que hay en cada lugar que vamos a visitar, sé que todo te va a gustar, comentarios que el nieto solo los escuchaba, no le decía nada pero iba muy intrigado y contento.

El apellido del nieto inicia con una de las últimas letras del alfabeto, razón para intervenir de último, ya habían pasado todos los compañeros, cada uno, bien posicionado en su rol de expositor, presentaron fotos en el video beam que había dispuesto el profesor para las presentaciones, de los sitios que habían conocido y los momentos vividos con sus familiares; recibieron el aplauso de sus demás compañeros y la felicitación del profesor, recrearon lugares de Estados Unidos, Walt Disney en Orlando, de Francia, el paseo por el majestuoso Río Sena en barco y la Torre Eiffel de París, la Plaza de San Pedro en el Vaticano y el Circo Romano en Italia, el paseo en góndolas en Venecia, la comida de tapas en la apoteósica Plaza Mayor de Madrid, los paisajes y construcciones medievales en el camino a Toledo y su gran comercio, el Estadio Santiago Bernabéu, la Puerta del Sol en España... Yo estaba muy nervioso después de ver las exposiciones de mis compañeros, pero recordé lo que mi

papá me dijo: tú estuviste muy contento y disfrutaste mucho con tu abuelo en una de las ciudades más bonitas de Colombia: Popayán, entonces me tranquilicé.

Abuelita, cuando el profesor me llamó, le pasé la ‘memoria’ para que me ayudara a proyectar las fotos que me envió el abuelo sobre las vacaciones, expliqué cada una, miren: aquí, estoy subiendo las gradas a la oficina donde mi abuelo trabajó doce años, en esa placa que ven, en el descanso de la grada, están los nombres de diecisiete presidentes de Colombia que estudiaron en esa universidad, en esta foto estoy sentado en el escritorio que usó mi abuelo, en su oficina, rodeada de una gran biblioteca y pinturas, la que ven arriba es la imagen de una virgen antigua, a su derecha un cuadro de Simón Bolívar con Manuelita, al lado izquierdo una pequeña sala de reuniones, con ventanas de colores, unos vitrales muy bonitos, mi abuelo se reunía ahí con mucha gente importante. Miren en esta foto dos grandes patios, uno lleva el nombre de Simón Bolívar, ahí está su estatua, y Francisco de Paula Santander quien también tiene su estatua, según el abuelo ellos fundaron la Universidad del Cauca, donde se graduó mi mamá de médica y mis abuelos de profesores.

Pasa tres o cuatro fotos lentamente para que sus compañeros las puedan apreciar y comenta: este es el Museo Casa Mosquera, el vigilante nos sirvió de guía, nos mostró todas las salas, dedicadas al General Tomás Cipriano de

Mosquera y a toda su familia, que lucharon por la independencia de Colombia de la Corona Española. Estas otras, muestran las hermosas iglesias que hay en la ciudad: San Francisco, La Catedral, Belén, La Ermita, Santo Domingo, la Encarnación.

Estas fotos son de una comunidad indígena llamada Guambia, esta es de la plaza central, esta otra, yo montando a caballo y al fondo el río Piendamó que atraviesa el pueblo, aquí hay un grupo de nativos guambianos con su vestimentas propias, hablan una lengua que no se les entiende, son muy trabajadores, pueden ver en esta foto una estación donde ellos crían peces, uno los puede pescar con unas delgadas varas de bambú, con un nylon y unos anzuelos en la punta, yo pesqué varios, esta foto muestra uno que pesqué y en el balde que está al lado hay más que pescó el abuelo, él los pagó e hizo preparar para llevarlos a la abuela para comerlos al otro día, al pasar a la siguiente foto, casi todos los compañeros al mismo tiempo soltaron la risa, se veían, él y el abuelo, vestidos de guambianos, y sonriendo les dijo: los guambianos son muy amables, a los visitantes les prestan sus vestimentas para que se hagan tomar fotos para llevarlas de recuerdo, fue muy bonito haber estado en medio de ellos, no sabía de su existencia.

En estos tres días aprendí muchas cosas de historia del país, una de ellas, la más importante, pasa la última foto, es del Salón de Fundadores de la Universidad, dije a mis

compañeros: como pueden ver, en el contorno del salón, en la parte superior, están las fotos de todos los rectores que ha tenido, uno de ellos es mi abuelo, lo señala, y con orgullo les dice: este es, y remata manifestando: Yo quiero ser como él y todos los demás rectores que por su labor han trascendido en el tiempo... Espero que les haya gustado, muchas gracias.

Espontáneamente todos sus compañeros se fueron poniendo de pie y no dejaban de aplaudir, él se sentía muy orgulloso y satisfecho al sentir que a sus amigos y al profesor, les había gustado mucho sus experiencias junto al abuelo en las pasadas vacaciones.

El profesor, antes de culminar la clase dijo a todos los estudiantes que él se sentía muy contento con el trabajo de todos y que tendrían muy buena calificación, todos festejaron y no dejaban de saltar de felicidad. Al sonar el timbre, fueron saliendo uno a uno para el parqueadero en donde sus padres los recogerían para llevarlos a casa.

Dirigiéndose al abuelo le dice: cuando yo estaba saliendo, el profesor me tomó del brazo y dijo: te fajaste con la exposición que hiciste, no sabía que tu abuelito había sido rector de la Universidad del Cauca, allá se graduó mi papá de ingeniero civil hace más de cincuenta años y siempre nos decía, hay que dejar huella en la vida cuando uno muera, eso lo aprendí en mi alma mater, eso son momentos de trascendencia y tu con esas vacaciones quedaste marcado,

vas a trascender, me extendió la mano y me dijo: Juan Pablo te felicito.

Bueno hasta ahí abuelitos... y corrió a abrazar al abuelo, quien lo tomó en sus brazos, se alcanzaron a percibir unas lágrimas bajando por el rostro del abuelo, muestra de profunda emoción y amor por su hermoso nieto. Simultáneamente la mamá, la tía y la abuela se lanzaron a abrazarlo, todos se fundieron en un nudo humano donde el personaje central era el nieto, en él todos veían su proyección en el tiempo.



### **Danilo Reinaldo Vivas Ramos** (Popayán, 1953)

A mis 71 años, la vida me ha permitido: nacer en una de las ciudades más emblemáticas de la historia republicana del país: Popayán, y venir de un hogar formado por siete hermanos, con unos padres fuertemente asidos a los valores éticos y principios morales, que me han posibilitado andar, con la frente en alto, en el trasegar de mi existencia y proyectarme, junto con mi esposa, a través de dos adorables hijas y tres nietos.

Realicé mis estudios superiores en Educación Matemática en la Universidad del Cauca, de la cual fui profesor por más de tres décadas, durante este tiempo adelanté mis estudios de maestría en Educación Matemática en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde obtuve la Medalla Gabino Barreda al mérito académico, serví a la alma mater caucana como Decano de la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación, Miembro del Consejo Superior Universitario, Vicerrector Académico y Rector, durante el periodo 2000 - 2012. También en este periodo fui parte de la Comisión para la Elaboración del Primer Plan Decenal de Educación del país, según mandato de la

Constitución Política de 1991, liderado por el Ministerio de Educación Nacional, fui Secretario de Educación del Departamento del Cauca, Dirigente Zonal, Regional y Nacional de la Cooperativa del Valle y de los Profesionales de Colombia - Coomeva, Director y Gerente del periódico El Nuevo Liberal de Popayán, Columnista de opinión y actualmente miembro del Comité Directivo de la Federación Nacional de Cafeteros y del Comité Nacional del Fondo Nacional del Café.

# **Las mariposas del Sabio Caldas**



**L**a madrugada en que murió José Celestino Mutis las velas de su habitación proyectaron una enorme mariposa sobre su lecho de muerte. Aunque la presencia del insecto hizo erizar a sus discípulos acompañantes, ni el más pesimista de ellos imaginó que pronto serían fusilados y el proyecto de la Expedición Botánica, truncado y expoliado.

La servidumbre de La Casa Botánica, donde falleció Mutis, quiso huir por miedo a los presagios que la mariposa les avisaba, pero Jorge Tadeo Lozano acudió a su autoridad de vizconde para que al menos atendieran los funerales antes de marcharse.

A la hora del entierro, Francisco José de Caldas liberó a la mariposa negra que había guardado en un cofre de madera y todos los presentes fueron salpicados con un escalofrío incómodo. El inocente ritual simbólico del vuelo de un hombre hacia la otra vida fue visto como una afrenta ante las tradiciones católicas y, por eso, Caldas fue obligado a presentarse esa misma tarde ante José Ramón de Leiva, juez y secretario del Virreinato.

El alto funcionario dio a conocer la indignación del virrey al presenciar que el Sabio había soltado una *Ascalapha odorata* en las honras fúnebres del científico Mutis:

—¡Mariposa que personifica a las brujas! —dijo—. Tanto que su nombre científico proviene del demonio *Ascalaphus*, el horticultor de Hades, el rey del inframundo en la mitología griega.

El acusado se defendió explicando que compartió con Mutis el interés por la entomología, al punto que algunas noches habían salido juntos al jardín a observar insectos, polillas y cocuyos. Y hasta manifestó que Mutis contribuyó con algunos ejemplares a una colección privada de mariposas, cucarrones y libélulas que atesoraba desde cuando vivía en Popayán, antes de alistarse en la Expedición Botánica.

—¡Las mariposas no sirven para nada! ¡Las negras, las *Ascalaphus*, son bestias del diablo y tocarlas trae mala suerte! —exclamó el magistrado.

—Las mariposas —le debatió Caldas— son indicadoras de la buena salud de los campos y polinizan las flores; pero, sobre todo, ayudan a reconocer los cambios en el clima. Y en cuanto a las creencias populares, sepa usted que soy un hombre de ciencia y no creo en supersticiones.

Aun así, Leiva fue implacable: como funcionario, el Sabio debía obedecer, enfocarse en la astronomía y deshacerse de

sus tétricas mariposas si quería continuar vinculado a la Expedición Botánica.

Caldas hizo llamar entonces a un pariente de apellido Pombo para obsequiarle su colección de mariposas, quien de tajo, se negó a recibirlas y hasta preguntó si era una broma. Ante la negativa, el prócer le explicó la importancia de las mismas y, de tanto rogarle, logró la promesa de guardarlas. Al poco tiempo, el pariente murió y las mariposas pasaron al inventario de su herencia hasta llegar a manos de Rafael Pombo, el exitoso autor de *El renacuajo paseador*, *Simón el bobito* y *El niño y la mariposa*. Cuando el escritor murió, también las dejó en herencia.

De esta manera, el insectario, guardado en dos cajas de madera, con vidrio y encapuchados de la época, pasó de generación en generación durante doscientos años, como un legado de los Tenorio, la familia materna de Caldas. Ellos nunca supieron de su valor, hasta que las cajas llegaron a manos de Jorge Reynolds Pombo, descendiente tanto del poeta como del Sabio.

En 2016, Reynolds se acordó de las mariposas debido a la parafernalia académica para conmemorar los doscientos años del fusilamiento de Caldas, por orden del general Pablo Morillo. El militar, en su afán por reconquistar el Nuevo Mundo para España, ordenó el exterminio de la élite intelectual de la Independencia, incluyendo a todos los

discípulos de Mutis que lo acompañaron en la fatídica noche de su muerte, cuando la mariposa *Ascalaphus* se presentó.

Reynolds localizó a Gonzalo Andrade, especialista en lepidopterología de la Universidad Nacional, y, entre los dos, limpiaron con delicadeza los insectos. Las mariposas estaban intactas a pesar del polvo acumulado durante dos siglos. Meses más tarde, ambos presentaron sus hallazgos en las universidades de Manizales, Medellín, Popayán y Bogotá, ante los epígonos de Caldas.

El profesor Andrade fue el encargado de evocar las sorprendentes contribuciones de Francisco José a la ecología, con sus estudios sobre los factores climáticos, la orografía, la topografía, la vegetación y la fauna.

Por su parte, Jorge Reynolds presentó la colección:

—Son 106 insectos: 49 mariposas, diez polillas, 26 escarabajos, nueve moscas y una libélula de la orden Odonata.

El doctor Reynolds tiene fama mundial por diseñar y patentar un marcapasos para permitir el latido de corazones colapsados, pero pareciera que la mala suerte lo acompaña desde que manipula las mariposas de Caldas. Es más, hasta el momento no ha podido patentar la creación de su nanomarcapasos, y un artículo de Wikipedia menosprecia sus títulos y logros, impidiéndole ser llamado sabio al igual que Caldas y Mutis.

—Como si mi destino fuera protagonizar una fábula de mi pariente Rafael Pombo. —dice Reynolds—, mi aporte a la humanidad tiene que ver con el corazón, un órgano que, si deja de latir, como las alas de una mariposa, se apaga la vida. Y el mensaje de las mariposas de Caldas es que el día que ellas dejen de aletear sobre las flores de nuestro paraíso es porque la Tierra está cerrando su existencia.

En la Universidad del Cauca un hombre pidió la palabra:

—La sabiduría popular dice: “No temas a truenos ni a ratones, ni brujas ni supersticiones”, pero de que hay mariposas negras que al verlas causan repelús, las hay...

Y todos soltaron a reírse, menos Reynolds, quien acababa de perder su nominación al Premio Nobel de Medicina y sintió latir su corazón de manera muy extraña (como anunciando un infarto).



**Marco Antonio Valencia Calle** (Popayán, Colombia) Licenciado en Literatura y Lengua Española y Especialista en Pedagogía de la Lectura y la Escritura de la Universidad del Cauca; Especialista y Magíster en Filología Hispánica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid España.

Autor de los libros: Los versos de la iguana (poesía, 1999), Oscuro por claritas (novela 2002), Bestiario familiar (poesía 2004), Invisibles (cuentos, 2005), El Profesor Espantapájaros (cuento, 2008), El jardín del rinoceronte (cuentos, 2010), La noche del trapecista (columnas, 2011), Leyendas

extraordinarias de Popayán (leyendas 2014), Cuentos para Sofía (cuento, 2017), La fiesta de ayer (novela 2018), La cicatriz en el espejo (novela, 2018), Extrañas mutaciones (poesía 2019), Raro, muy raro (cuento, 2021), Cascajal: Leyendas asombrosas del valle de Patía (leyendas 2021).

Autor de varias obras de teatro inéditas (representadas por grupos universitarios y grupos anexos a casas de la cultura en Colombia).

# Paniquitá es su cuna



Camino de la acogedora población de Totoró, existe una aldea asentada en ondulada planicie donde la policromía del paisaje exalta el espíritu bucólico en toda su intensidad.

Paniquitá es su nombre. Sonoro y amigable como el pan casero en la boca de indígenas y blancos. En los albores del siglo XX era un caserío donde los trigales tornasolados caminaban hasta el borde de los aljibes, los venados se atrevían a bajar del páramo para lamer con el ganado la sal colocada en canoas de chilco o en morteros de piedra. Las torcazas collarejas, cansadas de picotear las duras pepas de laurel y totocal, se confundían con las gallinas en el solar... y el viento, siempre el viento, entraba tenue o jacarandoso por las puertas y ventanas, abiertas de par en par.

Los inviernos eran largos y las chozas se ponían sus ruanas de paja por donde sacaba la cabeza el humo del fogón y las hierbas y el poleo que nacían entre el sendero empedrado esparcían su suave olor.

Un día de septiembre de 1905, doña Concepción Bustamante, apreciada y conocida por los vecinos como doña Conce, recibió la sortija de un hermoso niño, que no sólo

cargaría en visita amigable la maestra cajibiana María López, sino que guardaría en delicado arcano las preguntas y respuestas expresadas en el simbolismo de las miradas y el silencio supremo de los labios. El 24 de septiembre del mencionado mes y año, el sacerdote Antonio de la Cruz Villamil le puso el agua al niño, mientras se bautizaba.

Nueve meses después, el 24 de junio de 1906, en la iglesia parroquial de Paniquitá, el mismo párroco Antonio de la Cruz Villamil, le puso solemnemente óleo y crisma con el nombre de José Ignacio. El tiempo se encargaría de desenredar los hilos de la madeja y doña Mariana Valencia, transida de imborrables recuerdos trataría de recuperar lo que una vez tuvo tan cerca y después sentiría tan lejano, como era disfrutar en su propio hogar los triunfos conseguidos en persistente brega por José Ignacio Bustamante.

Por esos avatares del trabajo, solía viajar a Paniquitá y me sorprendía escuchar la vieja leyenda y la añorada infancia del gran poeta y escritor. Allí en una casita blanca como la leche del corral, ahora techada con hojas de zinc, se guarecía bajo el alero una pequeña placa adosada a la pared de bahareque que decía: aquí nació José Ignacio Bustamante.

Una tenue llovizna salpicaba de nostalgia el alma. El viejo sueño de conocer el lugar de su nacimiento se cristalizaba por fin y daba pie para evocar el drama familiar y la inédita novela del niño y del hombre cuya vida fue todo un poema.

Me acerqué a la casa y toqué la puerta de madera... nadie respondió. En los pueblos las casas se quedan solas. Di la vuelta. En la parte de atrás el sol bajaba calladito a colgarse de los alambres de la ropa blanca tendida para orearse. La cabuya descolgaba su espumosa cabellera sobre las cercas. Las azucenas perfilaban sus copas en el humedal, y más allá, la fiesta de la naturaleza. El verde en todo su esplendor. El arco iris en los geranios y las rosas. El achiote de los crepúsculos en las mejillas de las gentes que curiosas comenzaban a mirarme.

Quería conocer la casa donde nació el poeta –comenté a un lugareño. ¡Aaa! Si que escribía bonito, dijo una mujercita amablemente. Mi abuelita contaba también, que era filimisquito. La miré. Es decir, delgadito, aclaró. Andaba siempre bien puestecito. Volví a mirarla. Bien vestido, balbuceó al instante... educado como el mejor y dizque de una familia aristocrática de Popayán. Aquí entre los vecinos se guarda esa tradición. Tradición, pienso entre mí, que se conserva intacta en el imaginario popular y se acrecienta en las tardes cuando después de la jornada la gente se pone a conversar.

El frío llegó con la bandada de torcrazas que se acurrucaron en el arrayán. El día se juntaba con la noche como el pasado y el presente. La imagen del poeta se conservaba nítida bajo el marco de un cielo tenuemente azul. El molino del tiempo decanta las dubitaciones y queda para

la posteridad el laurel del mérito rondando en la memoria. Únicamente permanece lo grande. Los poetas nacen... no mueren. Se tornan intemporales. Su recuerdo es la eternidad.

Sentado en una banca frente al atrio de la iglesia, pensaba en el idílico lugar que forjó el alma del poeta. El entrañable afecto de doña Conce y el arrullo maternal que precede al sueño. El arpa musical de los pájaros al amanecer, la cantinela de la lluvia y el arroyuelo ronroneando entre el pinar. Los veranos, sus vientos, las cometas y las lunas que rielaban en el lago nocturnal. Las primeras letras en la Escuela Rural Mixta con la cartilla “La Alegría de Leer”. La calidez de los niños en los juegos infantiles, la cotidianidad de los momentos placenteros que lo arroparon generosamente. La capacidad de asombro cuando cazando crepúsculos encontraba en las nubes figuras y rostros que nutrieron su alma de un lirismo que plasmaba luego en escritos memorables, delicados poemas e inspirados sonetos.

Transcurrida su niñez en Paniquitá, su adolescencia estudiantil la pasó en Popayán en la Escuela de Institutores del Cauca, donde se hizo Maestro. Luego se graduó de Abogado en la Universidad del Cauca y empezó a vivir un ambiente diferente. Se vinculó a la intelectualidad payanesa y de ese lento caminar entre el estudio, la docencia, las bibliotecas y la tertulia arrancó su estro poético, como bien lo decía Maese Bustamante, debido “a la vida íntima del

Popayán de las serenatas, de la crinolina, de la Virgen de los Dolores, de los troveros y de las ñapangas, cuando un beso valía una copla y se dababan lágrimas, honras y vidas por un soneto”.

El recuerdo de Paniquitá y la imborrable imagen de su madre Concepción lo acompañaron persistentemente en la intimidad de sus confidencias, como el prolífico río de sangre valenciana que llevaba por dentro y que en sus recónditas nostalgias reclamaba también:

“Revives en mí acento, legendario, glorioso;  
la sangre, que es espíritu, canta la sangre misma.  
Desde el alba del tiempo fugaz y proceloso,  
tu musa en los espejos de mi musa se abisma”.

Cae la tarde. La luna de los poetas desciñe su cinturón de oro y en la hoja blanca, como un pajarito, se va acomodando la palabra para tejer un verso.





**Jesús Astaiza Mosquera.** Popayán (1940). Graduado de Abogado en la Universidad del Cauca. Se ha desempeñado como: Instructor, Subdirector y Gerente del SENA, Regional del Cauca. Profesor de Cátedra de la Fundación Universitaria, de la Universidad del Cauca y de la Autónoma en Popayán.

Coordinador de Cultura en la alcaldía de Popayán, miembro de la Asociación Caucana de Escritores y de la Fundación Francisco José de Caldas.

Actualmente es columnista del Diario Nuevo Liberal, ACE PALABRA (órgano de la Asociación Caucana de Escritores) y de otros medios de comunicación, radio y televisión.

En el año de 2022 publicó el libro POPAYÁN DESDE LA ESQUINA.

# La luz de Earendil



*Solo en el arte la luz permanecerá para siempre.*

*Assan-Sol*

D e la profundidad de los tiempos, por aquella época en la que los dioses se robaron el fuego y se lo dieron a los hombres, surgió la idea de perdurar, de eternidad, ya que los acontecimientos y las cosas maravillosas deberían quedar para beneficio de la humanidad. Las guerras entre los pueblos se hicieron cada día más frecuentes y despiadadas, al extremo que no solo destruían las ciudades, los monumentos que aún hoy, no se sabe cómo diablos los construyeron, las murallas y los palacios que por mucho tiempo se conservaron, pero sin que nadie se diera cuenta, se iban deteriorando hasta quedar esas reliquias convertidas en polvo. Esta realidad por muchos siglos aterró a quienes pretendían pasar lo poco que sabían, a sus hijos y estos a todos los hijos de los hijos, pero con más insistencia a quienes habían aprendido a pasar su mano por el lomo de la música.

Tras el supuesto fin de las guerras de los pueblos en el antiguo continente, los sobrevivientes se percataron que no hubiera moros en las costas y el propósito de perdurar llegó a

la edad media, al imperio romano y después a la hegemonía española, cuando el solo pensar distinto, se terminaba en la hoguera. Con los viajes de los navegantes, esas ideas llegaron a estas regiones donde por ventura los hombres habían aprendido a volcar sus vidas en palabras y, no solo volcaron los metales en oro, sino lograron un proceso más complejo, convirtieron la materia en espiritualidad.

La idea de perdurar, por alguna razón llegó a los hombres que en algún rincón de la tierra fundaron ciudad Marabilla por alguna extraña razón o la combinación de varias, seguían con la preocupación de cómo preservar las historias de historias que habían vivido sus antepasados y que, si algo no hacían, todo ese conocimiento, se perdería para siempre. En algún momento pensaron que la oralidad era la adecuada, pero al poco tiempo se dieron cuenta, que no servía, ya que la deleznable vida de los hombres, no duraba un suspiro y la guerra entre sapos y ranas, así como las aventuras de el barón de multiforme ingenio, sencillamente se perdería.

Con el paso de los días se dieron cuenta, que el principal enemigo que tenían era el olvido, que cómo un juez implacable había destruido todo lo que hicieron sus fundadores, que con sacrificios fundaron la ciudad que con el tiempo sería reconocida por el mundo cómo cuna de mártires y sabios. Muchas décadas se dedicaron a encontrar la manera de escapar del olvido y en ese proceso se perdieron

vidas y más vidas sin que se diera con la solución a tan intangible problema.

Los hombres –en especial los que se habían encontrado como simples mortales–, en el encanto de la música, comenzaron a enfrentarse unos con otros en muchos casos sin mayores argumentos. Entre los bogavantes que llegaron al nuevo continente, muchos de diversas razas, filosofías y creencias, se radicaron en la ciudad del encanto, donde los atardeceres eran una tempestad de colores que tarde tras tarde, veían derretirse lennnnntamente en las paredes del cielo por donde decían que veían camellos avanzar leennnnnntamente hacia un arenal de nubia.

Con el paso de los años, entre los emigrantes Victorio Macho Rogado que, por alguna jugada del destino, había llegado a estas tierras, se dio cuenta que fuera del formidable caballo que al final se adjudicó al fundador de la ciudad, y no al Cid Campeador como en principio se había acordado, venían descendientes de extraños culturas y que estos en sus extraordinarios comportamientos, fuera de la eterna juventud, sus comportamientos evidenciaban que algo maravilloso poseían y guardaban con recelo. Con el tiempo y otras largas conjeturas se supo que era el frasco de Galadriel, la Luz de Earendil, que tras generaciones la habían conservado con el único propósito que su esplendor y sus beneficios y poderes cueste lo que cueste, deberían pasar a la posteridad.

Los descendientes de semejante sabiduría sobreaguardo dificultades y venciendo mil obstáculos lograron guardarla por años sin que nadie supiera de sus efectos e importancia. Se daba en decir que una influencia extraña inspiraba a los nuevos líderes, especial aquellos que en arte habían encontrado la suerte de su destino. La escondieron en los conventos, en los centros educativos más antiguos que por esa época ciudad Marabilla conservaba ya que fueron construidos con orgullo y sabiduría por migrantes que llegaron cuando los navegantes se toparon con estas tierras. La refundieron en los laberintos sobre los que está construida la ciudad y donde dicen que hay cementerios y las rutas por las que una vez pasada la Mala Hora se pierden las procesiones de Semana Santa, en especial la del Viernes Santo a la que se abren las puertas del infierno, para que los demonios salgan a hacer su agoto y degustar los tamales de pipián, las Miserables, esas empanaditas endemoniadas con ají, que de lo tan pequeñas antes que degustarlas, dan ganas de llorar y colecciónarlas.

Las nuevas generaciones que en estas tierras de endriagos y monstruos de siete cabezas se habían multiplicado, desesperadas porque la luz que habían conservado con sus vidas, no se apague optaron por esconderla en la música, ya que, en estas lejanías, donde solo en esta ciudad del mundo crecía el árbol de la poesía, a los poetas que germinaban por

montones, se les delegó el encargo de semejante responsabilidad.

Por esa época les dio por fundar centros y más centros del saber y entre las disputas de libertadores y hombres de leyes, surgió el centro del saber donde dicen que con el tiempo se formaron muchos Presidentes de la república y artistas que propagaron su nombre y sus cualidades hasta en los más lejanos confines de la tierra.

Los descendientes de los migrantes, del arte y la leyenda, de las autoridades que por el momento no habían adquirido las mañas de los de ahora, consultaron a los creadores del centro del saber y ellos dieron a entender que semejante legado debería quedarse guardado para siempre en algún espacio de su nombre. Tras largas jornadas de reflexión, se la entregaron a los artistas para que ellos, en su sabiduría y sensibilidad, hicieran con ella lo que quisieran.

Pasaron los años. La región que, para ese entonces, era medio país, “los políticos” la descuadernaron, los protagonistas se fueron, otros murieron y la ciudad con las diarias necesidades y conflictos, se olvidó de semejante herencia. Ciudad Marabilla poco a poco fue entrando en el delirio hasta el colmo que se creyeron el cuento que el Quijote estaba enterrado en sus entrañas, en algún rincón de la ciudad. Se creyeron descendientes de quienes trajeron la picaresca al continente y se hicieron descendientes de títulos nobiliarios y más títulos, de tal modo que como eran de

sangre azul, con heraldos escudos enclavados en las paredes de las casonas, se obnubilaron en sus sueños de podrida grandeza, dejaron de trabajar hasta que un día despertaron en la cruel realidad que se los estaba carcomiendo el olvido. Estos para no juntarse, para no mezclarse, armaron una sociedad a su manera y en ese proceso, impidieron que la industria contaminara sus sueños y de esa manera, al no haber empleo, la ciudad se fue empobreciendo y quedándose relegada y sumida en las remembranzas de sus años de gloria, que a la postre, se dieron cuenta que era lo único que tenían.

Un día los maravillosos hijos olvidaron la escritura, la muerte en un descuido gracias a la poesía perdió su guadaña, su arma mortal y desesperada vagabundeó por Carantanta y Pandiguando por décadas, siguió sin desmedro persiguiendo a los poetas de la ciudad porque dizque ellos tenían su macabro artefacto. Poco a poco y sin que nadie se diera cuenta, la ciudad se fue exacerbando hasta la locura. Pasaron los siglos, surgieron muchos, muchísimos hombres de Estado y no faltó alguno de ellos en algún discurso que metió la pata hasta el fondo.

Los años se fueron, las glorias se perdieron, las riquezas quedaron enterradas en los terremotos, el silencio se calló, los más preparados recobraron la escritura, los dioses enfurecidos con la ciudad por no lograr conservar la claridad, periódicamente la destruyeron una y otra vez, hasta que

nadie o casi nadie, tenía claridad de lo que había pasado. Los hijos de la oscuridad, con una ciudad condenada a su suerte, sin un pollo que se fajara los pantalones y detuviera la agresión, destronaron los pocos recuerdos que quedaban, mandaron sin compasión a Belalcázar de culo al infierno y en un santiamén la ciudad fue relegada a su terrible destino. Con el tiempo, algunos artistas por si las moscas, en metales encerraron los propósitos de los antepasados, e hicieron arte para huir de la muerte, que sin descanso nunca dejó de perseguirlos, ir tras de sus pasos.

La ciudad siguió su rumbo tal como un día lo trazaron quienes la fundaron. Los poetas estimulados por la inspiración siguieron comparando la Torre del Reloj con la torre Eiffel y la de Damasco y los Pareados, Endecasílabos evolucionaron al Verso Libre, la rima dejó de reflejarse y buscar sus partes iguales y quienes se refugiaron en las procesiones le encontraron otro sabor a la vida y siguieron soñando con transmitir su sabiduría a la posteridad.

El mundo sin que se diera cuenta y tras largas faenas porque la ciudad se conservara tal como la soñaron sus fundadores, se fue quedando íngrima y sola, con sus calles incrustadas de leyendas, sus paredes blancas, repletas de enmohecidas placas sosteniendo el recuerdo con sus calles empedradas, su Paraninfo sublime donde dicen que se guarda el cuadro más grande del mundo, el mismo que un “visionario” dijera que era racista y que debía retirarse de ese

lugar, a sabiendas que la historia por más cruel que sea no se puede alterar, sin saber que quien lo hizo, sin que nadie se diera cuenta, siguiendo los propósitos de quienes querían para sus instituciones y su ciudad lo mejor, verla eternizada, había cumplido con los deseos de generaciones ya juzgadas, colocado, guardado para siempre la luz en las manos de la inspiración, la poesía que desnuda desde el cielo, desde la azul inmensidad, teñida de múltiples colores, en una corona, le entregó la luz, poesía a la ciudad para siempre.



**Alberto Efraín Ortiz.** Egresado de la carrera Literatura y Lengua Española de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca. Adelantó un máster en literatura latinoamericana en la Pontificia Universidad Javeriana. Posteriormente en la misma universidad cursó el máster en Ciencias Políticas. Dirige las revistas Estado & Política y Culturama Colombia. Entre sus obras figuran la antología “Para que se encienda la rosa”, “Este morir en pie todos los días”, entre otros. Su vida la ha desarrollado entre la literatura y la política. Fue asesor en la Vicepresidencia de la República, en el Congresito y en varios ministerios del décimo séptimo Presidente de la República que ha dado la universidad del Cauca, Carlos Lemos Simmonds. Fue uno de los secretarios privados en la alcaldía de Bogotá del alcalde Julio César Sánchez García. Siendo César Gaviria Trujillo presidente, fue quien coordinó la Asamblea Nacional Constituyente entre el Ministerio de Gobierno y la Presidencia de la República.

NOTA. En estos renglones las palabras se escriben así. Marabilla también se escribe así.

“lennnnntamente en las paredes del cielo por donde decían que veían camellos avanzar leennnnnntamente hacia un arenal de nubia”.

# El Cauca... luz de aurora



*Hasta muertos,  
dan ciertos hombres  
luz de aurora.  
(José Martí)*

*A Antonio García Nossa*

**A**rrullado por el frío capitalino de la ciudad que lo vio crecer –y que amaría hasta sus últimos años –nuestro intelectual percibía que existía, fuera de la sabana, un mundo mucho más rico que el enseñado en las clases de geografía, democracia e historia en lo referente a su país. Desde pequeño se caracterizó por ser sociable, juguetón, amiguero y leal; inquieto por saber acerca de quienes no formaban parte de su entorno más cercano. Terminó los estudios de educación secundaria poco después de la flor de su pubertad, lo que para la época –hace un siglo –no era extraño. Pareciera que después de los catorce años se esperaba una madurez y seriedad acorde al compromiso y rigor por definir lo que se quería llegar a ser en la vida.

Leer, escribir, pensar... actividades propias de nuestro joven capitalino. Estar por horas en su habitación, absorto en novelas e historias de escritores universales era algo que lo deleitaba en esos tiempos de tardes vespertinas al salir del colegio. Se dejó influir por profesores de literatura, filosofía y profesionales –médicos, artistas, abogados e ingenieros –que no solo ejercían críticamente su labor, sino que articulaban su saber con la realidad social y política de su país. Voces que lo inspiraban a conocer más, a pensar más en los otros desde la vida académica.

Esta bohemia intelectual le impulsó a estudiar leyes en una Bogotá donde la gabardina se acompañaba de un paraguas para ingresar a los edificios grises y coloniales de la Facultad de Derecho. Su pasión por el estudio se hizo más intensa; sin embargo, sentía que algo le faltaba: no era posible terminar una carrera inundada de códigos y letras sin conocer la Colombia profunda, esa que hasta el momento solo había visto en libros y manuales escolares. Pero fue gracias a las continuas charlas con sus amigos –ahora más intensas en los entornos universitarios –que un médico amigo suyo, quien había asumido la rectoría de la Universidad del Cauca, le invitaría a terminar su carrera de Derecho en el corazón mismo del suroccidente colombiano: Popayán.

Sin pensarlo demasiado llega a la Ciudad Blanca. Allí parece que el tiempo se detiene para permitirle pensar la

realidad de su país. De golpe conoce otro contexto... otro ambiente; al menos una realidad desde otra orilla: la de los indígenas paeces, guambianos, kokonucos y demás pueblos del Cauca. Se implica en no caer en las manidas tradiciones de expresión discursiva o colonial de la academia, lo que le impulsa a pensar que pueden existir otros modos de expresión escrita y no escrita; modos apalabradados, convenidos, acordados. Unido a los estudios jurídicos y desde el espíritu indomable de su juventud se dedica a la literatura y al teatro “con objetivos sociales”; hace de ellos un método de autoconciencia para los pueblos que habitan y hacen parte de esa Colombia no conocida. De este modo aumentan las borrascas de su pensamiento frente a la pasión por el otro, aquel que se siente extranjero en su propio lugar... en su misma tierra; esto, en resistencia a la intemperancia de una política gobernada desde un poder central que manipula la academia desde castas señoriales.

En el Cauca nuestro joven universitario comienza a experimentar otros caminos, otras luces, otros fríos mañaneros que le regala la cordillera. Los vahos de las montañas se mezclan con el vapor que sale de su café. En la Facultad de Derecho no solo estudia el canon jurídico, también conoce y se sensibiliza con la realidad del indio, del campesino, del afro, del mestizo de muchos colores; aquellos que no son contados en el censo nacional... en parte por el difícil acceso y la precariedad de las carreteras y, en parte,

por la experiencia vital de sus habitantes, asumida desde afuera como banal o poco relevante.

Se entera en carne propia –y viva –del olvido o la poca existencia que se tiene de ellos por parte del Estado. Aprovecha entonces su capacidad de liderazgo para establecer relaciones con las comunidades, hacer y ser parte de su cotidianidad y, con ellas, crear otras posibilidades de organización social como Las Ligas Indígenas del Cauca, que invitan a luchar por una tierra donde sea posible vivir dignamente. Así que combina sus estudios con el diálogo que establece con campesinos e indígenas; reflexiona acerca de cómo está distribuida la tierra y, desde ello, se interesa por una política agraria más inclusiva. Le embarga una honda preocupación por el minifundio y latifundio de su región, ya no solo del país, también de los pueblos latinoamericanos. Considera que la explotación de la tierra no es más que una manera de explotar a los otros... hacerlos esclavos de su propio trabajo.

Conocer el Cauca y sus cartografías vitales le da una radiografía distinta de Colombia, esa que se conoce a pie, a lomo de mula, anotando en cuadernos los pensamientos geográficos y económicos del entorno. La experiencia ahora es otra. Pasa de estar encerrado en su cuarto de Bogotá a la apertura que ofrecen las montañas, el nacimiento de los ríos, las casonas blancas con sus jardines colgantes y los blancos salones de la Facultad de Derecho; ello enriquece aún más su

pensamiento. Su estudio se viste de realidad encarnada. Por la tinta de su pluma corre la sangre que hervе de pasiоn por el excluido.

Finalmente se gradуa en Derecho y Ciencias Sociales con una tesis en la que demuestra que la geograf铆a de un pa铆s no solo est谩 compuesta de mapas y departamentos erigidos desde un organismo central, sino que existe una tierra teñida de sudor y sangre, producto de una labranza y una econom铆a que poco se conoce en la academia.

Regresa a su ciudad natal lleno de vida y sensibilidad, compartiendo una Colombia-viva desde el Cauca y los entornos universitarios. Habla de su riqueza natural y cultural pero tambi茅n de la miner铆a y la explotaci贸n econ贸mica, pues ambas viven juntas. Nuestro abogado, lleno de osad铆a y juventud, permea esa academia que cuestiona colaborando con la creaci贸n de Facultades de Sociolog铆a y Antropolog铆a en la capital; asume la docencia universitaria... lee, piensa y escribe de manera m谩s comprometida. Se involucra en la actividad pol铆tica de su pa铆s. Su paso por el suroccidente no le dej贸 inc贸lume al ver el desguace que hacen de la regi贸n las castas se帽oriales y el conservadurismo de la época.

Sus escritos son testimoniales y sus propuestas agrarias van de la mano de la realidad campesina. Su amor por el otro se hizo cuerpo en las monta帽as del Macizo colombiano andino, como la de tantos hombres y mujeres que han

conocido esta otra Colombia con la excusa-expectante de adelantar estudios en la Universidad del Cauca. Personas que han revitalizado sus realidades gracias al verdor literario, social, jurídico e ingenieril que encuentran en la ciudad y sus gentes. Una Universidad que regala tiempo para pensar, para sentir de cerca la lucha social, los movimientos campesinos e indígenas. Profesionales que no han estado a espaldas del mundo y el país... pero que han vivido a la sombra de este, en tanto asumieron la decisión y arrojo de estudiar en el sur, en la Colombia de muchos verdes, donde la luz de la aurora alumbró sus vidas hasta que el día se hizo perfecto. Seres estudiados para quienes la vida resplandece de manera distinta. Ellos y ellas, con su ejemplo, nos han enseñado que el que ha de vivir también habita en la sombra de instantes eternos.



**Luis Guillermo Jaramillo Echeverri.** Profesor Universidad del Cauca. Magister en Educación. Doctor en Ciencias Humanas y Sociales - Educación. Coordinador Programa de Educación Física, Recreación y Deportes. Vicerrector Académico de la Universidad del Cauca (2017-2022). Decano de la Facultad de Ciencias Naturales, Exactas y de la Educación (2015-2016). Editor General de Publicaciones (2013-2014).

Intereses investigativos: Fenomenología de la Educación y la Pedagogía, la Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales. Artículos recientes: "Asuntos críticos acerca del método en

investigación educativa” (2021). “Las ciencias humanas: de tiempos de crisis a sentidos de esperanza” (2024). Coordinador grupo de investigación Konmoción - Colciencias. Profesor invitado a Seminarios de Maestría y Doctorado en Epistemología y Ciencias Humanas y Métodos y Enfoques en Investigación Social y Pedagógica.

# La tarea continúa



Eran jóvenes vestidos con uniformes camuflados militar: Una mujer de cabello recogido y dos hombres ligeramente peinados. Sentados sobre una roca limpiaban el fusil que apoyaban sobre sus piernas. No se sorprendieron al ver aproximarse la camioneta blanca en cuyas puertas laterales aparecía el lema universitario: “*Posteris Lumen Moriturus Edat*” y una antorcha iluminando las palabras.

Se pusieron de pie para saludar y con una sonrisa les indicaron a los visitantes, el camino a seguir y retornaron al mismo sitio para continuar su labor de limpieza de las armas. El vehículo lo ocupaban: dos funcionarias del gobierno regional, un directivo universitario con su hijo de ocho años y el chofer. Habían emprendido el viaje desde las cuatro de la mañana para realizar la tarea encomendada por el consejero presidencial para el inicio de un proceso de paz liderado por el gobierno con un grupo insurgente.

La camioneta prosiguió por el empinado camino de rústica superficie con piedras colocadas y vegetación herbácea. Sus ocupantes, casi siempre en silencio, lanzaban preguntas aisladas, en ciertos instantes, para reflexionar sobre el particular encuentro, los momentos siguientes a

vivir y, en especial, sobre las personas a encontrar para realizar la compleja y difícil tarea.

El escenario mostraba el entorno de agrestes montañas y pocos árboles frondosos, algunos con hermosas flores que se iluminaban con los rayos del sol de la mañana. Así, al final del camino encontraron a Pueblo Nuevo, un caserío de rústicas casas de madera y dos “calles” contiguas, solo separadas por un callejón, con calzadas de piedras, barro y olvido por donde se movilizaban: algunos niños, muchos jóvenes, mujeres y adultos, uniformados y con sendos fusiles terciados. El ambiente se contagia de una rara y desconocida incertidumbre.

En la última casa, se encontraba “Hipólito” vestido con camuflado, sentado en una banca de madera cuyo espaldar era la pared. Tenía un sombrero y un fusil recostado sobre sus piernas. Al verlos se levantó sonriente y los saludó de mano. Al instante se sintió un vacío de comunicación y de mudez angustiante...parecía que no había tema de conversación entre desconocidos que se encontraban por primera y quizás por última vez. Sin embargo, el susurro musical y armonioso de la quebrada próxima y la imponencia de las pocas palmeras de cera que aún quedaban en la franja deforestada de la cordillera, sirvieron para empezar a charlar y sonreír nerviosamente.

De pronto aparecieron dos niños con edades no superiores a los doce años que alegres le gritaban a Hipólito del encuentro de dos balas.

—¡Entréguenmelas!—, les ordenó Hipólito estirando el brazo y la mano.

Los niños con ceño de seriedad le dijeron tajantemente:

—¡NO!, ... son para estrenarlas cuando nos entreguen nuestro M16—. Inmediatamente los niños se fueron alegres y saltando en una pata.

El directivo universitario mirando con angustia a Hipólito le preguntó:

—¿Quiénes son esos niños?

Éste respondió:

—Son gamines de Bogotá que vinieron al territorio insurgente porque el compañero que los cuidaba en la ciudad murió en un enfrentamiento urbano y ellos querían acompañarlo en el sepelio.

Movió la cabeza y agregó:

—Esos niños gamines piensan que los niños de la guerrilla están jugando a la guerra y eso nos genera algunas dificultades, porque los niños de la guerrilla no entienden a los gamines, porque ellos... —miró de soslayo—, los de la guerrilla...no han tenido oportunidad de ser niños.

Ahora seguía el momento anhelado para iniciar la tarea..., el encuentro con el máximo jefe insurgente. La orden de Hipólito fue:

—Avancen hasta encontrar una caseta al lado izquierdo de la vía y esperen allí sentados en las bancas de madera ubicadas alrededor de una mesa, también de madera.

En el recorrido se unió una joven de mediana estatura con un mechón sobre la frente, uniforme camuflado y fusil terciado, quien confirmó la instrucción de Hipólito. Luego... más amigable, dijo llamarse Marisol y manifestó ser española de la provincia de La Mancha, nacida y crecida en la tierra de Don Quijote.

El jefe llegó de sombrero y con rostro sonriente que hacía relucir su bigote recién afeitado. Agradeció la visita, saludó con suma amabilidad, abrazó al niño y lo llevó hasta donde estaba un cesto artesanal con decenas de pequeñas flautas de carrizo para que escogiera una como regalo. Luego expresó claramente:

—Nosotros tenemos el anhelo de que la universidad contribuya con la tarea de estructurar y poner en marcha una educación y una pedagogía para la paz. Y nos ayude para que la sociedad nos vuelva a aceptar.

A su vez el directivo universitario le preguntó:

—¿Qué tanta actuación de buena fe hay en ustedes los líderes en este proceso?

—¿Qué tan real y veraz es vuestro compromiso con la paz que la sociedad anhela?

—¿Qué tanta confianza y credibilidad podemos tener los ciudadanos?

Y luego agregó:

—He traído a mi pequeño hijo como símbolo para dar entender que queremos avanzar para lograr un mejor futuro para todos los niños y nuestro compromiso es el contribuir a consolidar una mejor nación. Esperamos que nuestra presencia y nuestra voz expresen el clamor de todos los padres de familia de todos los rincones del país.

El insurgente indicó:

—Entendimos que la lucha armada no es el camino. Muchos de nuestros actos pasados merecen el repudio general por los daños causados. Queremos dialogar y avanzar para ser constructores de paz y buscar caminos de reconciliación.

A los días se firmó un acuerdo de paz entre el grupo armado y el gobierno nacional. Al mismo tiempo la Universidad firmó un convenio con Presidencia para la resocialización de excombatientes. El proceso universitario comenzó con un seminario que se llamó “Para que Florezca la Paz en Primavera”.

Era el encuentro y el desencuentro de pasiones y sentimientos; alegría y malestar; quejas y anhelos; secretos y confesiones; perdón y olvido. Las palabras de cada uno arrastraban los tormentos del pasado.

Un joven alto, corpulento, de cabello rubio y de camisa azul, “El Mono”, expresó con sinceridad y desconcierto:

—¡No sé qué pueda pasar conmigo!... Sólo sé robar y fabricar explosivos para matar.

También, dos adolescentes indígenas contaron:

—Nos salimos de la escuela porque el profesor era muy “riata” y nos castigaba fuertemente con una regla de madera por no saber pronunciar la palabra “yegua”. De la escuela nos fuimos a la casa y los padres nos dieron otra paliza. Pero... ¡afortunadamente llegó la guerrilla y nos fuimos con ellos y allá nos encontramos con otros niños y jóvenes, ..algunos están aquí!.

El trabajo de la Universidad siguió con cientos de excombatientes urgidos de adaptarse a una vida civil y laboral. Hoy, han pasado más de treinta años y... la historia contará de las situaciones de martirio, los sacrificios, los avances y los resultados del acuerdo con ese grupo insurgente desmovilizado.

Ahora, ...es muy triste repetirlo, niñas, niños, adolescentes y adultos de otras generaciones con trajes camuflados y armados de fusil, continúan en diversas regiones con distintos propósitos. Acompaña y abriga el territorio lo que llamamos “nuestra eterna primavera”.

La antorcha universitaria sigue encendida y todos en espera que ella ilumine para que la buena educación contribuya a lograr los anhelos colectivos. ¡La tarea continúa!



**Hernán Otoniel Fernández Ordóñez.**

Ingeniero Civil de la Universidad del Cauca. Especialista en Vías Terrestres y Maestro en Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México. Magíster en Dirección Universitaria de la Universidad de los Andes. Estudios de Postgrado en Mecánica del Suelo e Ingeniería de Cimentaciones en la Universidad Politécnica de Madrid-España. Profesor Emérito de la Universidad del Cauca, Profesor Honorario Distinguido de la Universidad de Arkansas. Director, catedrático e investigador del Instituto de Vías de la Universidad del Cauca. Rector de la Universidad del Cauca. Presidente de la Asociación Colombiana de Universidades. Secretario General Técnico y Director (e) del Instituto Nacional de Vías de Colombia. Miembro Fundador del Instituto Panamericano de Carreteras, Profesor visitante de Universidades de Centroamérica y Sur América. Consultor en países de Latinoamérica. Conferencista internacional. Autor de numerosas publicaciones sobre Educación Superior e Ingeniería Vial. Distinguido con numerosos reconocimientos a nivel nacional e internacional. Autor del libro Caminos Rurales. Una puerta al desarrollo y la conectividad territorial (CAF 2023)

.

## **Misión de gratitud con el alma mater**

La Asociación de Exalumnos de la Universidad del Cauca, Capítulo Bogotá, Asecauca, es una asociación sin ánimo de lucro, domiciliada en Bogotá D.C., creada en 1977 por el Dr. Mario S Vivas, Ricardo Quintero Rivera, Otto Morales Benítez y un grupo de exalumnos residentes en la capital del país, a la cual podrán vincularse los exalumnos de la Universidad del Cauca no importa el lugar de residencia. Fundamenta su existencia en valores y principios enmarcados en la promoción permanente de la investigación y el desarrollo de las ciencias humanas; la convivencia pacífica, el humanismo y la adhesión a toda actividad creativa y defensa de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario; el pluralismo democrático, la libertad de investigación, pensamiento y expresión; rechazando cualquier discriminación racial, social, política, religiosa, cultural o económica, la defensa del medio ambiente, la ecología y el hábitat, y la búsqueda de la paz como una aspiración y un derecho de la sociedad.

Entre sus principales objetivos específicos destacamos: propender por el brillo y prosperidad de la Universidad del Cauca, ser vínculo de cultura a través de todos los medios de difusión del pensamiento, procurar el mejoramiento espiritual, intelectual y material de sus asociados, velar por el cumplimiento de la moral y por el prestigio profesional y humano, fomentar el espíritu de compañerismo y solidaridad de los egresados unicaucanos, contribuyendo a su defensa y exaltación.

Esta Antología de cuentos, convocada por la Comisión de Artistas y Escritores de Asecauca, hace honor a uno de sus objetivos específicos.